Ac. Esp. II-175

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

VIDA CABALLERESCA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XV

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 16 DE MAYO DE 1965
EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

EXCMO. SR. DON MARTÍN DE RIQUER

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. DON DÁMASO ALONSO

MADRID
1965

VIDA CABALLERESCA
EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XV

R.59041

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

VIDA CABALLERESCA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XV

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 16 DE MAYO DE 1965
EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

EXCMO. SR. DON MARTÍN DE RIQUER

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. DON DÁMASO ALONSO

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA · BIBLIOTECA ·

MADRID
1965

Depósito Legal B. 13.286 - 1965

GRÁFICAS MARINA, S. A. — Paseo Carlos I, 149 — BARCELONA - 13

DISCURSO

DEL

Excmo. Sr. Don MARTÍN DE RIQUER

Señores Académicos:

HACE dos siglos y medio que la máxima aspiración de todo español dedicado al cultivo o al estudio de las letras es hacer lo que estoy haciendo en este momento: ingresar en la Real Academia Española. Con la mayor sinceridad, sin retórica ni formulismos, repito ahora mi agradecimiento a los señores académicos que me han escogido para compartir su trabajo y su honrosa situación intelectual, y manifestarles que ésta es una de las mayores alegrías de las muchas que, gracias a Dios, he tenido en mi vida. No se me oculta que una de las razones que pudieron mover a los numerarios de esta Real Corporación a elegirme precisamente a mí fue la consideración de que soy el presidente de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, la segunda, por orden de antigüedad, de las reales academias que existen en España, pues fue creada y empezó a celebrar sus «assambleas» en 1729 y en 1752 fue acogida bajo la protección de Fernando VI.

Llego a la Real Academia Española con mucho entusiasmo y con el firme deseo de trabajar lo más seriamente que pueda en cuantas tareas aquí se me encomienden, lo que no es precisamente un sacrificio, pues las labores que desarrolla esta Real Corporación son las más agradables para quien ha hecho del estudio de las letras su profesión. El ser académico no tan sólo da una alta categoría, sino que impone una disciplina. De ahora en adelante tendré que exigir a mis trabajos un rigor y una precisión de que carecen, como

yo sé mejor que nadie, muchos de los libros y estudios que he publicado. El único riesgo que existe es que el ser académico me envanezca y me haga proceder como quien se cree ser una persona importante, pero confío en que tendré el suficiente juicio para no caer en actitud que en mí tan ridícula sería.

Arturo Capdevila, en un discurso pronunciado en Buenos Aires, dijo lo siguiente: «Federico García Sanchiz, hijo de España, señor de Valencia, mucho más duende que hombre, que se ha embriagado con el añil, con el verde, con el índigo de todos los mares y que por puro oficio de duende va rodando del Este al Oeste y del Sur al Norte toda la bella y dulce tierra de Dios.» Creo que estas palabras del ilustre poeta argentino definen, incluso con su propio estilo, la personalidad literaria de Federico García Sanchiz, para cubrir cuya vacante en esta Real Academia he sido designado. García Sanchiz fue un viajero infatigable, que cruzó varias veces los océanos, y que incluso dio la vuelta al mundo en el «Graf Zeppelin», sorprendiendo colores de tierras y de mares, que después describía en un estilo afiligranado que llegaba hasta lo más hondo de las multitudes que, en tantos países, acudían a escucharle. Tal vez por esta razón los libros de viajes de García Sanchiz constituyen, a mi entender, lo más atractivo de su obra escrita e impresa, como es aquel variadísimo, bien observado y a veces tan divertido *La ciudad milagrosa*, que es Shanghai, libro que se publicó en Madrid, en 1926, con el título de la obra y el nombre del autor en chino. Como lo es aquel otro, *El viaje a España*. uno de sus mayores aciertos, y lo son aquellas interesantes memorias, *América, españolear*, donde tan bien se retrata a sí mismo y nos habla de sus éxitos y de sus rasgos de ingenio con un entusiasmo a veces un poco ingenuo, que es precisamente la sal de la obra. En la América

española es donde Federico García Sanchiz obtuvo sus mayores triunfos, aclamado por multitudes, agasajado por las más altas personalidades y con un prestigio popular que alguna vez llegó incluso a perturbar el orden público.

En Buenos Aires fue donde García Sanchiz aplicó a sus disertaciones el nombre de «charlas» o «charlas líricas». Creo recordar que en España esta denominación sorprendió, pues la palabra «charla» siempre había tenido el sentido de «acción de charlar», verbo que según el Diccionario académico significa «hablar mucho, sin substancia o fuera de propósito», y «conversar, platicar sin objeto determinado y sólo por mero pasatiempo» (edición de 1956). Federico García Sanchiz logró dislocar totalmente la semántica de esta palabra. La charla, además de seguir siendo una conversación, pasó a significar lo que dice un disertante ante un público que le escucha, y que cuando el disertante era él este público se contaba por centenares de personas. García Sanchiz intentó precisar el género «charla» limitándolo a su propio y peculiar estilo oratorio, aquel estilo en el que, según él mismo dice en uno de sus libros, «se desfogaba mi pasión verbal de mediterráneo, enamorado de los vocablos gráficos, coloristas y palpitantes». Pero el desplazamiento semántico, una vez puesta en movimiento la palabra, fue más lejos de lo que quería y de lo que se imaginaba García Sanchiz, y «charla» ha llegado a convertirse casi en un sinónimo de «conferencia». Más de una vez hemos asistido a conferencias de eruditos varones, dispuestos a disertar sobre un tema abstruso y especializado, que han empezado diciendo: «En la charla de hoy trataré de...» Sin el precedente de García Sanchiz no sería posible expresarse así.

Federico García Sanchiz nació en Valencia el 7 de marzo de 1886, y murió en Madrid el 11 de junio de 1964. Ingresó en la Real Academia Española el 19 de enero de 1941, para ocupar la vacante de Serafín Alvarez Quintero, sillón letra H,

la única letra muda de nuestro alfabeto, que casualmente fue a corresponder al académico más hablador que, sin duda alguna, ha tenido esta Real Corporación. El periodismo y la novela fueron las primeras manifestaciones de su actividad escrita, la cual, aunque reunida en más de veinticinco libros, pasó a segundo término, tal vez injustamente, ante su nutrida labor hablada como «charlista», término que se aplicaba a sí mismo con gran satisfacción. Cuando después del ataque que sufrió en Gerona, obligado un tiempo a no someterse al esfuerzo de perorar, esfuerzo en él de tensión, de voz y de gesto, se dedicó a escribir los recuerdos de su vida como charlista ; y en un momento determinado deja patente constancia de su vocación obsesionante : «Voy llenando estas páginas durante la convalescencia de un ataque del que me repongo hasta con rapidez, a no ser la facundia y el estilo que me hicieron famoso, y que Dios sabe si volverán, y, por consiguiente, me asiste el derecho de acariciar el bien perdido.»

Melchor Fernández Almagro, en la necrología que publicó el Boletín de esta Real Academia, ha señalado los caracteres «modernistas» del estilo de Federico García Sanchiz. Este encasillamiento de mi antecesor en la historia de las letras españolas es, a mi ver, el más acertado, y el que permite comprender a García Sanchiz dentro de una época y el espíritu de esta época a través de la labor escrita y hablada de García Sanchiz.

DON QUIJOTE Y LOS CABALLEROS ANDANTES

I INDIGNADO don Quijote porque el discreto canónigo toledano ha intentado convencerle de que «no ha habido caballeros andantes en el mundo», le replica con un bien argumentado discurso dividido en dos partes intencionadamente distintas: en la primera, el hidalgo manchego defiende, como otras muchas veces, a Amadís, a Fierabrás, a Tristán, a Lanzarote, a Roldán, etc.; y en la segunda expone lo siguiente:

> Si no, díganme también que no es verdad que fue caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fue a Borgoña y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charní, llamado mosén Pierres, y después, en la ciudad de Basilea, con mosén Enrique de Remestán, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama, y las aventuras y desafíos que también acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varón), venciendo a los hijos del conde de San Polo. Niéguenme asimesmo que no fue a buscar las aventuras a Alemania don Fernando de Guevara, donde se combatió con micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria; digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del Paso; las empresas de mosén Luis de Falces contra don Gonzalo de Guzmán, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos, déstos y de los reinos estranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno a decir que el que las negase carecería de toda razón y buen discurso [1].

1. *Quijote*, 1, cap. 49.

Todos estos nombres y estas breves referencias proceden, como es sabido, de la *Crónica de Juan II*, única fuente de información que parece haber tenido a mano Cervantes al redactar estas líneas. Pero tanto don Quijote como Cervantes se quedaron cortos, muy cortos, porque el siglo XV español está lleno de verdaderos e históricos caballeros andantes que llevaron sus empresas por reinos alejados, tanto cristianos como paganos, y concluyeron aventuras brillantes y temerosas.

Desde el punto de vista literario el estudio de la caballería española del siglo XV nos obliga a dar parte de razón a don Quijote y quitar parte de sus argumentos demoledores al canónigo toledano y a Miguel de Cervantes. Y precisamente uno de los propósitos de este discurso es intentar demostrar que don Quijote, en las líneas que antes he leído, defiende algo rigurosamente cierto. Como es harto sabido, una de las características de la locura de don Quijote es confundir lo imaginado con lo real, la fantasía con la historia, y hablar de Amadís de Gaula o de Belianís de Grecia del mismo modo que de Suero de Quiñones o Juan de Merlo. Pero incluso en este punto se puede intentar una tímida defensa de don Quijote, ya que los caballeros reales del XV son asiduos lectores de las novelas que tienen como héroes a los caballeros andantes fabulosos e inventados. Y en cierto modo me arrepiento de haber dicho «inventados», pues ya tendremos ocasión de ver que también se da el caso contrario: el de caballeros literarios a quienes su autor ha dado características de los caballeros reales. De esta suerte, y como siempre, literatura y vida se mezclan y se influyen recíprocamente, y los seres reales obran como personajes de ficción y los personajes de ficción actúan como seres reales.

CABALLEROS ANDANTES EN ESPAÑA

Pero es hora ya de concretar y documentar la defensa de las citadas líneas del discurso de don Quijote. Con toda razón el hidalgo manchego se indigna cuando se pone en duda la

existencia de los caballeros andantes. Recojamos, pues, en primer lugar, algunas noticias sobre caballeros andantes por los reinos españoles en el siglo XV. Al iniciarse éste, en fecha que ha de situarse entre los años 1397 y 1409, Carlos VI de Francia escribe a Martín I de Aragón para recomendarle muy encarecidamente a su «amé et feal chevalier et chambellan Jean de Grabo, né du pays de Pouleinne, lequel après qu'il a eu nagaires faites armes devant nous où il s'est grandement et notablement portez» desea ahora visitar «le pays de par delà» [2], o sea, España. Jean de Werchin, senescal de Hainaut, fue un caballero muy dado a buscar aventuras en España : en 1399, junto con Michel de Ligne, tenía que participar en unas justas, en Cardona, que el rey Martín ordenó suspender, y aunque no les permitió colocar escudos en forma de reto caballeresco en su «señoría», les escribió para asegurarles que le placería mucho que acudiesen a su corte, entonces en Zaragoza, pues allí encontrarían caballeros y escuderos que los libertarían de sus votos caballerescos. En junio de 1402 el senescal de Hainaut, mediante heraldos, difundía que estaba dispuesto a luchar con cualquier caballero que se presentara en Coussy el primero de agosto, y si no acudía nadie, iría a los reinos de Navarra y de Castilla, se llegaría hasta «monseigneur Saint Jacques», y regresaría por los reinos de Portugal, Valencia y Aragón dispuesto a aceptar los retos de todos los caballeros que quisieran justar con él, a condición de que no se tuviera que desviar más de veinte leguas del itinerario trazado. El cronista borgoñón Enguerrand de Monstrelet, que narra esta aventura, afirma que durante este viaje el senescal de Hainaut hizo armas siete veces, y tenemos documentado uno de estos combates : el que efectuó en Valencia, el 7 de abril de 1403, con Luis d'Abella. Y aún más tarde, el

2. J. VIELLIARD y R. AVEZOU, *Lettres originales de Charles VI conservées aux Archives de la Couronne d'Aragon, à Barcelone*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», XCVII, 1936, pág. 339.

30 de mayo de 1407, el senescal de Hainaut, junto con otros tres caballeros, entre ellos Tanneguy du Chastel, el hermano del famoso Guillaume du Chastel, de quien luego tendré que hablar, luchó contra cuatro vasallos de Martín el Humano, en «Valence la Grande», como dice el citado cronista borgoñón, justas ampliamente atestiguadas por documentación de archivo nuestra [3].

Entre 1413 y 1414 Carlos VI de Francia recomienda a Fernando el de Antequera a su dilecto «cliens armorum Johannes de Roca», sin duda Jean de la Roche, quien, para acrecentar su fama, se dispone a recorrer diversos climas y longincuas y bárbaras partes del mundo y que ya ha empleado doce años en largos viajes, indagando y admirando lo que existe «sub Phebi cardine». Ahora se propone visitar las partes meridionales, «citra et ultra maria», y el rey de Francia ruega al de Aragón que le permita pasar por sus reinos y dominios con sus caballos, bienes y arneses y las seis personas que le acompañan [4].

Varias son las cartas que Carlos VI de Francia envió a Fernando el de Antequera recomendándole a caballeros. En 1415 lo hace a favor de «Ludovicus, dux de Slize et dominus de Brege ac de Lignis», o sea Luis, duque de Silesia, señor de Brieg y de Liegnitz, caballero alemán que se propone ir a Aragón y a Granada, recomendación que también hace, en otra carta, Jean de Berri [5]. En la misma fecha y por las mismas razones — visitar los reinos de Aragón y Granada — el rey de Francia recomienda a Fernando I «Henricus de Gravar et de Blommeneau», y, en efecto, el rey de Aragón, a su vez, recomendó este caballero alemán a los reyes de Castilla, Portugal y Granada y al arzobispo de Santiago [6]. El mis-

3. Para las andanzas del senescal de Hainaut en España, véase M. DE RIQUER, *Lletres de batalla*, I, Barcelona, 1963, págs. 60-68.
4. VIELLIARD-AVEZOU, l. c., p. 352.
5. Ibid., pág. 355.
6. Ibid., pág. 356.

mo año Carlos VI recomienda al caballero André Marchand, que había sido preboste de París, y en fecha indeterminada (entre 1412 y 1415) a su «poursuivant d'armes» James, quien tiene intención de visitar varios países «pour acquerir honneur et avoir plus grant congnoissance des seigneurs et dames desdiz pays et de leurs armes» [7]. A finales de 1415 el rey francés recomienda al nuestro al caballero «Bolfgang de Schad» (Wolfgang von Schad), austríaco, que pretende recorrer diversos reinos y partes del mundo «pour voir le peuple et exercer sa personne en faiz de chevalerie» ; y así el 23 de febrero de 1416 Fernando I firma un salvoconducto a favor de «Valfgagus Schad» para que recorra el mundo «pro milicie actibus exercendis» [8].

Alfonso el Magnánimo también acogió con agrado y favor a los caballeros andantes extranjeros que llegaban a sus reinos. En febrero y marzo de 1417 se presentaron en su corte, que se hallaba en Híjar y luego en Fuentes de Ebro, cuatro caballeros que las rúbricas de los documentos de nuestra Cancillería denominan «alemanes» y que se llamaban Ventçeslao, hijo del egregio y poderoso Pizembrón, duque y señor de Oppania, Nicholao Schranlz de Czyernyoyr, Weneschio de Waldescrin y Henrich de Schönwald, apellido este último que los escribanos grafían Schenvald, cuando lo toman de oídas, y Schonvald, cuando lo copian de otro escrito. Viajan «por excercitar en diversas partidas del mundo los strenuos actos de cavallería», y el rey Alfonso no tan sólo los hace caballeros de la orden de la Jarra y la Estola — «amprisia nostra Jarre et Stole» —, sino que se dedica a proveerles de toda suerte de salvoconductos y recomendaciones para los soberanos y señores que visiten en su errar caballeresco, entre ellos a su hermano el infante don Juan, a Juan II de Castilla, a don Alfonso Fernández, señor de Aguilar. Unos meses des-

7. Ibid., págs. 357 y 358.
8. Ibid., pág. 360.

pués, en julio de 1417, el rey Alfonso, desde Valencia, firma cartas de recomendación a favor de Petrus de Natara, que ha decidido ir a Francia a ejercitar la caballería ; y en febrero de 1420, desde Tortosa, provee de un salvoconducto al «devotus noster Iohannes de Flosa, miles alamanicus» [9].

ROBERTO DE BALSE

La *Crónica de Juan II* [10] y la refundición de la *Crónica del Halconero* [11] relatan con detalle y colorido la empresa del caballero alemán micer Roberto, señor de Balse (Basilea). Sigamos este lance en una relación más breve, o sea la que ofrece la *Crónica del Halconero,* en su capítulo CLXXXVIII :

> Miércoles tres días de agosto, año de 1435 años, estando el rey don Jhoan en la su çibdad de Segovia, vino un alemán que se llamava Ruberte, señor de Valsa, e él era honbre de manera, de hedad de treynta y cinco años, e traya consigo sesenta cavalgaduras ; entre las quales traya un cavallero de hedad de fasta cincuenta o sesenta años, e traya otros diez y ocho gentiles honbres, que cada uno traya su empresa, e el señor Ruberte la suya e el cavallero otrosy, que eran por todas veinte enpresas. E venían a fazer armas delante el señor rey de Castilla. E el Rey, desque lo supo, mandóle aposentar en una posada de Fernando de Luna, alta, donde posó el dicho señor Ruberto, cavallero e gentiles honbres. La qual posada fue guarnida de ricos paramientos e camas muy rricamente ; e le fezieron sala e muchas onras, e saliéronlo a rescevir los condes e cavalleros e gentiles homes que a la sazón en la corte del señor Rey estavan ; e antes que saliesen, el dicho señor Ruberte e los suyos, madrugó, e entró en la cibdad de Segovia de mañana. E el señor Rey maravillóse dello, e preguntóle que por qué lo avía asy fecho ; e rrespondió que por no enojar a su merced ni dar travajo a los de su corte, e lo otro que su costumbre era de se llevantar de ma-

9. Datos procedentes de documentos del Archivo de la Corona de Aragón que halló M. Olivar y que aprovecho en mi introducción a la edición del *Tirante el Blanco,* «Asociación de Bibliófilos de Barcelona», I, 1947, págs. XVIII-XIX. Uno de estos documentos lo publicó A. GIMÉNEZ SOLER, *Itinerario del rey don Alfonso de Aragón y de Nápoles,* Zaragoza, 1909, pág. 7.

10. Año 1435, cap. VIII ; edición de C. ROSELL, *Crónicas de los reyes de Castilla,* II, pág. 525, en «Biblioteca de Autores Españoles», tomo LXVIII.

11. *Refundición de la Crónica del Halconero,* edición de J. DE M. CARRIAZO, «Colección de Crónicas Españolas», Madrid, 1946, págs. 189-192.

ñana.E fuéronle tocadas sus empresas al dicho Ruberte e a los suyos por cavalleros de Castilla, e fizieron sus armas en Segovia muy notablemente, en presençia del señor Rey...

Interrumpamos ahora esta resumida relación para consignar, según los otros dos textos, que quien tocó la empresa de micer Roberto fue don Juan Pimentel, conde de Mayorga, y la del anciano, tío del caballero alemán, la tocó Pedro de Quiñones. Lope de Estúñiga y Diego de Bazán justaron también con otros dos alemanes. Sigue la *Crónica del Halconero* :

El señor Rey envió al dicho Rubert muchas joyas preçiadas, e cavallos guarnidos, e otras cosas; de lo qual no quiso rresçevir cosa alguna, diziendo que quando de su tierra avía salido avía fecho voto de non rresçebir cosa alguna de rrey ni prínçipe ny de otro señor. E tanto le afincó el señor Rey, a que ovo de rreçevir la devisa solamente del Collar del señor rey de Castilla. E otrosy, el dicho Roberto pidió por merced al señor Rey que le mandase dar carta suya para Fernand Álvarez, señor de Valdecorneja, que a la sazón estava en la frontera de los moros, en Jaén, para que entrasen con él en la primera entrada que fiziese en tierra de moros, que ay se querían armar de cavalleros e tornar a su tierra. E al señor Rey plógole dello, e dioles sus cartas para el dicho Fernand Álvarez, que luego entrase con ellos e los armase cavalleros. E partieron de Segovia, e fueron a Fernand Álvarez, e diéronle las cartas del señor Rey; e entraron en tierra de moros, e todos provaron muy bien. E allí se armaron todos veinte cavalleros, e se tornaron para su tierra [12].

España tenía para los caballeros andantes extranjeros el doble aliciente de las lucidas cortes de los reyes cristianos y la frontera con los moros, que forzosamente había de reavivar el espíritu de cruzada, tan vinculado a la caballería y a la literatura. Pero ya veremos que no fueron pocos los caballeros que se dispusieron a justar en la corte del rey de Granada.

JACQUES DE LALAING

Conocemos con muchos pormenores las andanzas de un joven caballero borgoñón en España gracias al *Livre des faits*

12. *Crónica del Halconero de Juan II*, edición de J. DE M. CARRIAZO, «Colección de Crónicas Españolas», Madrid, 1946, págs. 214-215.

de Jacques de Lalaing, relato biográfico hoy considerado anónimo y que un tiempo se atribuyó a Georges Chastellain y a Antoine de La Salle. Jacques de Lalaing, en julio de 1446, pocos meses después de haber sido armado caballero por Felipe el Bueno de Borgoña, publicó unos capítulos de acuerdo con los cuales lucharía con todo gentilhombre de cuatro cuarteles y sin reproche que quisiera libertarlo de su voto, que consistía en llevar en el brazo derecho un brazalete de oro. Recordemos que el voto caballeresco se fundaba en jurar abstenerse de algo determinado o exteriorizarse con alguna nota llamativa, singular o incluso humillante hasta haber luchado contra uno o varios caballeros o haber participado en un hecho de armas. El caballero que lo hacía quedaba prisionero de su voto, de suerte que, cuando otro luchaba con él, era «libertado», y por esta razón en los capítulos de armas, tan frecuentes en el siglo XV, el que ha hecho el voto pide a los demás que lo liberten. Recordemos un ejemplo muy sabido y muy característico: Suero de Quiñones hizo el voto de llevar todos los jueves una argolla en el cuello y una cadena, en señal de cautividad amorosa, hasta quedar libertado una vez se cumplieran las condiciones que se impuso en los capítulos del Passo Honroso. El voto caballeresco es una especie de traslado «a lo profano» del voto o de la promesa de carácter piadoso. Jacques de Lalaing, pues, juró partir en demanda de aventuras con el brazalete de oro, que indudablemente debería llevar en el brazo derecho día y noche, sin quitárselo jamás, hasta haber sido libertado. En sus capítulos, redactados en Borgoña, manifiesta la intención de tener como juez de sus batallas al muy excelente y muy poderoso príncipe el rey de Castilla, a quien suplica que le conceda la benigna gracia de honrarle aceptando su petición. Con una lucida comitiva, en la que figuraban varios caballeros, atravesó los Pirineos, entró en el reino de Navarra y se encaminó a Pamplona, donde saludó al príncipe Carlos de Viana y a su esposa Ana de Cleves.

Un caballero navarro, Juan Miguel de Luja («Jean de Lusse», en el texto francés), quiso tocar la empresa de Lalaing, pero el príncipe don Carlos no se lo consintió porque estaba seguro de que su padre, el rey Juan, no lo permitiría debido a la gran alianza que existía entre las casas de Navarra y de Borgoña. En Pamplona, Jacques de Lalaing fue honrado con compañía de Juan de Beaumont y del famoso mosén Pierres de Peralta y admirado por damas y doncellas, hasta tal punto, dice el autor del *Livre,* que algunas gustosamente lo habrían cambiado por su marido. A finales de 1447 Jacques de Lalaing entró en Castilla, y Juan II, al saberlo, envió a su encuentro a don Gonzalo de Guzmán, de quien trataré más adelante, y a Juan de Luna, uno de los hijos del Condestable don Álvaro. Cabalgando hacia Soria apareció Diego de Guzmán, hermano de don Gonzalo, y tocó la empresa de Jacques de Lalaing, que era lo que el caballero borgoñón tanto anhelaba. Llegó la comitiva a Valladolid, adonde pocos días después se trasladó la corte, y es curioso anotar que Jacques de Lalaing vio por primera vez a Juan II cuando éste hacía correr dos grandes toros con perros alanos, «à la manière du pays». Como Juan II fijó para el 3 de febrero las justas entre Lalaing y Guzmán, aquél aprovechó el tiempo que le quedaba libre para visitar la corte portuguesa.

El 3 de febrero de 1448, ya dispuestas las lizas en Valladolid, y bajo la presidencia de los Reyes y de don Álvaro de Luna, situados en los cadahalsos de honor, se dio la batalla entre Jacques de Lalaing y Diego de Guzmán, de la cual nos da amplia noticia el *Livre* francés y una escueta relación la *Crónica de Juan II,* y es de advertir que estas dos fuentes, que son independientes, se confirman mutuamente. Diego de Guzmán era hombre impetuoso y atolondrado. Los adversarios no podían entrar en el campo hasta el tercer toque de trompeta, pero en cuanto el caballero castellano oyó el primero salió de su pabellón, y sus consejeros le obligaron a

volver a entrar en él ; y cuando sonó el segundo hizo lo mismo, por lo que el rey de Castilla «lui dit une laide parole et si haut que de chascun fut ouï». Empezó la batalla a pie y con hachas, y el francés dio varios golpes al castellano en la visera y en el rostro, hasta casi cegarlo por la sangre que vertía, todo ello debido, según la *Crónica de Juan II*, a que Diego de Guzmán llevaba un bacinete «muy descarado», que había sido de Juan de Merlo, al que se añadió una pieza de hierro muy blando. Diego de Guzmán perdió su hacha, y entonces se aproximó a Jacques de Lalaing con los brazos abiertos a fin de cargar con él y echarlo fuera de la liza. Cuando forcejeaban Juan II tiró su bastón en medio del campo, en señal de que daba por acabada la justa. El Rey juzgó que los dos habían combatido bien, y el día siguiente, en una fiesta cortesana, obligó a que ambos caballeros se tomaran de las manos, se perdonaran mutuamente y que en adelante fueran como hermanos y buenos amigos, lo que gustosamente prometieron el borgoñón y castellano, que se obsequiaron con hermosos caballos. Jacques de Lalaing regresó por Navarra, Zaragoza, Lérida, el monasterio de Montserrat, Barcelona y Perpiñán, desde donde entró en Francia. Ni Juan II, rey de Navarra y regente en Aragón, ni María de Castilla, esposa de Alfonso el Magnánimo, le permitieron luchar con caballeros aragoneses y catalanes [13].

LA EMPRESA DEL BRAZALETE

El voto de Jacques de Lalaing y su empresa del brazalete no eran en modo alguno una novedad en España. El 20 de enero de 1431, día de San Sebastián, se paseaba por las calles de Zaragoza el caballero Bernat de Coscón con una flecha o pasador atravesado en un muslo, y como era cosa acostum-

13. Véase M. DE RIQUER, *Andanzas del caballero borgoñón Jacques de Lalaing por los reinos de España y los capítulos del siciliano Juan de Bonifacio*, «Strenae, estudios de filología e historia dedicados al prof. Manuel García Blanco», en «Acta Salmaticensia», Filosofía y Letras, XVI, 1962, págs. 393-406.

brada entre caballeros y gentileshombres hacer votos que obligaban a cosas parecidas, un tal Anthoni de Mont Aperto le envió un trompeta para preguntarle si lo hacía «por devoción, por amores o por armas», pero ni Bernat de Coscón ni su hermano mossén Bertrán quisieron dar ninguna respuesta al trompeta. Mont Aperto, en carta firmada el día 24, requirió a Bernat, «por honor y amor de aquella dama que vos amáis», que le aclarase con qué intención llevaba aquella flecha. El 26 de enero Bernat de Coscón respondió con una carta escrita en aragonés, en la que, entre otras cosas, dice:

> digo e respondo seyer verdat que el sábado más cerqua passado, solament por devoción de senyor Sant Sebastián, yo levé un passador e flecha en el muslo, segunt cada hun anyo en tal día havía acostumbrado levar por la dita causa; e el domingo aprés seguient el trompeta desús dito vino a mí e díxome tales parablas: —Hun cavallero me envía a vós, e dize que un títol que vós levades si es por amores o por armas—. E ja seya semblantes cosas no se acostumbran tractar en tal forma, por lo qual sin todo cargo podía dar el callar por respuesta, pero dixe tales parablas: —Trompeta, muy desconcertado vienes, e no·t deven embiar aquí car yo non levo títol ni·nde levado seys anyos ha. Quando vendrás en forma devida, yo te responderé como devo—. E haviendo por trufa la venida e parablas del desuso dito trompeta, yo me partí d'aquel lugar. E aprés que yo fui partido, segunt depús me fue dito, el dito trompeta dixo que se havía errado en las parablas que de part del cavallero me havía dito, car él havía nombrado títol, e que la verdat era que·l cavallero le havía dito flecha o passador; a lo qual, en mi absencia, mossén Bertrán de Coscón, ermano mío, respuso: —¿E qui es aquex cavallero que te envía?—. E el trompeta dixo que mandamiento havía de no nombrarlo; e lahora el dito Bertrán dixo: —Ara, donchs, trompeta, ves e digues aqueix cavallero que así te avía embiado a mossén Bernat de Coscón que si él lo fa cierto e seguro de deliurarlo de qualquiere voto de armas, que el dito mossén Bernat de Coscó possará o metrá sobre la flecha o passador que haier sábado levava el muslo, que tantost cras, que será lunes, las tornará a meter e aquél levará; e possado caso que él no las meta, yo la levaré, e aquesto no metas a oblit ni a non cura—...

Hemos visto que Bernat de Coscón todos los años, el día de San Sebastián, llevaba el muslo atravesado por una flecha en honor del mártir, voto de devoción que Anthoni de Mont Aperto supuso que podría ser un voto caballeresco y se ofreció a libertarle de él. Coscón puso en claro las cosas, se brindó, por boca de su hermano, a llevar otra vez la flecha para aceptar el requerimiento del otro caballero, e incluso propuso a éste que fuera él el provocador :

> Empero, si voluntat havéys de fazer armas con mí, metetvos alguna devisa de armas, o posats algún caso por el qual entre cavalleros pueda haver lugar batalla, car yo de buen grado, supliendo a mi honor e defendiendo verdat, so presto, con la hajuda de nuestro senyor Dios e de Mossén Sant Jordi, deliurarvos e acceptar la batalla.

A esto contestó el 28 de enero Anthoni de Mont Aperto aceptando de buen grado :

> de continent yo·m metré hun braçalet, lo qual, en nom de Aquell que és vencedor de les batalles e de Mossèn Sent Jordi, e per honor e amor de la dona que jo am, port e portaré huy diumenge, que·s conta XXVIII de giner de l'any present, e d'ací avant tant com ben vist me serà, en manera que·m poreu deliurar, si al cor ho haveu.

El 4 de febrero Anthoni de Mont Aperto envió a Bernat de Coscón los «Capítulos de la empresa del braçalet», en los que precisa el armamento defensivo y ofensivo de la batalla, en cuya conclusión, el que a opinión de los jueces lo haya hecho peor, deberá dar a su adversario un diamante o un rubí, de valor de mil florines, para que éste lo ofrezca a la dama que ama. Se reserva un año para encontrar plaza segura y juez de la batalla, y si en este tiempo no los encuentra, que los busque Coscón. Éste respondió el 9 de febrero

aceptándolo todo, menos la búsqueda de juez, que realmente le pertenecía por ser el requerido [14].

Así, pues, la «empresa del brazalete» fue conocida en España diecisiete años antes de que llegara Jacques de Lalaing. Y por lo que se refiere a la flecha que atravesaba el muslo de Bernat de Coscón, veamos un caso similar en Miquel d'Orís.

CABALLEROS ANDANTES ESPAÑOLES

He tratado hasta ahora, muy rápidamente y sólo reparando en algunos casos, de caballeros andantes extranjeros en España. Examinemos a continuación los hechos de algunos caballeros españoles que se fueron a reinos extranjeros, limitándonos también al siglo XV.

MIQUEL D'ORÍS

Al iniciarse la centuria encontramos a tres caballeros andantes catalanes en París. El 20 de agosto de 1400, en la gran ciudad francesa, Miquel d'Orís firmaba un cartel dirigido nada menos que a todos los caballeros de Inglaterra pidiéndoles que lo libertasen de su voto luchando con él. El voto de Miquel d'Orís, muy parecido al que cumplía Bernat de Coscón todos los años el día de San Sebastián, consistía en llevar un punzón clavado en el muslo hasta haber luchado con un caballero inglés, a pie primero y después a caballo, con las condiciones que largamente se exponen en el mencionado cartel, que se copia, junto con otras epístolas caballerescas de nuestro caballero y su adversario, a partir del capítulo segundo de la crónica de Enguerrand de Monstrelet. El cartel lo llevó a Calais un «poursuivant» llamado Alí, sin duda un moro que Orís incorporaría a su cortejo como una nota de exotismo ante los franceses. Respondió al cartel,

14. Epistolario copiado en los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, 7809, fols 78r-81v, y 7811, fols. 124v-129r, que, de ahora en adelante citaré con las siglas A y B. Generalmente sigo el texto de B, del cual el de A es copia. Nada sé de Bernat de Coscón; pero su hermano Bertrán fue personaje de cierto relieve en la vida de Zaragoza y el 7 de octubre de 1413 combatió en las justas que se celebraron en un palenque montado en el sitio de Balaguer (cfr. ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón*, lib. XII, cap. XXVII; edición de «Las Glorias Nacionales», Madrid-Barcelona, tomo V, 1853, pág. 50).

dispuesto a libertar a Miquel d'Orís luchando con él, sir John Prender Gast, caballero de la corte del conde de Sommerset. La batalla parece que no llegó a celebrarse, y el relato de Monstrelet induciría a creer que fue por culpa del catalán [15], si no fuera porque en un carta de Carlos VI de Francia a Martín de Aragón, firmada en París el 14 de mayo de 1401, no leyéramos que «nostre bien amé eschançon Michiel d'Orís, escuier, va presentement par devers vous, lequel a longuement esté par deça, attendant faire et acomplir certaines armes par lui entreprinses à faire à l'encontre d'un chevalier anglois qui longuement l'a fait attendre par deça et qui aucunement ne s'est comparu, en quoy nostre dit eschançon s'est loiaument offert et presenté, dont nous nous louons moult de lui» [16].

PERE DE CERVELLÓ

En noviembre de 1400 se encontraba en París el caballero Pere de Cervelló, militar de cierto relieve, pues había luchado en las campañas de Sicilia de 1393 y 1398, y a él se dirigía un joven bretón, que no tardaría en ser famosísimo, Guillaume du Chastel, quien, deseoso de hacer méritos para ser armado caballero, le reta en términos muy corteses porque ha sabido que Cervelló ha ido a Francia dispuesto a luchar con todos los caballeros que lleven el escudo verde y la dama blanca. En seguida el catalán contestó al bretón: efectivamente, el pasado domingo de Pentecostés — que fue el 6 de junio —, estando la corte en Barcelona, Pere de Cervelló hizo el voto de hacer armas contra dos caballeros de los que llevan el escudo verde y la dama blanca, voto que se ve

15. Véase *Chroniques d'Enguerrand de Monstrelet,* libro I, cap. II; edición de J. A. BUCHON, I, París, 1826, págs. 57-79; y RIQUER, *Lletres de batalla,* I, págs. 55-59.

16. VIELLIARD-AVEZOU, l. c. pág. 332. En la nota se resumen documentos de Martín I referentes a Miquel d'Orís, entre ellos una carta del 20 de agosto de 1401 donde el rey de Aragón recomienda a otro — sin duda alguna al de Navarra — que acoja a nuestro caballero porque desea servirlo como «échanson».

precisado a cumplir después de otra batalla que tiene concertada con Ponç de Perellós.

Hagamos una pequeña digresión para comentar estos puntos. Muy poco antes, el 11 de abril de 1399, el famosísimo caballero francés Jean Le Meingre, llamado Boucicot, había instituido la orden de «l'écu vert à la Dame Blanche», con la finalidad de evitar las injusticias que tan a menudo se hacen a damas, doncellas y viudas, y los trece caballeros que la formaban, que ostentaban un brazal verde con una dama blanca pintada en él, se comprometían a acudir en defensa de mujeres desvalidas y a luchar contra cualquier caballero o escudero, «de noble lignée et sans vilain reproche», que los requiriera para libertarse de algún voto. Con esto queda explicado un punto de la carta de Pere de Cervelló. El otro también se aclara si tenemos en cuenta que en diciembre de 1399 Martín I escribió una carta al veguer de Barcelona ordenándole que prenda y arreste al noble Ponç de Perellós, quien hace tres días se ha ausentado de la corte sin licencia y se ha encaminado al reino de Francia para hacer y cumplir ciertas armas. En su vagar caballeresco Pere de Cervelló y Ponç de Perellós, ambos muy unidos a la corte del rey Martín y que por lo tanto deberían conocerse bien, se encontraron en París y, sin duda, lucharon.

En las demás cartas de batalla que se cruzaron Pere de Cervelló y Guillaume du Chastel se acordó que el primero, como requerido, buscara juez y plaza para la celebración de la batalla. Se negó a ello Martín el Humano, pero aceptó complacido Enrique III de Castilla, quien los citó para el 15 de septiembre de 1401 en la ciudad de Segovia. El caballero bretón solicitó del rey de Castilla salvoconducto para trasladarse a Segovia con doscientas personas y doscientos caballos [17]. Ignoro si llegaron a combatir ; no obstante, am-

17. Véase RIQUER, *Lletres de batalla*, 1, págs. 133-173.

bos adversarios están documentados años después : Pere de Cervelló intervino activamente en los sanguinarios bandos de Valencia, al lado de los Solers y contra los Centelles ; formó en la expedición a Cerdeña de 1409 que culminó con la batalla de San Luri y se halló presente en aquella tan discutida escena en que Martín el Humano, moribundo en el monasterio barcelonés de Valldonzella, fue requerido para que sus reinos los heredase quien en justicia debía poseerlos. Guillaume du Chastel, ya almirante de Bretaña, se distinguió por sus arriesgadas expediciones a islas y costas inglesas ; en 1402 se hizo muy famoso en una celebrada justa entre siete franceses y siete ingleses, y murió dos años después en un temerario desembarco en Darmouth. *El Victorial* de Pero Niño nos ofrece un excelente retrato de este caballero :

> Mosén Guillén del Castel, el noble e muy baliente caballero... fue natural de Breñón. Hera bretón bretonante. Llaman bretonante al que es bretón, que non es mezclado de otra naçión ni lengua... Hera señor de una grand baronía que llaman el Castel. Hera hombre muy alto de qüerpo, e de grand fuerza, e muy fermoso de su presona. Hera muy baliente; entró en canpo muchas vezes, tantos por tantos, ansí en armas secretas como a todo tranze. Tan baliente hera, quando hera en los canpos armado, e tan ligero andaba, como si non truxese armas ningunas. Tanto se atrebía en su balentía, que muchas vezes en los canpos acometía al que le caya en suerte de lo tomar a manos. Entró en una vatalla de siete por siete, e los otros contrarios heran yngleses, e fue bençedor él e sus conpañeros... [18].

PONÇ DE PERELLÓS

Tiempo después, estando Pero Niño en Ruán, le llegó una carta, de París, de seis caballeros del duque de Orleans, en la que le hacían saber que «mosén Ponze En Perellós trae la Dama blanca bordada en su ropa, e un brazal de oro...». Nos encontramos de nuevo con el caballero Ponç de Perellós, el

18. *El Victorial*, crónica de don Pero Niño, conde de Buelna edición de J. DE M. CARRIAZO, «Colección de Crónicas Españolas», Madrid, 1940, págs. 195-196.

adversario de Pere de Cervelló, y advertimos que el primero de estos dos caballeros catalanes ostenta el emblema de los de «l'écu vert à la Dame Blanche». Se desprende que los seis caballeros del duque de Orleans han sido retados por Perellós y otros seis, defensores de la Dama Blanca ; y por esta razón suplican a Pero Niño que quiera ser el séptimo, ocupando precisamente el lugar que perteneció «al noble cavaero mosén Guillén del Chastel, al qual Dios faga merçed, que murió en Cornualla, en guerra, como buen cavallero». Pero Niño aceptó con entusiasmo, pero cuando todo estaba preparado para la batalla, cesó la discordia que había entre los duques de Orleans y de Borgoña, y se suspendió el combate de siete contra siete [19]. El hecho de que Ponç de Perellós, fugitivo de la corte de Martín el Humano, fuera chambelán y consejero de Juan Sin Miedo explica las razones por qué, en tierras de Francia, estuvieran a punto de luchar, en campos adversos, Pero Niño y el catalán.

Hemos visto que Pere de Cervelló juró en Barcelona, el día de Pentecostés, que lucharía contra dos caballeros de la orden tan recientemente fundada por Boucicot. Este ilustre mariscal francés era ya bien conocido en España : en 1399 Dalmau de Darnius, escudero de mesa de Martín el Humano, quiso incorporarse a la escuadra de Boucicot que iba a socorrer Constantinopla a fin de servir a Dios, al rey de Francia y conquistar fama y honor [20]. El 11 de junio de 1415 Fernando I de Aragón firmó en Valencia un salvoconducto para que «Johannes Le Meingre, dictus Bousiquaut», mariscal de Francia, pudiera ir en peregrinación a Santiago de

19. Ibid., págs. 242-245.

20. Véase M. G[AIBROIS] DE B[ALLESTEROS], *El famoso mariscal Boucicaut era admirado en España*. «Correo Erudito», V [1952], págs. 236-237 ; y C. MARINESCO, *Comentario sobre Boucicaut y Dalmau Darnius*, ibid., págs. 238-240. Véase también VIELLIARD-AVEZOU, l. c., pág. 350, nota 1, con más datos sobre Darnius, y pág. 340, para relaciones diplomáticas entre Martín el Humano y Boucicot, gobernador de Génova.

BIBLIOTECA · REAL ACADEMIA ESPAÑOLA ·

Compostela [21]. La novela caballeresca catalana *Curial e Güelfa* nos transmite, a mediados del siglo XV, el fervoroso recuerdo de la figura de Boucicot, creador de la orden de «l'écu vert à la Dame Blanche» [22].

ALFONSO MUDARRA

Es muy posible que Dalmau de Darnius fuera a Constantinopla en la escuadra de Boucicot, y ya encontraremos a otros españoles en empresas semejantes. Los caballeros emprendían largos viajes para adquirir honor en hechos militares y en batallas en lizas. Alfonso Mudarra, protegido de Fernando I de Aragón, emprendió, en 1411 y 1412, una peregrinación a Jerusalén, «causa honoris acquiriendi», pero su ruta fue la siguiente: Saboya, Génova, Milán, Buda, Cracovia, Kovno y la Moldavia [23]. A veces los reyes procuraban retener a los caballeros andantes a su servicio para utilizarlos en guerras contra sus enemigos. Esto pretendió

PEDRO DE VELASCO

Alfonso el Magnánimo de Pedro de Velasco, camarero mayor del rey de Castilla, que supongo que hay que identificar con el conde de Haro. El 2 de septiembre de 1428 el rey Alfonso le escribe acusándole recibo de una carta que le ha enviado por Joyós, «persavant», y le dice que, a fin de complacer a su deseo, ya antes «havíemos feyto publicar en nuestra cort el cartell de la dita vuestra empresa», pero que no le da licencia para justar a fin de evitar disensiones y escándalos entre sus súbditos y los del rey de Castilla. Tiempo después, el 26 de marzo de 1429, desde Lérida, Alfonso V vuelve a escribir a Pedro de Velasco, camarero mayor del rey de Castilla, contestando a otra carta que le ha enviado también por medio de Joyós. Dice el rey de Aragón que, como está a punto de partir para una campaña militar, «no podríamos de present assegurarvos el passo en la dita vues-

21. J. VIELLIARD, *Pèlerins d'Espagne à la fin du Moyen Âge*, «Homenatge a Antoni Rubió i Lluch», II, Barcelona, 1936, pág. 291.
22. Véase M. DE RIQUER, *Literatura catalana*, II Barcelona, 1964, pág. 620.
23. Cfr. J. VIELLIARD, *Pèlerins*, págs. 279-280.

tra letra mencionado», o sea, que el caballero castellano pretendía defender un paso de armas en tierras del Magnánimo. Y éste sigue: si quiere ejercitar la caballería, que se incorpore a su ejército y que se presente en la corte el día de San Jorge o, lo más tarde, el primero de mayo [24].

FERNANDO DE GUEVARA

Don Quijote, en el parlamento que he citado al principio, argumenta: «Niéguenme asimesmo que no fue a buscar las aventuras a Alemania don Fernando de Guevara, donde se combatió con micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria». Detengámonos un poco en la consideración de las empresas de este caballero. Nació en 1406 [25]; tomó parte en las justas de Valladolid de 1434[26], y la *Crónica de Juan II*, en los acontecimientos del año 1436, intercala lo siguiente:

> En este tiempo partió deste reyno un caballero llamado don Fernando de Guevara, doncel e vasallo del Rey, el qual con su licencia e ayuda llevó una empresa en Alemaña, e fuele tocada por un caballero muy valiente llamado micer George Vourapag, de la casa del duque Alberto de Austerriche, que después fue rey de Ungría e de Boemia y emperador de los romanos, e hizo sus armas en la cibdad de Viena en presencia deste Duque. Las armas fueron a pie; e comoquiera que el caballero alemán era sin comparación mucho más valiente que don Fernando de Guevara, don Fernando se hubo tan bien e tan valientemente que lo firió de la hacha en ambas a dos las manos, en tal manera que·l alemán se iba retrayendo aunque sábiamente, como caballero que sabía bien lo que nacía. El Duque en esto echó el bastón, e sacólos de las lizas, e hizo muy grande honra a don Fernando de Guevara, y embióle un joyel que podía valer quiñientas coronas, e dos trotones muy especiales, e así don Fernando se volvió en Castilla... [27].

24. Archivo de la Corona de Aragón, reg. 2683, fol. 45v. de la segunda numeración, y reg. 2682, fol. 189. Documentos señalados por J. Rubió, *Vida española en la época gótica*, Barcelona, 1943, pág. 279.

25. Francisca Vendrell de Millás, *El Cancionero de Palacio*, Barcelona, 1945, pág. 53.

26. *Crónica del Halconero*, págs. 157-158.

27. Año 1436, cap. IV; pág. 529.

Es evidente que Cervantes se informó en este pasaje de la *Crónica de Juan II* y sin duda nada más sabía de don Fernando de Guevara. Esta batalla se dio antes de 1439, pues en enero de este año Pero Tafur se encontraba en Viena, y «fui a ver a Jorje Voniroc, un cavallero que havía fecho armas secretas con don Fernando de Guivara» [28]. El nombre del caballero alemán, Vourapag o Voniroc, sigue siendo un enigma. Y la *Crónica de Juan II* continúa :

> ...se volvió en Castilla, y estuvo en ella algún tiempo, e después acordó de se ir a Nápol para el rey don Alonso de Aragón, el qual lo rescibió muy bien e le hizo grande acogimiento e mercedes, e después lo hizo conde de Belcastro, e fallesció allá estando en servicio del rey don Fernando de Nápol.

Está documentado abundantemente don Fernando de Guevara, conde de Belcastro, en nuestra corte napolitana [29], y como poeta aparece en debates en verso con Juan de Dueñas [30] y con el propio Alfonso V, en cuyo nombre respondió Carvajales [31]. El barcelonés Benet Garret, il Cariteo, poeta en lengua italiana, no dejó de encomiar al conde de Belcastro, «aquel bel Ferrando, ai re non inequale» [32].

JUAN DE MERLO

Ya vimos que don Quijote citaba, entre los caballeros andantes, al «lusitano Juan de Merlo, que fue a Borgoña y se

28. *Andanças e viajes de Pero Tafur*, edición de J. M.ª RAMOS, «Biblioteca Clásica», Madrid, 1934, pág. 216. Para la fecha véase J. VIVES, *Andanças e viajes de un hidalgo español*, «Analecta Sacra Tarraconensia», XIX, 1946, pág. 177.

29. Véase B. CROCE, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, Bari, 1949, págs. 37-38. Hay alusiones a Guevara en ZURITA, *Anales*, lib. XVI, cap. XXVIII (año 1454), lib. XVIII, cap. XLVI (año 1472), lib. XIX, cap. XV (año 1474) ; tomo V, págs. 326, 496 y 531.

30. FRANCISCA VENDRELL DE MILLÁS, *Poesías inéditas de Juan de Dueñas*, «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», LXIV, 1958, págs. 211-215.

31. R. FOULCHÉ-DELBOSC, *Cancionero castellano del siglo XV*, II, Madrid, 1915, pág. 609.

32. *Le rime del Chariteo*, edición de E. PÈRCOPO, I, Nápoles, 1892, pág. 415.

combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charní, llamado mosén Pierres, y después, en la ciudad de Basilea, con mosén Enrique de Remestán, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama...». Muy famoso fue, en efecto, «un caballero llamado Juan de Merlo, que era natural de Portugal e naciera en este reyno», como dice la *Crónica de Juan II,* la cual lo describe como «hombre muy dispuesto, de gentil gesto e cuerpo; fue gran justador e luchador e hacía toda cosa muy bien» [33]. En febrero de 1428 figura Juan de Merlo entre los «omes de qüenta» que entraron en Castilla con el condestable don Álvaro de Luna [34]. En 1430, en guerra con los moros de Granada, «fue herido en el rostro un poco» [35].

El nombre de Juan de Merlo no aparece en los pasos de armas y justas que se celebraron en Valladolid entre el 2 de mayo y el 8 de junio de 1428, pero sí, en cambio, en los que se hicieron en esta ciudad castellana en mayo de 1434, organizados por don Álvaro de Luna en honor de Juan II. Muy someramente relatan este hecho caballeresco la crónica del citado rey y la del Condestable [36], aunque en ambas se registra que el propio soberano rompió una lanza justando con Juan de Merlo. Más explícita es la *Crónica del Halconero,* con su refundición, en la que se narra que don Álvaro de Luna fue el capitán de la justa «con treinta cavalleros mancebos que con él fueron, de los grandes que avía a la sazón en toda la corte». El Condestable fijó sus capítulos en la puerta de palacio, y en ellos se señalaban las condiciones de la justa, que había de ser juzgada por don Pedro Niño, conde de Buelna, por don Íñigo López de Mendoza, señor de

33. Año 1433, cap IV; pág. 512.
34. *Crónica del Halconero,* pág. 18.
35. Ibid., pág. 73.
36. *Crónica de Juan II,* año 1434, cap. IV; pág. 516; *Crónica de don Álvaro de Luna,* edición de J. DE M. CARRIAZO, «Colección de Crónicas Españolas», Madrid, 1940, pág. 145.

Hita, y por el mariscal Pero García. El domingo día 2 de mayo, a las tres de la tarde, se presentó el Condestable en la liza precedido de quince de sus caballeros con libreas verdes y de otros quince con libreas amarillas y seguido de otros dos [sic] vertidos de negro. El primer aventurero que compareció fue el Rey, con arnés real, un capote verde y escudo dorado. Juan II justó con Diego Manrique y luego con Juan de Merlo, «e rompió dos varas muy bien rompidas». Acto seguido don Álvaro de Luna justó con Juan de Merlo, «e fízolo muy bien». Tras las justas vino el torneo, en el que lucharon los treinta caballeros, y «allí ovo muy fuertes e rezios enqüentros, e quedaron algunos de aquellos cavalleros desmarcados de los arneses, e dos dellos de los yelmos, que ge los llebaron de las cabeças». Al ponerse el sol se concluyó la fiesta caballeresca, y siguió la cena con danzas y momos, y entonces los jueces de las justas emitieron su sentencia, puesta en boca del «dios de Amor», en la cual se premiaba en primer lugar al Rey, en el segundo al Condestable, en el tercero a don Juan Niño, en el cuarto a Pedro de Acuña y en quinto lugar a Juan de Merlo, Carlos de Arellano y Alfonso Niño, debido a que «se son mostrados más regulosos e mejores encontradores, e aver fecho más e mejores carreras que ninguno de todos los otros». El dios de Amor, en vista de ello, rogó «a sus señoras e amigas que en remuneración e galardón de sus travajos los abracen e fagan buena fiesta» [37].

Apenas habían pasado tres meses de las justas de Valladolid Juan de Merlo aparece en otras mucho más famosas e importantes: el Passo Honroso defendido por Suero de Quiñones. El texto manuscrito del *Libro del Passo Honroso* dice que el viernes 23 de julio de 1434 «llegó al Paso el honrado e famoso cavallero Juan de Merlo, mayordomo mayor del muy magnífico e poderoso e honorable cavallero don Álvaro de

37. *Crónica del Halconero*, págs. 154-160, y su *Refundición*, págs. 150-154.

Luna, condestable de Castilla, con otros onze cavalleros e gentileshombres que en su compañía venían, los quales vinieron a facer las armas al Paso ya nombrado, según se contenía en los capítulos que Suero de Quiñones havía fecho en deliberación e rrescate de su empressa» [38]. Por la tarde del 26 de julio Juan de Merlo envió a decir a los jueces del Passo que él se había presentado allí para luchar peligrosamente el día de Santiago, lo que no se le había consentido, pero que «él havía de facer armas en Françia con unas platas sençillas que allí traya, e que rogava a los juezes que rrogasen a Suero, o qualquier otro que hordenado fuese de con él fazer, que con otras platas sençillas con él quisiese fazer, porque él pudisse ver para quánto eran sus platas, e que en esto le farían una gran graçia» [39]. El texto impreso dice: «porque trahía unas platas senzillas para hazer armas en Francia, y quería provar su fortaleza» [40]. Los jueces no accedieron a ello, y Juan de Merlo tuvo que esperar al 28 de julio, día en que se armó para justar prescindiendo del fino arnés que tenía preparado para la batalla de Arrás, de la que tratamos en seguida. Entró en la liza «de mala voluntad, que él bien quisiera provar allí aquellas platas suyas porque entendía que eran de las fuertes del Reino» [41]. A poco entró Suero de Quiñones, «el qual llevava sobre las armas una camisa blanca con

38. Biblioteca de El Escorial, ms. f-II-19, fol. 104v. No trato de Suero de Quiñones ni del Passo Honroso porque es hecho ya muy conocido. Entre la reciente bibliografía sobre el tema véase J. G. MOREJÓN, *El Passo Honroso de Suero de Quiñones: Contribução ao estudo do outono da Idade Média espanhola*, «Revista de História», V, São Paulo, 1934, págs. 33-79; H. BAADER, *Die literarischen Geschicke der spanischen Ritters Suero de Quiñones*, Akademie der Wissenchaften und Literatur, Mainz, 1960; M DE RIQUER, *Caballeros catalanes y valencianos en el Passo Honroso*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Barcelona, 1962.

39. Ms. fol. 119r.

40. *Libro del Passo Honroso defendido por el excelente cavallero Suero de Quiñones*, Salamanca, 1588. Sigo el facsímil editado por la Hispanic Society of America, [Nueva York, 1902], fol. 78v.

41. Ms. fol. 120v.

unas ruedas de Sancta Catalina». En la tercer carrera Suero fue herido en el brazo derecho, de tal suerte que pidió a Juan de Merlo que ambos rogaran a los jueces que dieran su batalla por acabada. Merlo respondió «que le plazía, pero que le rogava, de parte de su dama, que mandasse armar otro cavallero» con quien proseguir el combate. Como Suero de Quiñones no lo aceptó, se dieron las armas por cumplidas. Juan de Merlo regaló a Suero de Quiñones «un guardabraço yzquierdo muy fermoso», y éste le correspondió con «una gentil mula... porque él sabía cómo le estava aparejado largo camino para yr fazer sus armas fuera del reino, e la mula andava muy llano», lo que el texto impreso puntualiza: «le cumplía largo camino hasta Francia» [42].

Tras la batalla con Juan de Merlo Suero de Quiñones quedó inutilizado para el resto del Passo Honroso, que se dio por acabado doce días más tarde. Ello supone acrecentamiento en el prestigio de nuestro caballero, a pesar de que el notario Pero Rodríguez de Lena, tan parcial a favor del leonés, hace una serie de bizantinas consideraciones sobre el origen de la herida que dejó fuera de combate a Suero de Quiñones.

A Juan de Merlo le precisaba ir a Francia porque un tiempo antes, en 1433, si hemos de dar fe a la *Crónica de Juan II*, había sido retado por un famoso caballero borgoñón. Explica la mencionada crónica que «fuele tocada su empresa por un gran señor de la casa del duque Felipo de Borgoña, llamado micer Pierres de Brecemonte, señor de Charní» [43]. Se trata de Pierre de Beauffremont, señor de Charny, al cual me referiré cuando me ocupe de Pedro Vázquez de Saavedra y del Pas de l'Arbre Charlemagne.

Los cronistas borgoñones Enguerrand de Monstrelet y Jean Lefèvre, señor de Saint-Remy, ofrecen detalladísimas

42. Ms. fols. 121v-122v; texto impreso, fol. 81r.
43. Año 1433, cap. IV; pág. 513.

descripciones de la batalla entre Juan de Merlo y Pierre de Beauffremont. Constituyó uno de los números más notables con que se celebró la paz de Arrás, entre Carlos VII de Francia y Felipe el Bueno de Borgoña. Éste fue el juez de la justa, que empezó el 11 de agosto de 1435, un año después del Passo Honroso. Combinando y resumiendo los datos de los dos cronistas borgoñones recogemos las siguientes noticias. El citado día 11 se presentó en la liza preparada en Arrás «messire Jean de Merle, chevalier banneret très renommé, natif du royaume d'Espagne, appelant sans querelle diffamatoire, pour acquerir honneur, contre Pierre de Beauffremont», según afirma Monstrelet [44]. Esto está en contradicción con la *Crónica de Juan II*, ya que ahora se afirma que Juan de Merlo era el requeridor, no el requerido. Según las *Mémoires* del señor de Saint-Remy «messire Jehan de Merlo» entró en la liza a las nueve de la mañana, seguido de cuatro caballeros que le habían sido adjudicados para formar su compañía, y se dirigió al duque de Borgoña en los términos siguientes: «Très excellent et puissant prince et redoubté seigneur, je me viens présenter devant vous pour accomplir che que j'ai promis à faire». Monstrelet nos da un curioso detalle, que pudo producir un conflicto. Juan de Merlo llevaba una especie de capuchón («une huque») de tela bermeja con una cruz blanca, lo que desagradó a muchos borgoñones porque les pareció que con ello el español se mostraba parcial a los franceses. El caballero respondió que desde hacía mucho tiempo existía entre los reinos de Francia y de España (Monstrelet suele dar el nombre de España a Castilla) tal confederación que en aquél no podía llevar otra enseña que la de los reyes de Francia. Con esta respuesta Juan de Merlo no se atraía precisamente la simpatía de los borgoñones, tan hostiles a Francia a pesar de las paces que se estaban festejando.

44. Cap. CLXXXI; tomo VI, pág. 171.

Media hora después entró en la liza Pierre de Beauffremont, señor de Charny, acompañado de lo más lucido de la caballería borgoñona y con gran número de reyes de armas, heraldos y trompetas. Como las lanzas que había dispuestas resultaron no ser la misma medida, Juan de Merlo dio dos de las suyas al señor de Charny y éste dos de las suyas a su adversario. En las seis primeras carreras no se dieron ningún golpe ; y al observar Juan de Merlo que su caballo huía y esquivaba los encuentros, pidió al duque de Borgoña que se lo dejara cambiar, lo que le fue otorgado. Entonces la justa adquirió más emoción : en una carrera ambos quebraron las lanzas, en otra Merlo recibió un golpe en el almete y en otra, finalmente, rompió su lanza en su adversario, punto en el que el duque de Borgoña hizo cesar la pelea, dio por finalizada la batalla a caballo y afirmó que ambos rivales habían luchado con valentía.

El día siguiente se hizo la justa a pie. A las siete de la mañana entraron los combatientes en la liza, y los caballeros que acompañaban al señor de Charny protestaron ante el Duque porque habían observado que Juan de Merlo, en vez de hacha, llevaba un «becq de faucon», o sea, el arma llamada en castellano «halcón» o «pico de cuervo». Pero el señor de Charny no se opuso a que empleara tal arma. El famoso rey de armas Toison-d'Or hizo vaciar la liza y dio los gritos rituales para que empezara la contienda. Los adversarios salieron de sus tiendas con las lanzas en la mano, y causó sorpresa que Juan de Merlo fuera con la visera levantada. El señor de Charny disparó la lanza contra el español, sin acertarle, y entonces éste arrojó la suya con gran fuerza y se la clavó al borgoñón en la brazo izquierdo. El señor de Charny se la arrancó y tomó el hacha para repeler a Juan de Merlo que se le aproximaba amenazador con el «becq de faucon» agarrado con las dos manos. Se asestaron varios golpes, y el señor de Charny no salía de su sorpresa al ver que su enemigo

seguía luchando con la visera levantada. El duque de Borgoña hizo cesar la batalla, y los fieles del campo cogieron a ambos caballeros y los llevaron a presencia de Felipe el Bueno, ante el cual, de hinojos, el señor de Charny dijo que acataba cuanto dispusiera. Pero Juan de Merlo, de rodillas, y siempre con el rostro descubierto, dijo que había venido de muy lejos, soportando muchos trabajos por tierra y por mar y había hecho grandes dispendios para tan poca cosa : «J'eusse bien voulu qu'il vous eust pleu de nous laisser ung peu esbatre et encoires prendre un petit de plaisir en armes». El Duque respondió que había combatido muy valientemente y que daba las armas por cumplidas, pero el caballero español replicó insistiendo en que, después de haber hecho un viaje tan largo, muy poco honor había ganado en presencia de un príncipe tan famoso en todo el mundo. Felipe el Bueno no accedió a que se reemprendiera la batalla y los dos rivales se retiraron a sus tiendas. Volvieron luego ante el Duque, se quitaron los guanteletes y se dieron la mano. En los días sucesivos Felipe el Bueno honró en su palacio a Juan de Merlo, y le hizo grandes regalos para sufragar los gastos que había hecho en el viaje. La *Crónica de Juan II* puntualiza que le regaló «una vaxilla de plata en que había setenta o ochenta marcos». Monstrelet acaba el relato de las justas de Arrás ponderando de nuevo la admiración que produjo el que Juan de Merlo combatiera con la visera alzada, costumbre sin duda española, pues veremos que también luchaba así Pedro Vázquez de Saavedra [45].

Según Monstrelet Juan de Merlo «se partit d'Arras pour s'en retourner en son pays», pero la *Crónica de Juan II* dice que «de allí [de Arrás] se fue en Alemaña, e llevó su em-

45. El relato de las justas de Arrás en Monstrelet, cap. CLXXXI ; tomo VI, págs. 171-177, y en las *Mémoires* del señor Saint-Remy, cap. CLXXXIII, publicadas a continuación de la crónica de Monstrelet, tomo VIII, págs. 478-486.

presa en Basilea, donde le fue tocada por un caballero que se llamaba mosén Enrique de Remestán, e las armas fueron a pie, e la señoría de la cibdad dio jueces para las armas. E micer Enrique le hizo un engaño muy grande, el qual fue que hizo un corchete en el hacha, con el qual combatiéndole le llevó un guardabrazo, e fuera muerto o mal ferido si los jueces en ello no proveyeran ; e esto fue habido a maldad a micer Enrique, e fue dada la honra de las armas a Juan de Merlo». Estas noticias se corroboran en parte gracias a algunas afirmaciones que se hacen en la pintoresca relación castellana de «El torneo que se fiso en Xafusa». Xafusa es Schaffhouse, y tratando de «los de aquí de Bala», o sea de Basilea, se habla de un caballero «el qual es el que con Juan de Merlo fizo armas aquí», con lo que sin duda se alude a micer Enrique de Remestán, del cual se dice que «fue muy mal apaleado e quebráronle el yelmo porque es casado con villana». Y al final de la relación, cuando se otorgan los premios, leemos : «E desta guisa dieron cuatro anillos por el torneo e dos por la justa, e por la justa hobo el uno el caballero que fiso con Juan de Merlo». Si la justa de Basilea fue casi simultánea al torneo de Schaffhouse, como parece dar a entender esta relación, llegaríamos a la consecuencia de que Juan de Merlo y el alemán batallaron en febrero de 1436 [46].

En octubre de 1439 Juan de Merlo, ya en Castilla, figura entre los caballeros fieles a don Álvaro de Luna y ostentando todavía el cargo de mayordomo del Condestable [47]. Mu-

46. Véase A. Paz y Mélia, *Torneo celebrado en Schaffhouse*, «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», IX, 1903, págs. 292-298. Paz y Mélia propone, con interrogantes, la fecha de 1433 para esta relación porque se guía por el año de la *Crónica de Juan II* en que se insertan los viajes de Juan de Merlo. No obstante, la justa de Basilea fue después de la de Arrás (agosto de 1435) y la relación se copia tras un documento fechado en 1435 y se inicia un «martes de carnestoliendas». Ello me hace suponer que se trata del martes de carnaval 21 de febrero de 1436. En la última cita enmiendo el texto de Paz y Mélia, y donde éste da «é fiso con» yo leo «que fiso con».

47. *Crónica del Halconero*, págs. 300-301.

rió Juan de Merlo en acción de guerra, entre Arjona y Andújar, el año 1443, en una «pelea muy áspera» entre los partidarios de Juan de Guzmán y los de Rodrigo Manrique. La *Crónica de Juan II* relata así el fin de nuestro caballero:

> Y en esta pelea yendo Juan de Merlo, de quien la historia ha hecho mención, en el alcance de los contrarios, metióse tanto en ellos que quedó solo, e quando quiso volver al paso de una puente, halló peones de los contrarios los quales lo mataron; de la muerte del qual el Rey ovo gran sentimiento, porque era muy buen caballero e le había siempre bien servido [48].

Cultivó Juan de Merlo la poesía, sin duda esporádicamente, y respondió a una pregunta que le hizo su primo Gómez Carrillo. Le replicó, a su vez, Fernando de Guevara, otro caballero que ya conocemos, el cual afirma que ha visto a Juan de Merlo «requestar tantas damas en Castilla... que en Sevilla tienen d'esto que parlar» [49].

Cinco años después de la muerte de Juan Merlo, en dos estrofas del *Laberinto de Fortuna,* Juan de Mena lloró su fin y cantó las hazañas que ya conocemos:

> Allí, Juan de Merlo, te vi con dolor:
> menor vi tu fin que non vi tu medio,
> mayor vi tu daño que non el remedio
> que dio la tu muerte al tu matador;
> !O porfioso, pestífero error!
> !O fados crueles, sobervios, rabiosos,
> que siempre robades los más virtuosos,
> e perdonades la gente peor!
>
> Bien te creemos que tú non pensaste
> senblante finida de todo tu bien,
> quando al Enrrique de Remestién
> por armas e tranças en Bala sobraste;
> pues menos farías quando te fallaste
> en Ras con aquel señor de Charní,

48. Año 1443, cap IV; pág. 613.
49. F. VENDRELL DE MILLÁS, *El Cancionero de Palacio,* composiciones n.os 45, 46 y 47, págs. 156-157.

donde con tantos onores assí
tu rey e tus reinos e manos onrraste [50].

GUTIERRE QUIJADA

Don Quijote, en su apología de la caballería andante, hace mención de «las aventuras y desafíos que también acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varón), venciendo a los hijos del conde de San Polo». Miguel de Cervantes, que en el inciso ha dejado escapar una de sus tan típicas notas irónicas, sigue teniendo como única fuente de información la *Crónica de Juan II*. Añadamos algunos detalles más. Gutierre Quijada, señor de Villagarcía, que ya en 1431 se distinguió guerreando con los moros de Granada a las órdenes directas de don Álvaro de Luna y junto a otros notables caballeros, entre ellos Suero de Quiñones [51], el 22 de julio de 1434 se presentó en el Passo Honroso acompañado de diez caballeros y gentileshombres. Durante dos días los defensores del Passo habían «folgado» por falta de aventureros, y por esta razón los recién llegados fueron recibidos con agrado y se les envió el rey de armas Monreal y el faraute Villalobos para averiguar cuáles eran sus propósitos. Gutierre Quijada pidió que se leyeran los capítulos del Passo Honroso por un escribano que traía consigo y que Suero de Quiñones afirmara delante de éste que tenía por firme y válido el contenido de aquéllos. Pero como sucedió algo tan curioso como fue que el citado escribano no supo leer los capítulos, tuvo que hacerlo Pero Rodríguez de Lena. Quijada no aceptó ninguna de las tiendas que Suero de Quiñones tenía dispuestas para alojar a los aventureros, e hizo montar la suya cerca del puente de Órbigo. Cumplió con todas las ceremonias preliminares del Passo, fue a saludar a Suero y luego, por medio

50. JUAN DE MENA, *El laberinto de Fortuna o Las Trescientas*, edición de J. M. BLECUA, «Clásicos Castellanos», Madrid, 1943, estrofas 198 y 199, págs. 104-105.
51. *Crónica de Juan II*, año 1431, cap. XIX; pág. 498.

del rey de armas y del faraute, le hizo decir que «le rogava que por parte de su amiga se quisiese combatir con él e fazer las armas». Suero respondió que, de acuerdo con sus capítulos, los aventureros no debían saber con quién justaban hasta finalizar cada justa.

El 24 de julio lucharon el mantenedor Diego de Bazán y el aventurero Gutierre Quijada, «el qual traya en pos de sí su estandarte verde con escaques blancos y azules, que eran sus armas», y para hacerle honor le acompañaba Juan de Merlo. A la tercera carrera «encontró Diego de Baçam a Gutier Quexada por debaxo del guardabraço derecho e rrasgóle el falso peto por ençima del hombro e la camisa, e un poco de la carne, por tal vía que le fizo sangre e desguarnecióle el braço e rrompió su lança por çerca de un palmo del asta, con el fierro, e lebó el tronçón de la lança puesto por ençima del honbro hasta en cabo de la liça ; e todos pensaron que yva más ferido de lo que fue. E Gutier Quexada encontró a Diego de Baçam en el guardabraço yzquierdo e diole un tan gran golpe que por muy poco ge lo falsara, e rompió su lança en él en dos pedaços». En la cuarta carrera ambos adversarios se dieron otros dos golpes, y los jueces dieron por acabadas sus armas. Pero Rodríguez de Lena comenta esta justa con sutiles consideraciones sobre cuál de los dos luchó mejor, en su constante empeño partidista de dejar en mejor lugar a los defensores o mantenedores del Passo Honroso [52]. El 27 de julio, en su tienda, Gutierre Quijada armó caballero a Arnao de Novalles, de Zaragoza, otro de los aventureros que habían acudido al Passo.

La *Crónica de Juan II* da amplia información de las andanzas de Gutierre Quijada y de su batalla, en Saint-Omer de Borgoña, con el bastardo de Saint-Pol, lance que las crónicas borgoñonas que he podido consultar no refieren, y no creo

52. Ms. fols. 92v-108r, y edición fols. 53v-55r y 68r-69r.

que sea por partidismo o mala fe, ya que suelen relatar con independencia otras batallas de caballeros españoles. Como ocurre algunas veces, la cronología indicada en la *Crónica de Juan II* no corresponde a la realidad. Afirma, al narrar sucesos del año 1435, que «en este tiempo» salieron de Castilla Gutierre Quijada, señor de Villagarcía, y Pedro Barba — que había sido uno de los jueces del Passo Honroso — con cierta empresa de armas cuyos capítulos enviaron «a la corte del duque Felipo de Borgoña, señaladamente requiriendo a dos caballeros muy famosos, hijos bastardos del conde de San Polo, el uno llamado micer Pierres, señor de Haburdín, y el otro micer Jaques», quienes aceptaron el reto [53]. Hay que destacar un posible error de la crónica castellana. El famoso bastardo de Saint-Pol, señor de Haubourdin, nacido hacia 1400 y muerto el 26 de julio de 1466, de cuya activa vida militar hablan con gran frecuencia todas las crónicas borgoñonas de la época, no se llamaba Pierre sino Jean de Luxembourg, quien se hizo caballerescamente muy famoso cuando defendió, cerca de Saint-Omer, del 15 de julio al 15 de agosto de 1449, el Pas de la Belle Pélerine, al que concurrieron muy pocos caballeros, pero uno de ellos fue «un chevalier d'Espagne, qui pour ce temps se tenoit en l'hostel du roy» [54]. Existía un Jacques de Luxembourg, hijo legítimo del conde de Saint-Pol, y posiblemente medio hermano del bastardo, que sin duda fue quien respondió, junto con éste, al reto de los dos caballeros españoles.

Siguiendo la *Crónica de Juan II* nos enteramos de que Gutierre Quijada y Pedro Barba, contando con que aún faltaba tiempo para su batalla con los Saint-Pol, «tomaron su camino para Jerusalem, en el qual se desacordaron, e Pero

53. Año 1435, cap. III; págs. 523-524.

54. MATHIEU DE COUSSY, *Chroniques*, cap. XXXIX; edición de J. A. C. BUCHON, *Choix de chroniques et mémoires sur l'histoire de France, XVe siècle*. «Panthéon littéraire», París, 1838, pág. 70.

Barba se volvió en Castilla, e Gutierre Quexada cumplió su romería e volvió en Borgoña al tiempo asignado para hacer las armas», y el cronista comenta que esto es un grave error, pues cuando se tiene acordada una batalla uno no debe exponerse a otros peligros. Afortunadamente existe otro texto que nos aclara los vagos detalles de la crónica y nos precisa la cronología de nuestro lance. Pero Tafur, en sus *Andanças e viajes,* explica que en Venecia se encontró con «Gutier Quixada e Pero Barva de Campos, que yvan a Jerusalem, e que estavan en la ciudad por ver la fiesta que se fazía...». Encontró también a otros castellanos dispuestos a visitar los santos lugares, «e parescióme como que ellos yvan desacordados, e cada uno yva en su navío, e trabajé por los concordar, e nunca pude, e ansí se partieron, el uno en la galea de remos, el otro en la galea do suele yr la pobre gente» [55]. Ello nos atestigua que Pedro Barba llegó por lo menos hasta Venecia, y nos da la fecha del viaje de los dos caballeros, ya que la estancia de Pero Tafur en la ciudad adriática fue en mayo de 1438 [56]. Gutierre Quijada, conociendo más o menos el inquieto itinerario de Pero Tafur, le dio un encargo para su rival borgoñón, ya que cuando el autor de *Andanças e viajes* llegó poco después a Bruselas, tras relatar la amable acogida que le dispensó Felipe el Bueno, añade: «E otro día fui al palacio del Duque e... pregunté quién era allí el bastardo de San Polo, e mostráronmelo, e llegué a él e díxele de parte de Gutierre Quexada, que con él avía de fazer armas, cómo yo lo dexé embarcado para Jerusalem, e que presto serie de buelta e vernía a cumplir su fecho, e que se le recomendava. El Duque llegóse e oyó esto, e dixo: — Buena devoçión es esta que faze mosén Gutierre: caminar a Jerusalem con entençión de venir a matar o deshonrrar a su compañón... —, e que aquel camino fuera mejor para después de fechas las

55. Edición citada, pág. 149.
56. J. Vives, artículo citado, pág. 167.

armas. E esto todo dezíe él en manera de burla ; e de aquel día en adelante el Bastardo me fizo tan grant compañía como si fuera muy estrecho pariente suyo» [57]. Esta estancia de Pero Tafur en Bruselas se coloca en septiembre de 1438 [58], lo que nos permite concluir que la batalla entre Gutierre Quijada y el bastardo de Saint-Pol, en Saint-Omer, se celebró en junio de 1439, cuando, para solemnizar la llegada de Catalina de Francia, hija de Carlos VII, prometida del conde de Charolois, el duque de Borgoña organizó solemnes fiestas en la «ville de Saint-Omer, où le mariage fut parconfirmé», y «si y furent faites grands et mélodieuses fêtes et ébattements par plusieurs journées, tant en joûtes comme autrement» [59]. La *Crónica de Juan II* narra las incidencias de la justa del modo siguiente :

> E plugo a Dios que Gutierre Quexada vino sano a la villa de Sant Omer, en Borgoña, donde el duque Filipo mandó hacer las lizas muy honorablemente, donde habían de combatir Gutierre Quexada e micer Pierres, bastardo de San Polo; e porque en los capítulos de Gutierre Quexada se contenía que había un tiro de lanza arrojadiza, e Gutierre Quexada era muy gran bracero, húbose tan gran miedo del tiro de su lanza, que la condesa de Nevers [60], parienta del Bastardo, embió rogar a Gutierre Quexada que dexase el tiro de la lanza, e le daría un diamante de precio de quiñientas coronas. El qual le respondió que toda cosa que ella mandase haría de buena voluntad, pero que esto él no lo podía hacer porque tenía sus capítulos firmados e sellados del sello de sus armas, e rescebidos por el bastardo de San Polo, e que debía saber que entre caballeros se guarda esta costumbre, que quando capítulos de armas son firmados e sellados, no se puede menguar ni crecer ninguna cosa de lo que en ellos se contiene. E por ningún ruego Gutierre Quexada no quiso dexar el tiro de la lanza. E metidos los caballeros en la liza, hecha la reverencia al Duque por ellos, los caballeros se fueron el uno para el otro, e

57. Edición citada, págs. 187-188.
58. J. VIVES, artículo citado, pág. 172.
59. MONSTRELET, cap. CCLXI ; tomo VII, pág. 69.
60. Catalina de Francia llegó a Saint-Omer acompañada, entre otros, del conde de Nevers (MONSTRELET, l. c., pág. 68).

quando se llegaron quanto quinze pasos, Gutierre Quexada tiró su lanza, e pasó por encima del hombro del Bastardo e fincó en el suelo de tal manera que a gran trabajo se pudo sacar, e la lanza del Bastardo no llegó a Gutierre Quexada. E. pasado el tiro de las lanzas, ambos a dos se fueron combatir de las hachas, e se dieron asaz valientes golpes el uno con el otro. E comoquiera que·l Bastardo era tan valiente de cuerpo o por aventura más que Gutierre Quexada, Gutierre Quexada trabajó de entrar al estrecho con él, e púsole un torno, e dio con él en el suelo, e luego se puso sobr'él, la hacha levantada en las manos; y es cierto que si las armas fueran necesarias, lo pudierra bien matar. E luego el Duque echó el bastón, e quatro caballeros que estaban armados en las lizas para los despartir si el Duque lo mandaba, levantaron al Bastardo e lleváronlo a su pabellón. E Gutierre Quexada, puesta la rodilla en el suelo, dixo al Duque que bien sabía su señoría como Pero Barba, su primo, había dexado su sello a micer Jaques, bastardo de San Polo, certificándole de ser en aquel día a cumplir con él ciertas armas en sus capítulos contenidas, el qual había adolescido y estaba en Castilla tanto trabajando, que sería duda si pudiese venir a complir las armas a que era obligado. E que, pues él estaba allí, placiendo a micer Jaques, qu'él satisfaría por su primo e haría luego con él las armas en la forma que Pero Barba las había de hacer; e donde esto no le pluguiese, que le requería e rogaba le diese el sello que de Pero Barba tenía. El Duque mandó luego llamar a micer Jaques, e le dixo que viese si quería cumplir las armas con Gutierre Quexada o qué era lo que le placía hacer. El Bastardo respondió que a él le desplacía mucho de la enfermedad de Pero Barba, pero, pues él estaba en tal disposición, era contento de darle su sello; e así ge lo dio, de lo qual es cierto que el Duque hubo grande enojo, porque paresció cobardía del Bastardo en no querer cumplir las armas con Gutierre Quexada, lo qual a él fue muy grande honra. El Duque, otro día después de las armas, hizo comer consigo a los dichos caballeros, teniendo a la parte derecha a Gutierre Quexada. E después de comer el Duque le embió una ropa chapada en que había más de quarenta marcos de orfebrería dorada aforrada de cevellinas. Y hechas así las armas de Gutierre Quexada, dos gentiles hombres, parientes suyos, llamados uno Rodrigo Quexada y el otro Pedro de Villagarcía, se acordaron de hacer ciertas armas a caballo con otros dos gentiles hombres de la casa del Duque, e las hicieron honorablemente en presencia del Duque; el qual, hechas las armas de los dichos Rodrigo Quexada e Pedro de Villagarcía, el Duque les embió sendas vaxillas, en que había treinta marcos de plata en cada

una. E así Gutierre Quexada se partió de la corte del duque de Borgoña con mucha honra, e salieron con él los más de los continos caballeros e gentiles hombres del Duque [61].

Documentación de archivo borgoñona confirma estas últimas noticias y corrobora la fecha que propongo para las justas de Gutierre Quexada en Saint-Omer, ya que nos atestigua que en 1439 el escudero de un «chevalier d'Espaigne» que contendió con Monsieur de Haubourdin recibió de Felipe el Bueno seis copas de plata que se compraron a un mercader de Saint-Omer, y que el Duque, simultáneamente, ofreció otras copas a dos «ecuiers d'Espaigne» que combatieron, también en Saint-Omer, con Guillaume de Vauldrey y Jaquotin de Haubourdin [62], con lo que averiguamos los nombres de los que justaron con Rodrigo Quijada y Pedro de Villagarcía.

La batalla con Gutierre Quijada aumentó la fama de gran caballero que tenía el bastardo de Saint-Pol, de tal suerte que, cuando Olivier de la Marche pondera sus habilidades combativas en el Pas de la Belle Pélerine, dice que justaba con mucha seguridad y serenamente en los más difíciles trances «comme celuy qui autresfois avoit esté en celuy estroit passage de combatre en champ clos, et sous jugement, car il avoit combatu, en la vile de Saint-Omer, un chevalier d'Espaigne nommé messire Goutière, l'un des plus redoutés chevaliers de toutes les Espaignes» [63].

Gutierre Quijada volvió a Castilla. Consta que en 1445 combatió valientemente, al lado de don Álvaro de Luna, en la batalla de Olmedo [64]. Tan fiel fue nuestro caballero al

61. Año 1435, cap. III; págs. 523-524.

62. DEHAINES, *Inventaire sommaire des Archives départamentales*, Nord, Archives Civiles, série B, Chambre des Comptes de Lille, IV, 1881, pág. 144, según A. VAN DE PUT, *Hispano-moresque ware of the XV Century*. Londres, 1904, págs. 87-88, aunque no es cierta la identificación que hace este último autor entre el «chevalier d'Espaigne» y Felip Boyl.

63. LA MARCHE, *Mémories*, I, cap. XVIII; edición de J. A. C. BUCHON, *Choix de chroniques...*, París, 1842, pág 426.

64. *Crónica de Juan II*, año 1445, cap. VI; pág. 628.

Condestable que cuando Juan II, en 1453, le propuso que «acabara» a don Álvaro, Gutierre Quijada se negó proclamando su lealtad y diciendo que tal acción sería «endiablado caso» [65].

Ya vimos que Gutierre Quijada hizo armas, en su juventud, contra los moros de Granada al lado de Suero de Quiñones y que participó en el Passo Honroso. Pues bien, el Cronicón de Valladolid da esta escueta noticia: «Murió Suero de Quiñones, fijo de Pedro de Quiñones, en Berceal, XI de julio, o cerca de Castro Verde, en una pelea que ovo con Gutierre Quixada, do le mataron los peones, año de MCCCCLVI» [66]. Un texto tardío, que podría recoger noticias ciertas, las glosas al *Sermón de Aljubarrota,* da un cierto tono caballeresco a la muerte de Suero de Quiñones y a la reacción de Gutierre Quijada:

> Y también en otro tiempo como un Gutierre Quixada, señor de Villagarcía, se encontrase en otra refriega con Suero de Quiñones, su contrario, ambos con harta y buena gente de a caballo, fue vencida la parte de Suero de Quiñones. Al cual, como no le viesen por allí, dijo uno al Quijada: —Señor, Suero de Quiñones, ¿huyó?— Y él le dijo: —No era él caballero que había de huir. Buscalde entre los muertos, que allí le hallaréis—. Y así fue que, como andaba en los delanteros, el primero de todos murió [67].

FRANÇOIS DE SURIENE, L'ARRAGONOIS

Reparemos ahora en otro caballero andante español cuyo apellido o linaje no acierto a dilucidar, pues sólo lo he encontrado en textos franceses e ingleses. En 1435 un ejército inglés de unos tres mil combatientes efectuó un arriesgado ataque a París y dominó varias fortalezas de la Isla de Fran-

65. *Crónica de don Álvaro de Luna,* pág. 321.

66. *Cronicón de Valladolid,* ilustrado con notas por PEDRO SÁINZ DE BARANDA, en *Colección de documentos inéditos para la historia de España,* XIII, Madrid, 1848, pág. 28.

67. A. PAZ Y MÉLIA, *Sales españolas o agudezas del ingenio nacional,* I, Madrid, 1890, pág. 219.

cia. Lo mandaban ilustres caballeros, como Talbot y Warwick, y entre ellos figuraba uno a quien se le da el nombre de «messire François l'Arragonois» [68]. También «l'Arragonois», junto a aquéllos y otros notables y expertos hombres de guerra, atacó con ingenios artilleros Saint-Dénis, aquel mismo año [69]. En 1440, bajo las órdenes del conde de Sommerset, un poderoso ejército inglés atacó Harfleur por tierra y por mar, en el que se contaban dos capitanes famosos : Talbot y François l'Arragonois [70]. No es sorprendente, pues, que el 27 de abril de 1441 Enrique VI de Inglaterra conceda una renta vitalicia de cien marcos anuales a «Francis de Suriene», llamado «l'Arragonois», a fin de que pueda mantener el rango de la caballería y que su mujer e hijos no pasen necesidad. El 29 de septiembre Suriene fue elegido caballero de la orden de la Garter, o Jarretière, y de él se decía que había superado a todos los caballeros de Francia. En el Smithfield de Londres había luchado, en justa individual, con sir John Astley [71], aquel que, en la misma liza londinense, justó con el valenciano Felip Boyl, como veremos muy pronto. ¿Cómo se llamaba de veras este caballero aragonés? Tal vez Soriano, o de Sariñera, o bien, si se trata del concepto amplio de Corona de Aragón, era un Siurana o un Sureda.

Parte de un capítulo de su crónica dedica Mathieu de Coussy para relatar «Comment la ville de Fougères fut prinse par messire François l'Arragonois» [72], donde narra que, en marzo de 1448, la ciudad y castillo de Fougères, en Bretaña, fueron tomados por escalada por seiscientos ingleses «dont estoit chef et conducteur un chevalier arragonois nommé

68. MONSTRELET, cap. CLXXIV ; tomo VI, pág. 157.
69. Ibid., cap. CLXXXVIII ; tomo VI, pág. 224.
70. Ibid., cap. CCXLVII ; tomo VII, pág. 87.
71. A. VAN DE PUT, l. c., pág. 88.
72. Cap. XXIX, pág. 40.

messire François de Surienne». El mismo cronista cuenta que los franceses, en 1449, se apoderaron del castillo de Longny, «qui estoit à messire François l'Arragonnois ; et en fut cause un sien beau-fils, à qui il l'avoit baillé en garde, lequel se nommoit le seigneur de Sainte-Marie» [73]. En 1452 nuestro caballero, que era entonces «maistre de l'artillerie» [74], lucha en las tropas borgoñonas contra los rebeldes de Gante al lado de capitanes tan famosos como Jacques de Lalaing, de quien ya hemos hablado, y Pedro Vázquez de Saavedra, de quien trataremos muy pronto [75].

FELIP BOYL

François de Surienne fue esencialmente un jefe de tropas y un notable artillero, y al parecer su actividad como caballero andante fue esporádica. El caso contrario lo ofrece el valenciano Felip Boyl. Un caballero así llamado luchó en Ceuta con el castellano Lope Alfonso de Montemolín, en 1415, según relata el cronista portugués Gomes Eanes de Zurara en la *Crónica do conde don Pedro de Meneses,* el famoso gobernador de la plaza africana, que volveremos a encontrar en otros episodios caballerescos. Posiblemente se trata del mismo Felip Boyl que en 1439, con otros miembros de su familia, cruzó una violenta correspondencia en Valencia, con los Tous, y se acordó que la enemistad se zanjaría en una batalla presidida por cualquier juez cristiano o infiel que no fuera enemigo del rey de Aragón, exceptuando el de Granada. En enero de 1442 Felip Boyl se encuentra en la corte de Enrique VI de Inglaterra, donde publica unos capítulos, afortunadamente conservados, en que, en un inglés mezclado con palabras y frases francesas, afirma que ha hecho el voto de luchar contra un caballero o escudero, en muestra de servicio al rey de Aragón y de Sicilia (o sea, Alfonso el Magnánimo), y que,

73. Cap. XXXIV, pág. 52.
74. LA MARCHE, I, cap. XXV, pág. 466.
75. *Livre des faits de Jacques de Lalaing,* caps. LXXXVII a XCIV (en el mismo tomo de LA MARCHE, págs. 704-714), y *Mémoires* de L. DU CLERQ, II, caps. XXXV a XXXIX (en MONSTRELET, tomo XIII, págs. 72-73 y 80-81).

como en el reino de Francia no encontró a ninguno dispuesto a libertarlo, desde Flandes se ha trasladado a Inglaterra, donde ha obtenido del Rey permiso para hacer público su reto. Lo aceptó John Astley, entonces sólo doncel o escudero, y lucharon en el Smithfield de Londres el 30 de enero, en presencia del rey Enrique, quien, muy satisfecho por la batalla, armó caballeros a Astley y a un hijo de Boyl y otorgó a éste cien libras esterlinas. De regreso en Valencia, en septiembre de aquel mismo 1442, Felip Boyl envió cartas de batalla a Johanot Martorell, el autor del *Tirant lo Blanch,* quien poco antes también había ido a Londres para celebrar una batalla. Martorell respondió a Boyl con displicencia y en su típico estilo burlón : «Decid a mossén Felip Boyl que combatiré con él, y en la respuesta que le daré se conocerá que yo no soy el que él va buscando, que a mal lugar ha ido a hacer leña, que él no es hombre para rescatarme a mí, ni yo soy hombre para dejarme rescatar por él ni por nadie : quien quiere carne, envía a la carnicería, no a la casa del lobo» [76].

PEDRO VÁZQUEZ DE SAAVEDRA

Otro caballero andante famoso fue Pedro Vázquez de Saavedra, capitán de galeras del duque de Borgoña. Debió de nacer hacia el año 1410, [77], pero desconozco sus primeras empresas y las razones que le movieron a partir de España en demanda de aventuras, pues la primera noticia que he encontrado de él se halla en la correspondencia de John Paston, quien afirma que «Sir Peter de Vasques of Spain» se encontraba en Westminster el 26 de noviembre de 1440 dispuesto a batallar con Sir Richard Woodvile [78]. Como veremos luego, las primeras andanzas memorables de Pedro Vázquez de

76. RIQUER, *Literatura catalana,* II, págs. 640-642 y lámina IV.

77. LA MARCHE, I, cap. IX, pág. 380, al referirse al caballero castellano, cuando participó en el Pas de l'Arbre Charlemagne, dice que «pouvoit avoir trente-deux ans d'age».

78. VAN DE PUT, l. c., pág. 88. Woodvile se casó con la duquesa de Bedfort, hermana de Louis de Luxembourg, conde de Saint-Pol (cfr. MONSTRELET, tomo VI, pág. 159).

Saavedra se dieron en Inglaterra y en Alemania, concretamente en Colonia, pero lo que realmente le hizo famoso y lo que sin duda alguna orientó de modo definitivo su vida militar fue su lucida intervención en el Pas de l'Abre Charlemagne.

Pierre de Beauffremont, señor de Charny, que fue uno de los primeros veinticuatro caballeros que Felipe el Bueno de Borgoña eligió para formar parte de la orden del Toisón de Oro al instituirla en 1429, se había hecho famoso al luchar en Arrás con Juan de Merlo, episodio que ya conocemos. El 8 de marzo de 1441 Pierre de de Beauffremont firmó los capítulos de un paso de armas que pretendía defender, con otros doce caballeros, «sur le grand chemin venant de Dijon à Auxonne, au bout de la chaussée partant de ladite ville, et un gros arbre appelé l'arbre des ermites», capítulos que transcribe íntegramente el cronista Enguerrand de Monstrelet [79]. En dicho árbol colgarán dos escudos, el uno negro sembrado de lágrimas de oro, y el otro violeta sembrado de lágrimas negras. Los aventureros que hagan tocar el primero se comprometerán a justar a caballo con el señor de Charny, o alguno de los mantenedores, hasta hacer doce carreras con lanzas ; y los que toquen el segundo tendrán que batallar a pie, con lanza y espada, hasta los doce golpes. El caballero que toque el suelo con las manos o las rodillas vendrá obligado a dar a su adversario un rubí «de telle valeur que bon lui semblara», y el que cayere con todo su cuerpo será hecho prisionero y por su rescate tendrá que dar a aquel o a aquella que su oponente le indique más de quinientos escudos. Este paso se celebrará a partir del primero de julio de 1443 y durará cuarenta días. De la crónica del borgoñón Monstrelet nos es preciso pasar a la de Juan II de Castilla, donde,

79. Caps. CCLXX-CLXXI ; págs. 210-215. Adviértase que aquí se da la fecha de 1442, pero que, como Borgoña seguía el estilo de la Pascua, corresponde a 1441 del calendario hoy habitual.

en un capítulo sin duda mal intercalado en el año 1440, y que ha de corresponder al siguiente, leemos :

> En este tiempo vino a la corte del rey don Juan un faraute del duque Felipo de Borgoña, llamado Xateobelín, el qual en la sala del Rey, estando juntos los reyes de Castilla e Navarra y el príncipe don Enrique y el infante don Enrique, e todos los otros condes y caballeros que en la corte estaban, demandó al Rey licencia de parte de micer Pierres de Brefemonte, señor de Charní, para publicar los capítulos de ciertas armas que-l dicho señor de Charní entendía de hacer en el mes de agosto en el año venidero de quarenta y uno, cerca de una villa que se llama Dijón, en Borgoña... [80].

Anotemos ahora que no es desconocido este faraute Xateobelín, ya que, años después, en el de 1449, cuando el bastardo de Saint-Pol publique los capítulos del Pas de la Belle Pélerine, varios heraldos borgoñones serán encargados de llevarlos a diversos reinos, y entre ellos «fut envoyé Chasteau-Belin, hérault, ès Espagnes», como consigna el cronista Mathieu de Coussy [81]. Los capítulos del paso que quería defender Pierre de Beauffremont, que primeramente se denominó Pas des ermites, se difundieron también por la Corona de Aragón, ya que existe de ellos una fiel traducción catalana contemporánea [82].

El Pas des ermites sufrió algunas variaciones de poca importancia, entre ellas el cambio de título y una ligera modificación en el lugar y la fecha. Se le llamó el Pas de l'Arbre Charlemagne, en atención a un famoso árbol «qui sied à la charme de Marsenay, près de Digeon» [83], y se dio del 11 de julio al 8 de agosto de 1443 en las proximidades de los castillos de Parigny, Mercenay y Couchy, o sea, como dice nues-

80. Año 1440, cap. XVII ; pág. 567.
81. Cap. XXXIX, pág. 71.
82. Ms. A, fols. 186r-188v ; B, fols. 259v-262v.
83. Que los dos son el mismo paso lo dice OLIVIER DE LA MARCHE, I, cap. VIII, pág. 376.

tra *Crónica de Juan II*, «cerca de una villa que se llama Dijón, entre dos castillos llamados el uno Parñí y el otro Mercenay», lo que corrobora que los textos borgoñones y el castellano se refieren al mismo hecho.

La *Crónica de Juan II* sigue dicendo que, una vez leídos en la corte de Castilla los capítulos de Pierre de Beauffremont, «hubo muchos que hubieron voluntad de ir hacer las dichas armas», y sólo menciona la participación en el paso del escritor y caballero andante mosén Diego de Valera. Pero el cronista castellano ignora que el verdadero héroe del Pas de l'Arbre Charlemagne fue Pedro Vázquez de Saavedra, quien se enteró de los capítulos en Inglaterra. Olivier de la Marche narra con detención y respeto la actuación de «un chevalier du royaume de Castille, nommé messire Pietre Vasque de Saavedra», quien había hecho tocar los dos escudos que pendían del árbol, o sea que deseaba justar, como aventurero, tanto a caballo como a pie. El cronista borgoñón añade que «ledict messire Pietre estoit assez congnu en l'hostel du Duc pour homme renommé, et avoit fait armes à Coulongne (où plusieurs de l'hostel du Duc avoyent esté) et nouvellement venoit d'Angleterre ; et de tout estoit issu et sailli à son grand honneur» [84].

El primer día del paso, el jueves 11 de julio de 1443, a las ocho de la mañana, se presentó ante el duque de Borgoña, juez de las justas, «messire Pietre Vasque de Saavedra», todo él vestido de negro. Le precedía un oficial del rey de armas del rey de Castilla, el cual comunicó que aquel caballero estaba ya dispuesto a hacer las armas a pie. Felipe el Bueno le dio la bienvenida y Pedro Vázquez se retiró a su tienda para armarse. Acto seguido hizo su presentación el señor de Charny. A las nueve de la mañana los dos contendientes entraron en la liza ya armados, y llamó la atención, como

84. I, cap. IX, pág. 379.

subraya Olivier de la Marche, que el castellano llevara la visera alzada, «et metoit sa teste hors de son bacinet, comme une fenestre». Cuando el señor de Charny advirtió esta anomalía, propia sin duda de los caballeros españoles, como vimos al tratar de Juan de Merlo, él también se alzó la visera y descubrió el rostro. La Marche nos da rápidas descripciones de los dos caballeros : «l'espaignol estoit moyen homme, de forte et grosse tille, ...et le seigneur de Charny estoit grand et puissant chevalier». Lucharon con las hachas, y al llegar a los quince golpes acordados en los capítulos, el duque de Borgoña tiró su bastón al campo y los justadores fueron separados. El castellano y el francés se fueron retirando mirándose de reojo porque ninguno de los dos quería ser el primero en dejar la liza.

Al día siguiente, Pedro Vázquez y el señor de Charny lucharon a caballo. El español entró en la liza santiguándose ; y su caballo iba cubierto de una seda la mitad azul y la mitad blanca. Hicieron las once carreras, en las cuales algunas veces se asestaron duros golpes con la lanza. Ausente aquel día Felipe el Bueno, presidió y fue juez de la justa Louis Monsieur, conde de Nevers, el cual los dio a los dos por buenos caballeros e hizo que se abrazaran en la liza.

Fue tan excelente la impresión que produjo Pedro Vázquez de Saavedra, que desde aquel momento quedó adscrito, sin duda para el resto de sus días, a la corte del duque de Borgoña. Así lo atestigua La Marche : «fut depuis ledict messire Pietre retenu chambellan de l'hostel du duc de Bourgongne, et fut fort aimé et prisé en la maison pour ses vertus, et fit de grands services au prince sur les infidelles, en grandes ambassades et en guerre, par mer et par terre» [85].

Mientras se efectuaban estas justas llegó al Pas de l'Arbre Charlemagne otro caballero «du royaulme de Castille,

85. I, cap. IX, págs. 379-382.

nommé Diago de Valière». Es nuestro mosén Diego de Valera, de quien la *Crónica de Juan II* explica resumidamente la actuación en este paso, más detallada por Olivier de la Marche, cronista que, en dos líneas, nos da la fisonomía de nuestro caballero andante y escritor: «le chevalier fut de petite et moyenne taille, mais de grand et noble vouloir, gracieux et courtois» [86], y no olvidemos que era preciso ser muy cortés para ser admirado por la cortesía en la corte borgoñona. No hablaré de las justas y empresas de mosén Diego de Valera, porque ya son muy conocidas [87]. En cambio, creo interesante ir siguiendo la asendereada y novelesca biografía de Pedro Vázquez de Saavedra.

Cuando se estaban celebrando las fiestas caballerescas de Dijon le llegaron a Felipe el Bueno mensajeros de Roma con la pretensión de formar una gran escuadra que acudiera en auxilio de Constantinopla, aprovechando ciertas victorias que los húngaros habían alcanzado sobre los turcos. El duque de Borgoña, después de una acción militar en el ducado de Luxemburgo, decidió intervenir en la expedición naval y logró que la señoría de Venecia le prestara cuatro galeras, tratos que se llevaron a término en las Navidades de 1443. La armada borgoñona quedó al mando del almirante Walerand de Wavrin, y se unió a la veneciana y a la pontificia en el golfo de Venecia. A las órdenes de Walerand de Wavrin se encontraban dos caballeros, «garnis de sens et de vaillance, l'un nommé Pietre Vas, natif du royaulme de Castille, et l'autre messire Gauvain Quieret», como consigna el cronista Jean de Warvin, sobrino del almirante, en sus *An-*

86. Ibid., pág. 383.

87. Véanse los estudios preliminares de J. DE M. CARRIAZO a MOSÉN DIEGO DE VALERA, *Crónica de los Reyes Católicos*, Madrid, 1927, anejos de «Revista de Filología Española», y *Memorial de diversas hazañas*, Madrid, 1941, «Colección de Crónicas Españolas», y de M. PENNA, *Prosistas castellanos del siglo XV*, I, Madrid, 1959, «Biblioteca de Autores Españoles», CXVI.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA · BIBLIOTECA ·

ohiennes croniques d'Engleterre [88]. Encontramos, pues, a nuestro Pedro Vázquez de Saavedra, poco después de su brillante participación en el Pas de l'Arbre Charlemagne, incorporado a las fuerzas navales borgoñonas y en un lugar de responsabilidad, a las órdenes del almirante Wavrin y en estrecha relación con caballeros tan famosos, como Geoffroy de Thoisy. La escuadra borgoñona se hizo a la mar en julio de 1444, y al llegar a la isla de Ténedos, el almirante sintió curiosidad por saber si la famosa ciudad de Troya había estado situada cerca de allí, detalle que da una idea de lo intoxicados de literatura que estaban estos militares. Unos griegos, a quienes preguntaron por la situación de la épica ciudad, les dijeron que no podían seguir adelante sin cruzar los Dardanelos ; y entonces Pietre Vas y Gauvain Quieret aconsejaron que navegaran hasta allí ; y en efecto, lo hicieron y efectuaron un desembarco que fue seguido de un encuentro con los turcos, en el cual exhibió su temerario heroísmo un arquero inglés «quy estoit à messire Pietre Vasse», o sea uno de la mesnada del caballero castellano, que debió unirse a él en Inglaterra. Cuatro días después llegaron a Galípoli, donde las naves borgoñonas se unieron a las del Papa y de la señoría de Venecia, y se decidió que parte de la escuadra se quedaría en aquel puerto y cuatro galeras irían a Constantinopla. Pedro Vázquez se quedó al mando de las galeras dejadas en Galípoli [89]. Paso por alto importantes hechos que se siguieron : la ayuda prestada por los genoveses a los tur-

88. Edición de E. DUPONT, «Société de l'histoire de France», tres tomos, París, 1858-1863. Véase tomo II, págs. 51-52, al pie de las cuales hay una interesante nota sobre Pedro Vázquez de Saavedra. En el *Livre des faits de Jacques de Lalaing* también se registra que : «fut élu, pour de cette armée avoir la conduite, le seigneur de Wavrin, lequel avec ses gens d'armes montèrent sur galées à Venise ; et avec lui en sa compagnie éstoit messire Vasq, chevalier espagnol...» (cap. XIII, pág. 613). En los textos franceses el apellido Vázquez se va convirtiendo en Vasque, Vasc, Vas, etc., como si nuestro caballero se llamara Vasco o Vaz.

89. WAVRIN, II, págs. 60-63.

cos, quienes gracias a aquéllos entraron grandes contingentes en Europa, y la derrota del rey de Hungría en Varna, todo lo cual hacía difícil la empresa de salvar a Constantinopla. El almirante Wavrin entró con su escuadra en el Mar Negro, y envió a nuestro Pedro Vázquez en busca del rey de Hungría, del cual nada se sabía después de su derrota, a fin de que sus fuerzas se unieran a las borgoñonas en la común empresa de defender de los turcos el imperio bizantino. Tres galeras mandadas por Geoffroy de Thoisy siguieron la costa del Mar Negro hacia oriente, o sea, por el norte de Turquía, navegación muy sugestiva para caballeros del Toisón de Oro, ya que era la ruta que llevó a Jasón a la Cólquida ; y otras dos, mandadas por Walerand de Wavrin y Pedro Vázquez, hicieron lo mismo en sentido opuesto, o sea, costeando Bulgaria, con el propósito de encontrarse todas ellas en «la mer de la Thane», o sea, el Mar de Azof. Ello se emprendió en Pera el 28 de marzo de 1445. En las galeras del almirante y del castellano iban húngaros recién libertados de los turcos. Nuestros navegantes admiraron un puerto del que se decía que había sido construido por la amazona Pentasilea, y arribaron a la desembocadura del Danubio, donde los válacos que allí encontraron no les supieron dar noticias del rey de Hungría. En vista de ello, Walerand de Wavrin decidió que Pedro Vázquez desembarcara y, acompañado por la gente de su galera y los húngaros libertados, se internara hasta Hungría. El caballero castellano cumplió bien su misión, pues llegó hasta Buda, se presentó ante el parlamento húngaro y exhibió cartas credenciales en nombre del lugarteniente general del duque de Borgoña, y ofreció que seis o siete de las galeras que se encontraban en el Mar Negro remontarían el curso del Danubio para reunir en ellas combatientes húngaros, lo que fue aceptado tras un día de deliberación de los parlamentarios y de entrevistas con Pedro Vázquez. Los húngaros prometieron reunir un ejército de ocho

a diez mil combatientes, y rogaron al castellano que, en su viaje de regreso, se entrevistara con el señor de Valaquia para incitarlo a tomar parte en la expedición, lo que Pedro Vázquez hizo puntualmente. Un mes duró este viaje diplomático de nuestro caballero, quien, al volver a la desembocadura del Danubio, dio cuenta de su misión a Walerand de Wavrin [90].

El almirante envió a Pedro Vázquez a Constantinopla en una pequeña nave que llevaba ingenios artilleros para la defensa de la ciudad. Nuestro caballero combatió al lado de húngaros y de válacos hasta fines de julio de 1445. Y cuando estuvieron prestas las naves que debían remontar el Danubio, él se anticipó llevando la noticia a Hungría en una galera [91]. El 12 de septiembre Pedro Vázquez, precediendo a los contingentes húngaros, se presentó en el sitio de Nicópolis ante el almirante Wavrin, por el cual fue muy bien recibido, así como por el cardenal de Venecia, que también formaba parte de la expedición [92]. Dejo de mencionar diversas actuacioness de Pedro Vázquez de Saavedra en el próximo Oriente, que las *Anchiennes croniques d'Engleterre* relatan con pormenor, entre ellas su relación directa con el voivoda transilvano Juan Hunyadi, el padre de Matías Corvino.

A partir del año 1449 la vida militar de Pedro Vázquez de Saavedra transcurre otra vez en el Occidente europeo. Jacques de Lalaing, caballero borgoñón cuyas andanzas por España ya conocemos, publicó en diciembre de 1448 los capítulos del Pas de la fontaine en pleurs, que se celebró en septiembre del año siguiente. En este mes Pedro Vázquez se encuentra en Châlons-sur-Saône, junto a Jacques de Lalaing, en situación que hoy diríamos «de imaginaria», pues dice

90. WAVRIN, II, págs. 94-101.
91. WAVRIN, II, págs. 102-104.
92. WAVRIN, II, págs. 146-149.

Olivier de la Marche que Lalaing «s'acompaigna de messire Pietre Vasque, un très-gentil chevalier... lequel messire Pietre estoit homme duit et suffisant de son corps et de son conseil ; et croy que si ledict messire Jaques eust eu inconvéniant de maladie ou autrement, il entendoit de mettre en son lieu ledict messire Pietre Vasque» [93]. Añadamos como inciso que en este Pas de la fontaine en pleurs fue derribado por Lalaing el caballero siciliano Juan de Bonifacio, vasallo de nuestro Alfonso el Magnánimo, y que se vio precisado, a causa de su derrota, a llevar durante un año un brazalete de oro cerrado con un candado, que sólo podía ser abierto por la dama o doncella que poseyera su llave ; y comenta el autor del *Livre des faits de Jacques de Lalaing* que Bonifacio «le reçut moult agréablemente, et le portoit, comme raison étoit ; mais qui fut la dame ou la damoiselle qui le déferma, n'est pas venu à ma connaissance» [94].

En las suntuosas fiestas que organizó Felipe de Borgoña en Lille, en febrero y marzo de 1454, como preparación para la «cruzada» que se había de enviar contra los turcos, que acababan de apoderarse de Constantinopla, se celebró la caballeresca ceremonia de los Votos del Faisán, ave que fue presentada en un banquete y ante la cual los principales caballeros de la corte borgoñona juraron que llevarían a término determinadas heroicidades o actos de lealtad. Al narrar esta ceremonia Olivier de la Marche no menciona a Pedro Vázquez de Saavedra, pero sí lo hace Mathieu de Coussy, quien, entre los de otros muchos, inserta «le voeu de messire Pierre Vasc de Savedra», el cual, en aquella solemne ocasión, en la más pomposa corte del mundo, hizo público el siguiente voto :

Je voue aux dames et au phaisant que, s'il y a bataille dedans

93. La Marche, I, cap. xxi ; pág. 433.
94. Cap. lxvii, pág. 679.

un an allencontre du Grand-Turc, que pour l'amour et révérence de Dieu nostre Sauver Jésus-Christ, se il me garde d'emcombrement, je y seray; et pour le jour je suivrai le bon chevalier le seigneur de Haubourdin de tout mon pouvoir, pour luy ayder à accomplir sou vœu ; ou de moi aborder à la bannière à signe du Grand-Turc de telle manière que je le baisseray ou y laisseray les enseignes, se en la voie pour ce accomplir je ne suis mort, ou que mon cheval me faulsist au chemin [95].

Encontramos aquí de nuevo al bastardo de Saint-Pol, Jean de Luxembourg, señor de Haubourdin, con quien luchó Gutierre Quijada en 1439. Pedro Vázquez confiesa que en la expedición que se prepara formará en la mesnada del Bastardo y que le ayudará a cumplir su voto. Poco antes, ante el faisán, el bastardo de Saint-Pol prometió que si ve al Gran Turco huir lo perseguirá hasta matarlo o hacerlo prisionero, salvo justo impedimento.

El mismo año de 1454 Pedro Vázquez está documentado en Lille dando cuenta al duque de Borgoña de una embajada que le había encomentado en Francfort [96]. A partir de 1464 el caballero castellano acompaña a Antonio, bastardo de Borgoña, en sus expediciones navales por el norte de África, en las cuales también tomó parte Simon de Lalaing — tío de Jacques —, como nos atestiguan las *Mémoires* de La Marche [97]. El cronista borgoñón narra someramente la ayuda que prestaron a los portugueses en Ceuta, y el regreso de la expedición por Roma y Marsella. En este momento podemos relacionar a Pedro Vázquez con un episodio de la historia de España. Reinaba en Barcelona, en oposición y en guerra con Juan II de Aragón, el condestable don Pedro de Portugal, aquel que tenía la melancólica divisa *Peine pour joye,* que ya había utilizado Jean de Chassau en las fiestas de Lille

95. Coussy, cap. LXXXVIII, págs. 166-167.
96. Coussy, cap. CII; pág. 185.
97. I, cap. XVI; págs. 520-521.

de 1454 [98], y aquel a quien el Marqués de Santillana dedicó el famoso *Prohemio*. Pedro el Condestable, en momentos apurados, pidió auxilio a las potencias extranjeras, entre ellas al duque de Borgoña ; y así, el 6 de septiembre de 1464, desde Barcelona, envió a su mensajero Bartomeu Garí con cartas credenciales para diversas personalidades, entre ellas el bastardo Antonio de Borgoña, capitán general de la escuadra del Duque, para Simon de Lalaing y para «mossén Pedro Vázquez de Saavedra, capitán de galeras» [99], y en las instrucciones al citado embajador se le ordena que se entreviste con «mossén Pero Váez» [100]. Pero este embajador iba a Borgoña, y el bastardo Antonio y Pedro Vázquez navegaban por el Mediterráneo. A ello se debe, sin duda, que, mejor informado el Condestable, el 10 de octubre de aquel mismo año firme otras cartas dirigidas a Antonio de Borgoña, «capitán general de la armada del ilustrísimo duque de Borgoña contra los turcos», al magnífico y noble mossén Simon de Lalaing y al «magnífico mossén Pedro Váez de Saavedra, capitán de galeras» para que reciban la visita de sus secretarios Bertrán Ramón Savall y Jaume Pellicer [101]. Y dos días después da instrucciones a éstos, en las cuales ordena que en Marsella o en Tolón hablen, en primer lugar, con mossén Pero Váez y después con el bastardo de Borgoña. Han de hacer cuanto puedan para lograr que los borgoñones acudan en auxilio del Condestable, el cual premiará sus servicios : «a mossèn Pero Váez darà una honrada baronia o vescomdat» [102]. Nuestro caballero debió de contestar de modo que el Condestable creyó que acudiría a su favor, ya que dos

98. Cfr. COUSSY, cap. LXXXVIII, pág. 148.

99. ARCHIVO DE LA CORONA DE ARAGÓN, *Catálogo de la documentación de la Cancillería regia de Pedro de Portugal*, I, Madrid, 1953, pág. 177, n.º 1195.

100. J. E. MARTÍNEZ FERRANDO, *Tragedia del insigne condestable don Pedro de Portugal*, Madrid, 1942, pág. 276.

101. *Catálogo* citado, I, pág. 214, n.º 1480.

102. MARTÍNEZ FERRANDO, l. c., págs. 281-283.

años después, el 30 de abril de 1466, firmaba en Manresa una carta dirigida al «magnífico mosén Pedro Váez de Saavedra, caballero», en la que le acusa recibo de misivas suyas y le promete trato benigno, honores y favores si se decide a acudir a Cataluña con sus gentes para defender su ya tan desesperada causa [103].

Volvemos a encontrar a Pedro Vázquez de Saavedra en Inglaterra en junio de 1467, cuando intervino en la batalla concertada entre el bastardo Antonio de Borgoña y lord Scales [104]; y dos años después, en septiembre de 1469, formó parte de una embajada que el duque de Borgoña envió al rey de Inglaterra [105].

Sospecho que en mayo de 1473 Pedro Vázquez de Saavedra se encontraba en el sitio de Perpiñán, no sé si al lado de los franceses o al lado de Juan II de Aragón, ya que la actitud de Borgoña en aquellos momentos cambiaba con rapidez. El 18 de aquel mes Jean Jouffroy, cardenal de Albi, aquel que cuatro años antes intentó concertar la boda de Juana de Castilla con Carlos de Guyena, escribió, desde el cerco de Perpiñán, una violenta carta a Juan Ramón Folch, conde de Prades y de Cardona, que empieza: «Senyor comte de Prades. Lo gran Vascho m'à vuy reportat que aveu renegat Déu que si poreu pendre Mossè de Bressa e a mi nos fareu penjar...», a lo que el conde de Prades y de Cardona respondió que no era cierto que hubiese dicho tal cosa «al Vascho», sino que comunicara a Felipe de Saboya, señor de Bresse, y a todos los demás capitanes franceses que, pues habían hecho matar cruelmente a dos gentileshombres de la casa de Juan II de Aragón, que se habían rendido, él haría lo mismo con los enemigos que cayesen en sus manos [106].

103. *Catálogo* citado, II, pág. 188, n.º 3148.
104. Nota de E. DUPONT en WAVRIN, II, pág. 52.
105. WAVRIN, II, págs. 403-405.
106. Ms. B, fols. 431-432v.

Dada la ambigua posición de Borgoña frente a Juan II y a Luis XI de Francia, este «gran Vascho», si es realmente nuestro Pedro Vázquez de Saavedra, tanto podía estar entre los sitiados como entre los sitiadores.

Un manuscrito misceláneo francés transmite una breve fisonomía de nuestro caballero y da la fecha de su muerte:

> Ung noble chevalier natif du royaume de Castille, nommé messire Pierre Vasques de Sayavedra, conseiller, chambellan de très excellens et très puissans princes les ducs Philippes et Charles de Bourgongne, lequel chevalier a esté en plusieurs batailles et rencontres contre les infideles et ailleurs, par mer et par terre, et par trois fois a combattu en liches closes, assavoir en France, en Angleterre et en Allemaigne, et aussy a esté en plusieurs rencontres et batailles au service des dits princes, ses seigneurs, contre les ennemis, et, par la grace de Dieu, il a achepvé tous ses faicts à son honneur et sans reproche. Il traspassa l'an mil IIIIc LXXVII [107].

Puede parecer que me he extendido demasiado en los hechos y andanzas de Pedro Vázquez de Saavedra, pero mi intención no ha sido bosquejar la biografía de este capitán de galeras, que algún día deberá emprender algún historiador, sino presentar una figura de caballero andante real que ofrece notables similitudes con los caballeros andantes de la literatura. Pensemos sólo en Tirante el Blanco: el héroe de la novela de Johanot Martorell gana fama y prestigio, en Inglaterra, luchando en justas organizadas con ocasión de festejos reales. Se convierte luego en capitán de galeras y logra levantar el cerco de Rodas y después auxilia a Constantinopla, a punto de caer en poder de los turcos. En la vida de Pedro Vázquez se cruzan dos personajes que han sido considerados «modelos vivos» de Tirante: Geoffroy de Thoisy y el voivoda Juan Hunyadi [108]. Mucho me guardaré de in-

107. En la nota de E. DUPONT en WAVRIN, II, pág. 52.

108. Cfr. C. MARINESCO, *Du nouveau sur Tirant lo Blanch*, «Estudis Romànics», IV, 1953-54, págs. 139-156.

sinuar que Pedro Vázquez de Saavedra pudo ser un modelo vivo de Tirante, pero no creo desacertado insistir en que la vida y andanzas de este caballero castellano hacen verosímiles y actuales las proezas del caballero novelesco. Añádase a ello que no sería raro que Johanot Martorell, autor principal del *Tirant* y Pedro Vázquez llegaran a conocerse: el novelista estuvo en Londres por lo menos desde marzo de 1438 a febrero de 1439, y Pedro Vázquez se atestigua también en Londres, dispuesto a entrar en batalla singular, en 1440. Ocurre, además, que Pedro Vázquez estuvo en relación con el condestable don Pedro de Portugal en 1464 y 1466, y Johanot Martorell dedicó el *Tirant lo Blanch* a un primo de aquél, el infante don Fernando de Portugal, que vivió en Cataluña en 1464 y 1465. No doy una excesiva importancia a estos datos, que podrían ser meras coincidencias, pues para mí lo que tiene valor es que Pedro Vázquez de Saavedra, como Tirante, Amadís y tantos otros héroes de novelas caballerescas, fue en sus años mozos un hábil justador, que maravilló a los borgoñones en el Pas de l'Arbre Charlemagne, y después un capitán de galeras que luchó contra los turcos y socorrió a Constantinopla.

RODRIGO DE VILLANDRANDO

Y como Pedro Vázquez podríamos aducir los casos de otros muchos caballeros andantes españoles. Citemos, porque la materia es inagotable, sólo a dos más. Rodrigo de Villandrando, conde de Ribadeo, de quien Fernando del Pulgar trazó una apasionante biografía [109], y que los cronistas borgoñones, como Enguerrand de Monstrelet y Olivier de la Marche, que cuentan sus hazañas, llaman Rodrigue de Villandras.

GALEOT DE BARDAXÍ

Y Galeot de Bardaxí, de quien un historiador tan ponderado como Jerónimo de Zurita, escribió lo siguiente: «Fue uno de los señalados caballeros en valentía y esfuerzo que hubo en aquellos tiempos. Fueron las fuerzas y valentía

109. *Claros varones de Castilla*, edición de J. DOMÍNGUEZ BORDONA, «Clásicos Castellanos», Madrid, 1923, págs. 67-76.

de ánimo deste caballero maravillosas y muy alabadas de todas las naciones, en que sobrepujó a los más robustos y valientes soldados y capitanes que se señalaron en las guerras de Italia, así peleando a pie como a caballo, sin hallar ninguno que pelease con él que no fuese vencido ; y sus hazañas no se encarecen como de los otros hombres de su tiempo, sino en comparación de los excelentes caballeros que dejaron de largos siglos inmortal memoria» [110].

Hemos visto, hasta ahora, unos cuantos casos de caballeros andantes extranjeros en España y una pequeña muestra de caballeros andantes españoles en el extranjero. Nos falta considerar las luchas caballerescas entre españoles y en nuestro suelo, y ahora me veré precisado a escoger algunos pocos ejemplos, ya que la documentación existente es copiosa y exige muchos años de estudio.

LUIS DE FALCES Y GONZALO DE GUZMÁN

Veamos, en primer lugar, casos de batallas «deportivas», o sea, justas de caballeros entre los cuales no existía resentimiento, odio ni «querella difamatoria», sino únicamente deseo de emulación y de adquirir fama y honor. Don Quijote, en su discurso al canónigo toledano, afirma que fueron ciertas «las empresas de mosén Luis de Falces contra don Gonzalo de Guzmán, caballero castellano». Reparemos en este lance porque así habremos estudiado todos los casos aducidos por el hidalgo manchego en su defensa de la caballería andante.

En la primavera de 1428 se dieron en Valladolid muchas fiestas caballerescas. El 2 de mayo una justa que mantuvo don Álvaro de Luna ; el 18 de mayo el infante don Enrique defendió el Paso del barco peligroso de la fuerte ventura (intitulación que la *Crónica del Halconero* corrompe en «arco peligroso», sin duda alguna porque el recuerdo del Arco de los leales amadores del *Amadís* ha obrado en el subconsciente del redactor o copista) ; el 24 de mayo las justas de la Roca,

110. *Anales*, lib. XV, cap. LII (año 1448) ; tomo V, pág. 279.

organizadas por el rey de Navarra ; el 6 de junio la justa que ofreció el rey de Castilla, y, finalmente, el 8 de junio combatieron Luis de Falces y Gonzalo de Guzmán [111].

Combinando las fuentes castellanas reunimos los siguientes datos. Aquel 28 de junio se presentó en Valladolid un caballero llamado mosén Luis de Falces, que la *Crónica de Juan II* califica de «navarro», pero la del Halconero dice que era «de Aragón», con una empresa que fue tocada por Gonzalo de Guzmán, señor de Torija, el hermano de aquel Diego de Guzmán que hemos hallado luchando, también en Valladolid, con Jacques de Lalaing. Juan II hizo disponer la liza en el jardín o huerta de San Pablo, donde él residía, y se dividió en dos mitades con una tela, y en las esquinas se montaron dos tiendas. Los rivales llegaron acompañados de pajes, farautes, ministriles y trompetas, y, tras hacer reverencia al Rey, se fue cada uno a su tienda y se armaron. Estaba estipulado que debían hacer tantas carreras hasta que cada uno de ellos quebrase dos lanzas, lo que se cumplió a la octava carrera ; y entonces los padrinos, que eran Iñigo López, señor de Hita y de Buitrago, respecto a Luis de Falces, y don Fadrique Enríquez, hijo del almirante de Castilla, respecto a Gonzalo de Guzmán, separaron a los contendientes, que volvieron a las tiendas y se armaron con los arneses propios de la lucha a pie. Estaba fijado que se habían de dar cincuenta golpes de daga, lo que hicieron con un descanso después de los primeros veinticinco. Según la *Crónica de Juan II* «Gonzalo de Guzmán llevó ventaja muy conoscida», y el Rey al final los obsequió con ropas de gran riqueza.

FRANCÍ DESVALLS

El año siguiente se dio, entre otras, una batalla semejante. El caballero barcelonés Francí Desvalls retó a Johan de Boixadors, señor de Savallá, con el único objeto de ave-

111. Para todas estas fiestas véase *Crónica de Juan II*, año 1428, caps. VII-X, págs. 446-447 ; *Crónica del Halconero*, págs. 19-27 y su refundición, págs. 59-66.

zarse a hacer armas, caso bastante frecuente entre caballeros jóvenes que retaban así a los que ya gozaban de prestigio, con la finalidad de darse a conocer. Desvalls consiguió de don Pedro de Meneses, gobernador portugués de Ceuta, que se prestara a ser juez de la batalla y que les citara el 24 de junio de 1429 en la plaza africana. Gomes Eanes de Zurara, en su *Crónica do conde don Pedro de Meneses,* relata la batalla entre los dos caballeros catalanes, que suspendió muy pronto gracias a las cartas que le envió Alfonso el Magnánimo, que deseaba impedir que sus dos vasallos sufrieran daño. En 1434 Francí Desvalls intervino brillantemente en el Passo Honroso, y un año después era hecho prisionero en la batalla de Ponza. Rescatado en 1436, residió un tiempo en Nápoles, donde sobresalió como buen justador [112].

Con mucha más frecuencia estas batallas entre caballeros eran debidas al odio o a discrepancias en diversos aspectos. En este sentido los largos y abundantes epistolarios conservados nos brindan casos interesantes de luchas caballerescas y datos que ayudan eficazmente a penetrar en la sociedad española del siglo XV. Se podría objetar que los caballeros de quienes ahora voy a tratar muy suscintamente no eran «caballeros andantes» de profesión, pues no erraban por el mundo en demanda de aventuras; pero hay que tener en cuenta que, cuando se encontraban en trances de batalla, actuaban como si lo fueran y luchaban en lizas presididas por reyes o grandes señores, con todo el aparato de reyes de armas, heraldos, trompetas, fieles de campo, padrinos, etc., y ante un público de la más diversa condición que asistía muy gustoso a tales espectáculos, en los que más de una vez se dieron muertes y heridas graves.

112. Véase M. DE RIQUER, *Los caballeros Francí Desvalls y Johan de Boixadors en Ceuta (1429),* «Anuario de estudios medievales», I, 1964, págs. 619-629.

PERO MAÇA DE LIÇANA Y MENDOZA

Ejemplo claro de ello nos lo da el lance del valenciano don Pero Maça de Liçana, senyor de Novelda y de Moixent (Mogente), quien, el 14 de marzo de 1424, recibió una carta de requesta de batalla firmada por Mendoza, guardamayor del rey de Castilla, porque «a mí es dicho que vos dixistes que quando yo venía de Nápols que yo havía dicho al Sancto Padre mal de la persona del senyor rey de Aragón, axí mesmo lo havía scripto a mi sobirano e mi senyor el rey de Castilla, a lo qual... vos digo que mentides en ello, e vos lo yo combatré de mi cuerpo al vuestro, e con el ayuda de Dios e de la su benaventurada Madre e con la buena voluntad que yo he, spero de vos fazer conocer la non verdadera parabla que vos en sta razón dixestes». Dos días después contestó Pero Maça reafirmándose en lo que había dicho y añadiendo que Mendoza se marchó de Nápoles cuando había gran bullicio en la ciudad, y sin hacer caso de los ruegos de Alfonso el Magnánimo, que quería retenerlo, se fue a Roma y desde allí escribió al rey de Castilla en gran deshonor del de Aragón. Por lo tanto, el caballero valenciano acepta la batalla que le propone el castellano y se cruzan varias cartas, los dos desde la ciudad de Valencia, de las que son portadores Cepta, rey de armas del Primogénito de Portugal, y Forés, heraldo del duque de Borbón, que no acierto a comprender por qué razones se encontraban en la capital del reino valenciano. El 19 de julio Pero Maça comunica a su rival que Alfonso el Magnánimo ha aceptado ser juez de la batalla ; pero Mendoza lo recusa, sin duda con razón, por ser el señor de su enemigo y la real persona que motivaba el debate, y propone al conde don Pedro, gobernador de Ceuta, persona tan asequible a esta clase de requerimientos. Pero Maça insiste en que el juez ha de ser el rey Alfonso, criterio que triunfó, pues este monarca no tan sólo firmó un salvoconducto para que Mendoza acudiera a la batalla, con un acompañamiento de doscientas personas, sino que incluso escribió, desde Za-

ragoza, a autoridades de Valencia para que le informen de las características y ceremonial de la batalla entre el senescal de Hainaut y Colomat de Santa Coloma, celebrada en presencia del rey Martín en 1407, a la que ya me he referido, a fin de proceder del mismo modo en la inminente batalla entre Mendoza y Pero Maça [113]. Permítaseme añadir que don Pero Maça ya estaba acostumbrado a justar: en 1418 había aceptado la batalla que le propuso Johan de Vilaragut, «por sola voluntad y deleite» y para que aquél que saliera vencedor pudiera vanagloriarse «del daño y deshonor del otro» [114]; y que fue armado caballero en el más exótico y novelesco de los ambientes: en la isla irlandesa de Lough Derg, en la puerta misma del purgatorio de San Patricio, cuando entró en la temerosa cueva Ramón de Perellós, vizconde Perellós y de Roda, en septiembre u octubre de 1397 [115].

LOS VOZMEDIANO Y LOS PANDA

El 7 de junio de 1433 Rodrigo y Alfonso de Vozmediano escriben a Juan y Pedro de la Panda y les exigen que confiesen «si vos afirmades por verdadero que, dexando al senyor infante don Enrique, nuestro senyor, en el campo el día que huvo la scaramuça con el almirante e adelantado Pero Manrique, fuíssemos [*huyéramos*] a la villa de Alburquerque». La carta la llevaron a sus destinatarios Conquista, heraldo, y Desirós, «persavant» de los infantes don Enrique y don Pedro de Aragón. Los Panda contestaron que no lo vieron, pero lo oyeron a personas dignas de fe, y por lo tanto están

113. Correspondencia en mss. A, fols. 55v-72v y B, fols. 94r-117v. El 24 de diciembre de 1424 Alfonso V escribe al batlle general de Valencia y al canónigo Francesch Martorell para que le informen «de la plaça que·l senyor rey En Martí, oncle nostre de bona memòria, tingué en aqueixa ciutat al senescal de Henaut e a mossèn Colomat, e quant havia de larch e de ample lo camp, e si fo quadrat de cada part del dit camp, e quin vent s'esguardava. e axí mateix de les gents d'armes e feels qui allà foren deputats e del nombre de aquells» y las ceremonias (A. C. A., reg. 2678, fol. 122r). Para este lance véase ZURITA, *Anales*, lib. XII, cep. XXXI; tomo V, pág. 124.

114. RIQUER, *Lletres de batalla*, I, pág. 48.

115. Cfr. RIQUER, *Literatura catalana*, II, pág. 321.

convencidos de ello, «car si los hombres non havían por verdat sinon lo que vehen, la fe cathólica sería en gran periglo». Como no llegan a ponerse de acuerdo sobre si la batalla se ha de celebrar según el fuero de Valencia, por ser los Vozmediano castellanos, deciden nombrar jueces para que diluciden este punto [116].

JOAO DE ALMADA Y MENAUT DE BEAUMONT

Las guerras internas, tanto las de Castilla como las de Aragón, con los frecuentes cambios de bando de personajes importantes, suscitaron numerosas batallas singulares. El 25 de agosto de 1464 Juan de Beaumont, gran prior de San Juan de Jerusalén, que había sido ayo del príncipe de Viana, lugarteniente de Enrique IV de Castilla los cinco meses que ostentó el título de rey de Aragón y luego figura destacada en el reinado de Pedro el Condestable en Cataluña, rompía con éste y se pasaba al servicio de Juan II de Aragón. Este trascendental viraje fue recibido con lógico entusiasmo en el campo juanista, pero con no menos lógica indignación entre los partidarios del Condestable portugués. Uno de éstos, João de Almada, conde de Abranches, haciéndose eco de los fieles a don Pedro, desafió, desde Barcelona, a batalla a ultranza a Menaut de Beaumont, hijo bastardo del gran prior, el 8 de septiembre. La correspondencia entre ambos, el portugués y el navarro, redactada en castellano, es agresiva, pero con sus puntas y ribetes de erudición. Almada comunica a su enemigo que se propone hacerle confesar «que vos e el traydor de vuestro padre soys de los mayores traydores que después de Judas fasta hoy han seydo». Menaut de Beaumont, desde Vilafranca del Panadés, desmiente la acusación, acepta la batalla y, como requerido, manifiesta estar dispuesto a buscar juez imparcial. Incidentalmente observa que vencer a João de Almada no le ganará reputación ni honra, por ser hijo «de aquel conde d'Abranches que, en batalla contra la

116. Mss. A, fols. 81v-86r y B, fols. 129v-135r.

persona de su rey e senyor natural se fallando, seyendo traydor, perdió ensemble la vida e la honor», alusión a la batalla de Alfarrobeira (20 de mayo de 1449) en la que, efectivamente, Álvaro Vaz de Almada, conde de Abranches, luchó al lado de don Pedro de Coimbra (padre del Condestable) contra Alfonso V de Portugal. João de Almada replicó inmediatamente, defendiendo a su padre: «tan glorioso acto como es morir en batalla con su senyor no cahescerá a tales como vos e vuestro padre, mas trayr e enganar, como avéys fecho muchas vezes e agora de presente feziestes». El caballero portugués no se para aquí: tras llamar «borde» a Menaut de Beaumont, afirma que Juan II, al que siempre da el título de Rey de Navarra y jamás el de Rey de Aragón, fue traidor a su señor natural Juan II de Castilla tanto al apresarlo en Medina del Campo como en la batalla de Olmedo. Beaumont replicó briosamente: Juan II, por el hecho de ser rey de Navarra y de Aragón, no ha de ser considerado vasallo del rey de Castilla, y en Medina del Campo procedió instigado por la reina de Castilla y el príncipe de Asturias don Enrique. Pero como incidentalmente dice que el padre de João de Almada fue el primer caballero y gentilhombre de su linaje, el portugués le replica aduciendo nada menos que dos obras del famoso cronista lusitano Fernão Lopes: «No havéys leydo la crónyca del rey don Johan de Portugal, de gloriosa recordación, por la mano del qual mi avuelo fue fecho el primero cavallero en la batalla onde el dicho rey venció al de Castilla», inevitable alusión a Aljubarrota; y añade después: «E assí mesmo avés ignorada la crónyca del rey don Ferrando de Portogal, del qual mi bisavuelo fue mayordomo e consejero». Malintencionadamente João de Almada recuerda que Juan y Menaut de Beaumont, antes de pasarse al servicio de Juan II, lo llamaban «enemigo de la humana natura», y decían «no querer lo veher ni entrar en paridisio si el dicho rey allá fuesse», y a la reina Juana Enrí-

BIBL. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA

quez le aplicaban tan «feas parablas» que el portugués se avergüenza «de las scrivir». Consta documentalmente que, a requerimiento de Menaut de Beaumont, aceptó ser juez de la batalla Francesco I Sforza, duque de Milán, quien les asignó la plaza en Mantua, que debió de celebrarse en primavera o verano de 1465. Consta también que por lo menos João de Almada, tan ardiente partidario de Pedro el Condestable, en junio de 1466 se pasó al bando de Juan II, igual que los Beaumont dos años antes [117].

RESCATES DE PRISIONEROS

En nuestras guerras internas del siglo XV se conservaba el viejo uso de pedir buenos rescates por los prisioneros. Quien hacía prisionero a un enemigo importante se puede afirmar que había conseguido una buena ganancia ; pero con frecuencia ocurría que el apresado, una vez en una libertad que hoy llamaríamos «provisional», negaba haber dado su palabra de prisionero, o que un caballero pretendiese haber hecho prisionero a otro sin argumentos muy claros. Así el 9 de junio de 1468, desde Castellnou, Gracián de Arazuri, uno de los muchos navarros que luchaban en Cataluña al lado de la Generalidad, enviaba al juanista Juan de Cardona, que luego será conde de Prades y duque de Cardona, una carta en la que le decía que: «Bien sabéys como ayer miércoles, que contávamos ocho del presente mes, en el rencuentro que ovimos, como en el campo me distes la fe, de vuestra mano a la mía, de ésser mi presonero». Le exige que, en el plazo de tres días, se presente en el castillo de Montfalcó ; y si no lo hace «haveré de procehir contra vos e la honor vuestra, como es costumbre procehir contra los que tal fazen». Juan de Cardona respondió desde Cervera negando ser cierto que había dado la fe a Gracián de Arazuri sino a Johan de Garria, a quien dio la mano ; pero como después

117. Véase M. DE RIQUER, *La batalla a ultranza entre João de Almada y Menaut de Beaumont*, en prensa en la miscelánea en memoria de Jaime Vicens Vives.

fue socorrido por los de su compañía, no se considera prisionero. El navarro replica que en el citado «rencuentro», que ocurrió cerca de Cervera, el catalán cayó del caballo, y cuando Arazuri se acercó a él le dijo que no le matara, que era don Juan de Cardona, y acto seguido le dio la fe de prisionero, «para restaurar vuestra persona, la qual era en libertad mía dar el danyo que quisiera», y le emplaza nuevamente para que se ponga en su poder en el castillo de Palafolls [118]. En agosto y septiembre de 1473, y en Perpiñán, se cartean el capitán Bañuelos y el capitán Juan de Lezcano porque éste hizo prisionero a aquél y le obligó a firmar un cartel dándole su fe [119].

SANCHO DE SARAVIA Y PEDRO DE SAN ESTEBAN

El caballero castellano Sancho de Saravia firmó en Barcelona, el 2 de julio de 1469, un cartel requiriendo a batalla a ultranza a otro castellano, Pedro de San Esteban, que se encuentra en la misma ciudad. Afirma que ambos han acudido «delante el excellente príncipe de Aragón e de las dos Scicilias sobre el caso del qual falçamente me inculpáys, e sobre tal contienda su merced haya declarado vos ser el requerido e yo el defendiente», que dicho príncipe ha accedido a ser el juez de su batalla y a asignarles jornada y plaza. Por lo tanto, Sancho de Saravia divisa las armas, o sea, decide que la batalla sea a pie y con determinado armamento defensivo y ofensivo. Este cartel fue enviado por medio de Jayme de Montbuy, trompeta de Beltrán de Armendáriz. Al día siguiente responde Pedro de San Esteban aceptando ser el requeridor y las armas divisadas por su adversario, con las cuales «mediante la gracia de Dios, que sabe la verdad, e vos negáys aquélla, e con ellas spero en Él y en la endresadora Nuestra Senyora y en el apóstolo benaventurado Santiago, con la aiuda del glorioso cavallero Sanct Jorge, trahervos a tal vensimiento que mi drecho sea conoscido e

118. Ms. 18.444 de la Biblioteca Nacional de Madrid, fols. 149r-152v.
119. El mismo manuscrito, fols. 294r-295r.

vuestra culpa notoria». El 16 de julio, en el Born de Barcelona, se dio la batalla entre los dos castellanos, y el 6 de agosto pronunció la sentencia «el infante don Juan, del serenísimo señor Rey primogénito y de sus reinos y tierras de Aragón, Sicilia, etc., señor y lugarteniente general, duque de Calabria, de Lorena y príncipe de Gerona». Se trata, naturalmente, del bastardo Juan de Lorena, hijo del «bon roi René d'Anjou», proclamado rey de Aragón y conde de Barcelona por la Generalidad en guerra con Juan II. El Bastardo, en su sentencia, hace constar que en la batalla celebrada en el Born barcelonés Pedro de San Esteban y Sancho de Saravia, «naturales del reino de Castilla y en nuestro ejército militantes», lucharon virilmente con hachas y dagas y se produjeron algunas heridas, pero que él, como juez, no permitió que siguiera la pelea. El 31 de julio, en el palacio real de Barcelona, promulgó que ni el uno ni el otro deberían soportar carga de vergüenza, que no se hable más del hecho que los condujo a la pelea y que de ahora en adelante sean tan amigos como antes, o más todavía [120].

LOS JUECES

En este caso dos caballeros han escogido como juez de su contienda a su señor, el cual, como solía ocurrir en casos semejantes, no ha querido promulgar sentencia que deshonrara a uno de ellos. Precisamente para evitar este tipo de soluciones los contendientes solían designar como juez a reyes y grandes señores extranjeros, que procederían, en principio, sin ninguna clase de favor o partidismo. Hemos visto a caballeros españoles ventilar sus cuestiones en las cortes del rey de Inglaterra y de los duques de Milán; otros fueron a las de los Malatesta de Rímini y de los Este de

120. El mismo manuscrito, fols. 143v-145r. La sentencia se copia al final del cancionero de Zaragoza (fol. 316v), texto publicado por BASELGA en *El cancionero catalán de la Universidad de Zaragoza*. Zaragoza, 1896, pág. 330. Breve nota de la batalla en el *Manual de novells ardits*, II, Barcelona, 1893, pág. 492.

Ferrara, etc. La del rey de Granada, como es lógico, era muy adecuada para solventar en ella cuestiones de honor, y son muchos los casos recogidos de caballeros que fueron a ella, lo que no dejaba de producir complicaciones. Así, cuando en 1447 los valencianos Lluís Cornell y Nicolau de Próxita, enemistados por razón de ciertas muertes de vasallos, decidieron combatir en la corte del rey de Granada, grandes grupos de partidarios del uno y del otro se dispusieron a acompañarlos a la ciudad mora; pero entonces intervino el rey de Navarra (el futuro Juan II de Aragón), lugarteniente real en Valencia, y publicó una orden prohibiendo que tantos caballeros y gentileshombres valencianos fueran a Granada, no tan sólo por ser tierra de infieles sino también porque tendrían que atravesar dominios del rey de Castilla, en aquella sazón hostil al de Aragón. Pero el estamento militar valenciano protestó por el agravio que suponía tal orden y justificó la ausencia de Cornell y Próxita, que ya habían partido hacia Granada [121].

En 1417 surgió un grave conflicto entre Juan Rodríguez de Castañeda, señor de Fuentedueña, e Íñigo de Estúñiga, porque un escudero de éste había matado a traición a un escudero de la Reina:

> E sobre'esto se acordaron de ir demandar al rey de Granada que les tuviese segura la plaza, e ambos a dos fueron a Granada mucho guarnidos e acompañados de parientes e amigos; e la reina [de Castilla] escribió al rey de Granada rogándole afectuosamente que metiese en el campo aquellos caballeros, e los sacase por buenos sin dar lugar que se combatiesen. El rey de Granada lo hizo así, e honrólos quanto pudo, e dioles sus dávidas como en tal caso se acostumbran, e hízoles amigos y embiólos en Castilla [122].

En este aspecto es curioso el lance entre los caballeros mallorquines Bernat de Tagamanent y Pere Joan Albertí,

121. RIQUER, *Lletres de batalla*, I, págs. 26-29.
122. *Crónica de Juan II*, año 1417, cap. III; pág. 373.

que se retaron a batalla a ultranza ante cualquier príncipe cristiano o sarraceno. En 1458 Albertí se encuentra en Alcalá la Real solicitando del rey de Granada Sad Ciriza salvoconducto para entrar en sus dominios a fin de luchar con su adversario. Albertí lleva consigo unas instrucciones redactadas por Francesch de Méscua sobre cómo ha de comportarse en Granada ante el rey moro y respecto a su adversario Bernat de Tagamanent. Se aconseja en este *Memorial* que viaje con la mayor escolta posible y que si le ocurre algún percance, por enfermedad u otra razón, haga levantar acta notarial; que cuando esté cerca de Granada envíe previamente a su procurador y que se entere bien de qué clase de reverencia ha de hacer al rey moro, ante el cual deberá presentarse con «cara alegre y continente muy sosegado». Antes de visitar al Rey ha de averiguar quiénes son los más poderosos e influyentes de su corte, a fin de captarse su simpatía. Cuando llegue el momento de presentarse ante el Rey, le suplicará que le dé truchimán, o intérprete, y le dirá que ante todo da gracias a Dios porque le ha concedido la merced de ver a un rey tan virtuoso y tan famoso, al cual toda la vida había deseado ver por la fama de su mucha virtud y caballería, y que comparece a su presencia porque ha sido citado para batallar con Bernat de Tagamanent. Siguen otros consejos que sería largo reproducir [123]. Este *Memorial* de Francesch de Méscua [124] fue considerado tan útil que lo reproduce literalmente, sin citar la procedencia, el tratado *Sumari de batalla* escrito por el caballero Pere Joan Ferrer [125].

123. Mss. A, fols. 222v-229r, y B, fols. 304r-312r.

124. Posiblemente se trata del autor de una poesía mariana que fue premiada en Valencia en 1440 (cfr. A PAGÈS, *La chanson catalane du Navarrais Francesch de Amezcoa sur l'Immaculée Conception*, «Annales du Midi», XLVII, 1945, págs. 26-33).

125. *Tractats de cavalleria*, edición de P. BOHIGAS, Barcelona, 1947, págs. 165-171.

BERNAT DE VILARIG Y GÓMEZ DE FIGUEROA

En atención a su dramatismo veamos con algo más de detenimiento el lance entre el valenciano Bernat de Vilarig y el castellano Gómez de Figueroa. El 13 de mayo de 1447 Bernat de Vilarig envió un albarán a Figueroa desafiándolo porque había dicho a Rodrigo de Rebolledo y a Juan de Villalpando que el valenciano había proferido malas palabras sobre ellos. Parece que acusaba a Vilarig de decir que Rebolledo y Villalpando eran villanos e hijos de labradores. Vilarig no tolera tal acusación y exige a Figueroa que se retracte o acepte la batalla. El castellano contestó el día siguiente, afirmando que

> es verdat me fue dicho por hun cavallero digno de fe que vos havíades dicho algunas malas palabras de aquéllos, las quales yo atorgo haver reportadas a los susodichos cavalleros, diziendo las que m'avían sehydo dichas; e ansí lo torno afermar a vos. E si vos gosaréys dezir que a mí no fueron fabladas, vos digo que mentys, e soy presto, en defensión de mi verdat e honor, poner mi persona contra la vuestra, e mostrarvos yo sostener la verdat e vos la mentira.

Acto seguido divisa las armas («arnés de combatir a pie, selada fransesa, con gorgal de malla, sin cara e sin bacineta, spada d'armas e dagua, facha d'armas con pico e macet, lança de mano con fierro de Milán») y concede a su adversario la misión de buscar el lugar para celebrar la batalla. Vilarig contestó inmediatamente; y en seguida Figueroa replicó con otra carta llena de insultos e irritación: «seguiendo vuestra acostumbrada manera, que es e fue senpre tener la lengua suelta e por el contrario las manos atadas, e mostrar en las parencerías osadía e covardía en las hobras...» La discusión estribaba en que Bernat de Vilarig quería que la batalla fuera clandestina, o sea sin juez ni público, con dos o tres testigos y en lugar apartado y no sabido, tipo de pelea muy frecuente cuando los reyes se negaban a que se celebraran las batallas con la solemnidad debida. Pero Figueroa quería

luchar ante juez competente y en plaza segura, y se adjudicó el derecho a buscarlos. Vilarig, en carta firmada el mismo día 15 de mayo, que se abre con la sentencia «Do el uno no quiere, los dos no pelean», acusa a su adversario de cobarde por no aceptar la batalla clandestina y se niega a hacerlo a ultranza. El día 16 Gómez de Figueroa da a Vilarig el plazo de ocho días para que acepte la batalla, si no «procederé contra vos según por ley e drecho d'armas se requiere». Siete días después Bernat de Vilarig acepta la batalla, divisa prolijamente las armas, que quiere que sean a caballo, y se compromete a encontrar juez antes de cuatro meses. La respuesta del castellano la recibirán sus procuradores, que son mossén Pero Sánchiz de Calatayhú, mossén Ausías March, mossén Johan Fabra y mossén Johan Catalá. Anotemos que uno de ellos es el gran poeta valenciano, y que otro, Johan Fabra, intervino en el Passo Honroso y fue el destinatario del *Spill* de Jacme Roig.

Gómez de Figueroa admitió que Vilarig buscara juez, a condición de que deje llegar la batalla a su fin y «exceptando toda vía el senyor rey de Castilla, que por muyt claras e legítimas razones non he por seguro». Vilarig replica que él está conforme con cualquier juez, cristiano o moro, menos el rey de Granada y el infante de Almería ; pero el 7 de junio la situación ha cambiado otra vez, ya que ahora el caballero valenciano admite que el castellano busque juez y plaza, «Granada exceptada... per lo passatge, lo qual no tinch per segur». Y harto de tanto discutir, que Figueroa busque juez por el resto del mundo, «e si lo món no us basta, entrau en infern, hon serà vostre loch».

Pero Figueroa se empeñó en que la batalla fuera en Granada, y salió al paso a los temores de su adversario con la siguiente garantía: «El passage de Granada havéys seguro por mar e por tierra, e no contento allá de los vuestros, vos daré a scoger en los míos ; e si vos queréys ir por tierra, vos

haveré seguridades e salvos conductos, tantos e tales que devéys ésser más de contento». Vilarig accedió, finalmente, a ir a Granada, aunque permitiéndose una insultante ironía: como el rey de Granada es infiel no tendrá en cuenta cuando Figueroa jure falsamente el nombre de Jesucristo.

Hasta ahora todo ha transcurrido en Valencia. El 26 de marzo de 1448 Figueroa, desde Lorca, comunica a Vilarig lo siguiente:

> Como el muy excellente rey de Granada haya plavido atorgar segura plaça a vos e a mí, segunt por letra de su magnificencia veréys, por ende, en nombre de Dios e de Nuestra Senyora y del felecíssimo apóstol senyor Sant Yagüo, mi senyor, muy honorable Mossén Vilarig, para·l día de Sent Jhoan primero venyente deste anyo en que somos, pareced ante·l dicho yllustre rey de Granada aparejado a batalla. Yo seré allí aquel día, en el qual Dios nuestro senyor, juez sin sospecha, confío dará punición a la persona al que de vos e mí ha errado con malicia de lengua.

El heraldo Sidonia llevó esta carta a Valencia y la entregó a Bernat de Vilarig, el cual recibió el salvoconducto del rey de Granada, que le tradujeron Pere de Castellví, Johan de Valeriola, el alfaquí de Beneguazir, el alfaquí de Valencia y el alcadí Ubequer de Gandía.

Con esto termina la correspondencia entre los dos caballeros [126], pero podemos seguir las incidencias del asunto gracias a documentos de la Cancillería aragonesa. El 11 de mayo de 1448 la reina María, esposa de Alfonso el Magnánimo, escribió desde Barcelona al rey de Granada a fin de evitar la batalla entre Lluís Cornell y Nicolau de Próxita, a que antes me he referido, y añadía, con relación a Vilarig y Figueroa:

> E porque el enemigo de natura humana siempre veyla en procurar e sembrar divisiones, scándalos e males en las gen-

126. Mss. A, fols. 234r-242v, y B, fols. 319r-324v.

tes, e agora poco ha, segunt havemos entendido, ha procurado que se faga batalla de mort, delant de vos, entre un cavallero de Valencia, nuestro gran servidor, e un otro cavallero castellano de la casa del illustríssimo rey de Navarra, nuestro muy caro e muy amado ermano... [127].

Ahora, al enterarnos de que Gómez de Figueroa estaba al servicio de Juan de Navarra (el futuro Juan II de Aragón), comprendemos su empeño en que el rey de Castilla no fuera juez de la batalla.

A pesar de las gestiones de la reina María los adversarios estaban dispuestos a luchar. Lo que ocurrió luego lo sabemos gracias a una carta de dicha reina a Juan II de Castilla (desde Perpiñán, 30 de noviembre de 1448) y a la sentencia de Alfonso el Magnánimo (desde Nápoles, 27 de junio de 1449) [128]. Combinando los datos de estos documentos obtenemos los siguientes hechos :

Ya sabemos que la batalla se tenía que celebrar en Granada el 24 de junio. Bernat de Vilarig se puso en camino hacia la ciudad mora, confiado en los salvoconductos y guiajes que le había dado Gómez de Figueroa. El 2 de junio el caballero valenciano llegó a una fuente llamada Entanna o Totana, en el término de Aledo ; descabalgó y se recostó en un prado para comer, cuando fue sorprendido y asaltado por hombres de a caballo y de a pie, que le acometieron, sin darle tiempo a llevarse al brazo el manto ni tomar las armas, y lo hirieron tan gravemente que lo dieron por muerto. Mataron a tres vasallos moros de Vilarig, y colocaron el cuerpo de éste en una mula y lo llevaron a Aledo, donde estuvo varios días en peligro de muerte y, como buen cristiano, se confesó y comulgó. Luego fue trasladado a Orihuela ; pero como se aproximaba el día fijado para la batalla, y le era imposible reemprender el viaje, envió a Granada a su rey de armas Va-

127. A. C. A., reg. 3272, fol. 28v.
128. A. C. A., regs. 3272, fols. 84r-85r, y 3266, fols. 118r-121v.

lencia, el cual «anà a la Alfambra del dit rey de Granada, e de la Alfambra al alcàcer de Generalife, on se dehia que era anat lo dit rey de Granada, e jamés pogué parlar ab ell». Mientras se impedía que el rey de armas de Vilarig justificara la incomparecencia de éste, Gómez de Figueroa entraba en la liza, ante el rey moro, y procedía de acuerdo con lo usual cuando un caballero no acudía a la batalla, a pesar de las protestas del rey de armas Valencia, a quien no se hizo ningún caso. Figueroa hizo «revessar», o sea invertir, las armas de Bernat de Vilarig, con lo que daba a entender que el caballero valenciano había sido vencido por incomparecencia y quedaba deshonrado. Pasó luego a Castilla y en diversas ciudades, villas y lugares expuso las armas de Vilarig «revessadas», e incluso logró de Juan II que citara al caballero valenciano. La reina de Aragón escribió entonces al rey de Castilla, a don Álvaro de Luna y a Fernando Díez de Toledo para comunicarles que Bernat de Vilarig no podía acudir no tan sólo por no estar curado aún de sus heridas sino también porque no tenía seguridad para el viaje [129].

En 1449 Bernat de Vilarig se trasladó a Nápoles y expuso su caso al rey Alfonso, acreditado con actas notariales y declaraciones de reyes de armas y heraldos. El 27 de junio de aquel año el Rey firmó una sentencia que debía ser pregonada por todos sus dominios y en todas las partes que Vilarig juzgara oportuno, en la que se hace historia de todo el lance y se ordena que dondequiera que las armas del caballero valenciano se hallen «revessadas» se pongan derechas («e ab lo cap alt») [130]. Bernat de Valarig, hombre sin duda pendenciero, tuvo un largo y complicado asunto caballeresco con Johanot

129. A. C. A., reg. 3272, fols. 85r-85v. Cartas firmadas en Perpiñán el 28 de noviembre de 1448.

130. Para este caso véase F. Carreras y Candi, *El desafío de Bernat de Vilarig*, en el diario barcelonés «Las Noticias», 3 de febrero de 1927.

de la Serra, en 1452 y 1453, con quien sostuvo una batalla clandestina [131].

ARMAS «REVESSADAS»

El invertir las armas era un usual procedimiento para hacer patente que un caballero había sido vencido en una batalla y que por lo tanto quedaba deshonrado. Se encuentran abundantes casos de esta costumbre caballeresca. Me limitaré a citar sólo dos ejemplos. El 8 de febrero de 1407 el bastardo Johan de Vilaragut enviaba una carta de batalla a Pero Pardo de la Casta (aquel a quien don Enrique de Villena dedicó *Los doze trabajos de Hércules)* en la que le decía algo tan insultante para un caballero como es que es notorio a todo el mundo que su padre ha cavado, podado y labrado y hecho todo el oficio de labrador, y que existen hombres en «la plana de Borriana» que le han visto entregado a tales tareas. Si sostiene lo contrario, combatirá con él a pie o a caballo. Pero Pardo contestó, a través de un notario, que nada quería saber con el bastardo, pero sí en cambio con cualquiera de los parientes suyos que le habían inducido a insultarle. Desde este momento el epistolario es con Berenguer de Vilaragut, con el cual Pardo está dispuesto a luchar. Después de una larga y reiterativa correspondencia, en la que abundan los denuestos, se decide una batalla clandestina «en la frontera de Castilla, en el mojón del reino de Valencia, en la Vega de Fortunas, cerca de Requena», el 22 de septiembre. Este día, «a la hora que salía el sol, poco más o menos», Pero Pardo se encontraba armado de todas las armas en una tienda montada en la Vega de Fortunas, y enfrente, en otra tienda, se hallaba Berenguer de Vilaragut. Cuando iba a empezar la batalla irrumpieron don Jaime de Aragón (el último conde de Urgel) y Guillem Ramón de Montcada, gobernador del reino de Valencia, con gente armada, para poner sosiego entre los adversarios, que fueron amenazados con la pena de diez mil florines de oro

131. RIQUER, *Lletres de batalla*, I, págs. 32-33.

que la parte no obediente debería pagar a la obediente, y les exigieron que firmaran una tregua. Esto fue un poco complicado, porque ninguno quería ser el primero en estampar su firma en el documento, pero se solventó haciéndoles firmar al mismo tiempo cuando se oyó el tañido de una trompeta del trompetero de Guillem Ramón de Montcada. Pero el 12 de abril del siguiente año de 1408 se reemprende la hostil correspondencia porque Vilaragut y Pardo se acusan mutuamente de haver avisado al conde de Urgel para que suspendiera la batalla. El asunto se planteó ante el rey Martín, a quien Vilaragut expuso que Pero Pardo, pese al documento firmado en la Vega de Fortunas, lo acusa de fementido y por sus reinos ha hecho poner «diversos pitafis e pinctures de reversament d'armes» de Berenguer. Pero Pardo escribió al Rey justificando su actitud y afirmando que «usant de mon dret yo he publicat e fet publicar los dits enantaments, fahent portar a un vallet en huna sobrevesta les armes del dit mossèn Berenguer de Vilaragut reversades e huna mà clavada, ab un títol qui diu : Per mossèn Berenguer de Vilaragut» [132].

Hacia el año 1432 el caballero Cola María Butzuto, desde el castillo de Alburquerque, enviaba una carta a frey Gutierre de Soto, comendador mayor de Alcántara, en la que le decía que

> considerando como por vuestras obras falsas e dissimuladas, e por más propio dezir traciones e malvestades, stays despullado e privado de todo par de honor e de linajge de cavallería por la notable tración cometida por vos al Mestre,

132. Mss. A, fols. 16v-48v, B, fols. 24v-73v y C, fols. 211v-219v (sólo la primera parte). Existe carta del rey Martín al Conde de Urgel, firmada en Valencia el 3 de octubre de 1407, en la que, considerando que Berenguer de Vilaragut y Pero Pardo de la Casta, «pochs dies ha passats, en la Vega de Fortunes», han firmado un compromiso en poder de notarios, le autoriza para que proceda contra quienes no quieran mantener la tregua o fomenten las bandosidades. La carta está redactada por Bernat Metge (A. C. A., reg. 2272, fol. 49v).

vuestro tío e senyor, lo qual vos havía criado e fecho mucho de muy poca cosa, e la gran maldat por vos mismo fecha al senyor infante don Pedro, lo qual tan humanamente en vuestra persona fiava, yo he deliberado como cosa mucho necesaria a la honor de cavallería... de reversar vuestras armas propias, las quales daré a reys d'armas, herauts e porsavants, con otras tales cartas semejantes, las quales publiquen a emperadores, reyes, príncipes, duques, condes, marqueses, viscondes, barones, cavalleros e nobles scuderos e toda otra manera de gentes, vuestras rebetliones, malvestades, traciones, ingratitut e poca temor de Dios, ahunque por los dichos crímenes vuestra persona sia despullada de toda libertat de cavallería... [133].

Recojamos también que después de la batalla que celebraron en Pau del Bearn y en presencia del rey de Navarra, el 5 de febrero de 1487, Pero Pardo de Liçana y Francesch de Próxita, éste fue derribado del caballo y Pero Pardo declarado vencedor. Pero la Reina no le permitió que, siguiendo la costumbre, arrastrara por el suelo las banderas de Próxita [134].

EL POSTRER DUELO DE ESPAÑA

Aunque ya cae fuera de los límites cronológicos que aquí me he impuesto no puedo dejar de mencionar, por su importancia en la literatura, el lance entre Pedro Torrellas y Jerónimo d'Ansa. El primero escribe desde Zaragoza, el 26 de abril de 1522, aludiendo a un «combate secreto» que tuvo efecto entre ambos el anterior día 19 y exige a Jerónimo d'Ansa que «digáys y confeséys que'l dicho día del conbate que vos y yo hizimos, quedé yo con tanta honra quanta convenía a cavallero, y que después de fecho lo que yo devía, salí del dicho conbate con mi espada en la mano, la qual nunca perdí ni dexé, e quedé como convenía a mi honrra». Y como sea que Jerónimo d'Ansa va explicando que Torrellas, en aquella sazón, perdió la espada, deciden resolver la

133. Mss. A, fols. 166r-166v, y B, 237r-237v.

134. Véase S. Gili Gaya, *Un manuscrit fragmentari de la crònica de Pere el Cerimoniós*, «Estudis Universitaris Catalans», XII, 1927, págs. 271-272.

diferencia mediante a una batalla a ultranza [135]. Esta batalla a ultranza, que presidió Carlos I en Valladolid, es el tema de la obra de Calderón de la Barca *El postrer duelo de España.*

PALABRAS DE MATRIMONIO ROTAS

Acusaciones de rompimiento de palabra de matrimonio motivaron, en el siglo XV, numerosos lances caballerescos. No olvidemos que el matrimonio secreto, practicado antes del concilio de Trento, constituye un elemento importante en la novela medieval y del XVI, sobre todo en los libros de caballerías [136]. El tema no falta en el *Tirant lo Blanch,* donde Tirante y Carmesina y Estefanía y Diafebus se casan secretamente, con juramentos y promesas, sin testigo alguno. Ahora bien, como ya es sabido, el autor principal de la novela, el caballero valenciano Johanot Martorell, retó a batalla a ultranza a su primo Johan de Monpalau porque éste hizo suya a Damiata, hermana de aquél, bajo palabra de matrimonio. Y como Monpalau negara este segundo punto, que tan en entredicho ponía el honor de Damiata, Martorell logró, en marzo de 1438, que Enrique VI de Inglaterra aceptara ser juez y dar liza en Londres para que se celebrara la batalla. Monpalau no acudió a la cita y años después Alfonso el Magnánimo le impuso una pena pecuniaria que debía ser adjudicada a Damiata Martorell [137].

El 17 de junio de 1454 el caballero catalán Miquel d'Avinyó firmaba una carta de batalla a ultranza dirigida a Francesch Corbera comunicándole que, al regresar de un viaje, se ha enterado de que ha negado su matrimonio con Francina d'Avinyó, hermana suya. Si Corbera persiste en negar que Francina es su mujer, no temiendo a Dios, le requiere a batalla, en la cual le hará confesar «per vostra boca que

135. Ms. C, fols. 296v-300r.

136. Véase JUSTINA RUIZ DE CONDE, *El matrimonio secreto en los libros de caballerías,* Madrid, 1948.

137. Véase J. MARTORELL-M. J. DE GALBA, *Tirant lo Blanc,* edición de M. DE RIQUER, Barcelona, 1947, págs. *26-*53, y RIQUER, *Literatura catalana* II, págs. 633-638.

la dita Francina, sor mia, és vostra muller, o metre-us mort o vençut per terra», y se ofrece a buscar un juez cristiano que deje llegar la batalla a final conclusión. Corbera contestó que no era cierto que Francina d'Avinyó fuera su mujer, como consta en instrumentos públicos que está dispuesto a exhibir, pero a pesar de ello acepta la batalla [138]. Ignoro el final de este lance.

EL CONDE DE LUNA

Envuelto en un turbio caso de fraude matrimonial encontramos a una de las personas más ilustres de la época: don Fadrique de Aragón, conde de Luna, hijo bastardo de Martín el Joven de Sicilia y nieto de Martín el Humano de Aragón. Este rey sintió un gran afecto por su nieto, como atestiguan numerosas cartas del monarca, pero lo cierto es que jamás llegó a legitimarlo, y no es éste el lugar para debatir las razones de tal actitud. Al plantearse el problema sucesorio se tuvieron en cuenta sus posibles derechos a la Corona de Aragón, y en la sentencia de Caspe uno de los compromisarios, el arzobispo de Tarragona Pedro Sagarriga, se inclinó, según justicia, a favor del duque de Gandía y del conde de Urgel, pero hizo la salvedad de que con ello no entendía hacer perjuicio a los derechos de don Fadrique al reino de Sicila [139]. Heredado con el título, tierras y castillos que habían sido del conde Lope de Luna, tenía don Fadrique nueve años cuando empezó el reinado de Fernando el de Antequera, quien lo tuvo en su corte muy honrado y lo trató del mismo modo que a sus propios hijos. El rey Fernando le concedió que pudiera usar las armas reales de Aragón y Sicilia, cuarteladas en sotuer o partidas con las de Luna, pero sin ningún signo de bastardía [140]. Con el mismo afecto le

138. Mss. A, fols 229r-229v, y B, 312r-312v.

139. Véase R. Menéndez Pidal, *El Compromiso de Caspe, autodeterminación de un pueblo*, en *Historia de España*, XV, Madrid, 1964, págs. CXIX-CXX.

140. Véase E. Miralbell, J. M.ª Sagalés y F. Udina, *Nobiliario de la Corona de Aragón*, II, Barcelona, 1952, pág. 38.

trató Alfonso el Magnánimo, quien le encargó la capitanía general de su escuadra, con la que hizo expediciones por el norte de África. Pero advirtiendo el Rey que en ciertos ambientes sicilianos se ganaba afectos excesivos y que imaginaba tener derechos a la corona del reino insular — recuérdese el voto de Sagarriga en Caspe —, le quitó la capitanía, cargo que lógicamente obligaba a frecuentes estancias en Sicilia. Esto enojó a don Fadrique, conde Luna, que inició una labor de acercamiento a Castilla, principalmente con los poderosos de este reino que se mostraban más hostiles a Alfonso el Magnánimo y a los infantes de Aragón. Alfonso V, receloso, quiso retenerlo a su lado en la corte y le ofreció buenas rentas y mercedes. De escondidas del Rey, y por lo tanto sin su consentimiento, don Fadrique se casó secretamente con Violante Luisa de Mur, hija de Aycard de Mur y de Elfa de Cardona, pero después intentó negar que había habido matrimonio, aunque al fin se vio obligado a confesarlo cuando caballeros de los linajes Cervelló y Rocabertí le enviaron carteles de batalla. Pasado un tiempo solemnizó el matrimonio. A ello siguió su deshonesta relación con su cuñada Valentina de Mur, e incluso se sospechó que tuvo el propósito de matar a su esposa. Mientras tanto seguían sus relaciones con señores castellanos, incluso con don Álvaro de Luna, en ocasión en que Alfonso el Magnánimo intentaba llegar a buenos acuerdos entre Juan II y los infantes de Aragón. Casi ya en rebeldía, don Fadrique se recluía en sus castillos y planeaba acoger en ellos y en las tierras que tenía en la frontera fuerzas castellanas. Hubo tratos entre emisarios de Alfonso el Magnánimo y don Fadrique, y éste, para volver a su lado, exigía no tan sólo seguridades sino también la isla de Ibiza, o si no Peñíscola, y que no se hablara más de sus relaciones con su cuñada Valentina de Mur, porque ésta ya tenía marido: el hijo mayor del conde Gerage, Juan Ventimiglia, virrey de Sicilia, enlace sobre el cual afirmaba tener poderes

firmados por el citado virrey, al paso que sus hijos estaban como en rehenes de don Fadrique. Se sospechó entonces que Juan Ventimiglia estaba de acuerdo con don Álvaro de Luna y otros castellanos en su política contra el rey de Aragón y con intención de sublevar Sicilia. En vista de todo ello se dispensó a los alcaides de los castillos de don Fadrique el homenaje que habían prestado a éste, el cual, cuando vio muy difícil la situación, pasó a Castilla con su cuñada Valentina de Mur, pero dejando a su esposa presa en un castillo, y con buena custodia [141]. Las crónicas castellanas dan cuenta de la buena acogida que Juan II dispensó a don Fadrique el 6 de febrero de 1430, y de que le dio posesiones y cuantiosas rentas [142].

El virrey Juan Ventimiglia, que tan comprometida veía su lealtad a Alfonso el Magnánimo con las afirmaciones de don Fadrique, que lo quería enzarzar en su política con el matrimonio de su hijo mayor con Valentina de Mur, que había sido llevada a Castilla usurpando el lugar de su hermana, firmó en Cariñena, en 30 de mayo de 1430, una carta de batalla dirigida a don Fadrique, que se inicia con las siguientes palabras:

> Yo, Jhoan de Vintimilla, conde de Girace, visrey e almirante del regno de Sicilia, digo a vos, don Ffrederich, olim comte de Luna, que como con cautelosas e dissimuladas maneras, non de cavallero mas de persona iniqua e de vil condición, por querer cobrir los dapnados crímines per vos comesos, según comuna oppinión, como encara vuestros actos clarament han demostrado, quesistes publicar matrimonio de mi primo fillo con vuestra cunyada Valentina de Mur, fingiendo falsos poderes e procuraciones, con el qual título e cautela descebistes la ignorancia de mis fillos. Encara quisiestes tentar mi fidelitat por querer haver companyero en

141. He resumido los amplios datos que da ZURITA, *Anales*, lib. XIII, caps. LVII-LX; tomo V, págs. 149-154.

142. *Crónica de Juan II*, año 1430, cap. V, pág. 479; *Crónica del Halconero*, págs. 51 y 59.

vuestra inffidelitat e rebellión, la qual, poco curoso de vuestra honra, cometistes apartándovos de vuestro senyor natural e andando a sus públicos e declarados enemigos, faciéndole guerra de vuestros castillos e lugares, sin havervos dado causa el dicho senyor Rey de lo fazer, la qual a vos ne a otro vasayllo suyo may dio, antes benignamente siempe tractó e tracta sus súbditos e vassayllos.

Sigue haciendo protestas de fidelidad al rey de Aragón y acusa a don Fadrique de difamar a barones y gentileshombres de Sicilia «en la cort del rey de Castilla, do vos, con gran vuestra vergonya e injuria, de present habitáis en otras partes, que éramos inobedientes e rebeldes al senyor Rey e que éramos conformes a vuestras dapnadas ribetliones e, por más proprio dezir, traiciones». Lo desmiente de todo y lo reta a batalla [143].

En abril de 1432 llegaron a Juan II embajadores del rey de Túnez quienes, entre otras misiones, traían cartas para don Fadrique, que seguía en la corte del rey de Castilla, en las que le proponían que pasara a Túnez, donde se le daría favor y ayuda para hacer guerra en Sicilia. Don Fadrique aceptó la proposición muy complacido y vendió los castillos y posesiones que le había dado Juan II a fin de reunir dinero para esta fantástica expedición, grotesco remedo de la estrategia que empleó su ilustre antepasado Pedro el Grande cuando ocupó Sicilia. Pero al mes siguiente don Fadrique compareció lujosamente vestido en las justas que se celebraron en Valladolid [144]. En enero de 1434 Juan II ordenó que don Fadrique y sus más allegados fueran presos. Tal medida se debía a que se había descubierto que el inquieto hijo de Martín de Sicilia se proponía sublevarse en Sevilla, adueñarse de las atarazanas y del castillo de Triana y robar a los ciudadanos y a los judíos y genoveses más ricos de la ciudad andaluza [145]. Juan II hizo publicar el siguiente pregón :

143. Mss. A, fols. 165r-165v, y B, fols. 236r-236v.
144. *Crónica del Halconero*, págs. 129 y 130.
145. *Crónica de Juan II*, año 1434, cap. 1; págs. 514-515, y *Crónica del Halconero*, pág. 149.

> Esta es la justiçia que manda fazer nuestro señor el Rey, a estos honbres que fizieron ligas e monipodios en deserviçio de su señor el Rey, tomando capitán de nuebo [*Don Fadrique*] para apoderarse en las sus ataraçanas de Sevilla, e en el su castillo de Triana, e matar los conbersos, e rrobar lo que pudiessen de la çibdad de Sevilla, e entregar las ataraçanas e castillo de Triana a su enemigos [146].

Don Fadrique fue encerrado en el castillo de Urueña y preso murió en julio de 1438; más adelante se acusó a don Álvaro de Luna de haberlo mandado «matar con yerbas» [147].

Su cuñada, Valentina de Mur, se casó con Carlos de Guevara, señor de Escalante [148]. Tuvo don Fadrique una hija, que fue llevada a la corte de la reina María porque don Alfonso el Magnánimo quiso que fuera separada de su madre, la condesa Violante Luisa de Mur, ya que la deshonesta vida de ésta podría perjudicar a la niña [149]. Violante Luisa de Mur fue mujer de gran hermosura, y por su amor se suicidó el poeta Francesch Oliver, «el Macías catalán», excelente traductor en verso de *La belle dame sans mercy,* de Alain Chartier, triste y desesperado poema que constituye una adecuada preparación para quien ha de tomar tan grave medida [150].

Fue providencial que Martín el Humano no llegara a legitimar a su nieto don Fadrique, pues en este caso, y sin discusión alguna, la corona de Aragón la hubiera heredado personaje tan poco recomendable.

JOHAN JERÓNIM DE VILARAGUT

Veamos un último caso de lances caballerescos suscitados por cuestiones matrimoniales. El protagonista es otra persona de sangre real, aun más pintoresca que don Fadrique.

146. *Crónica del Halconero,* pág. 152.
147. Ibid., págs. 253 y 329.
148. ZURITA, l. c., pág. 154.
149. F. SOLDEVILA, *La reina Maria, muller del Magnànim,* «Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», X, 1928, pág. 282.
150. Véase J. RUBIÓ, *Literatura catalana,* en *Historia de las literaturas hispánicas,* III, Barcelona, 1953, pág. 874, y M. DE RIQUER, *Triste deleytación, novela castellana del siglo XV,* «Revista de Filología Española», XL, 1956, págs. 57-59.

La reina Margarita de Prades, viuda de Martín el Humano, se casó por segunda vez, en fecha difícil de precisar (entre 1412 y 1414) con el caballero valenciano Johan de Vilaragut. La boda se celebró en secreto y con pocos testigos, pues si hubiera sido reconocida públicamente, Margarita de Prades hubiera perdido la categoría y las rentas que le correspondían como reina viuda. El marido, Johan de Vilaragut, quedó adscrito a su corte con el cargo de camarlengo. De este matrimonio morganático nació un hijo, Johan Jerónim de Vilaragut, en 1415, que fue criado escondidamente y hacia los diez años ingresó en el monasterio de Santes Creus, en calidad de profeso. En 1430 el abad Domingo Vinader, sintiéndose a punto de morir, llamó a Johan Jerónim y le reveló que era hijo de la reina Margarita, cosa que él ignoraba. Entonces Vilaragut consideró que su profesión en Santes Creus carecía de validez, se salió del monasterio y se fue a vivir a Valencia. Pero como años después el monasterio de Santes Creus reclamara una herencia de Johan Jerónim de Vilaragut, alegando que era profeso suyo, apeló al papa Nicolás V, quien, en una bula firmada el 31 de marzo de 1451, gracias a la cual conocemos los datos hasta aquí resumidos, le dispensó la profesión religiosa porque la hizo desconociendo su verdadera personalidad [151].

Este personaje, que parece el héroe de un novelón romántico por entregas, de ambiente medieval, fue desafiado, el 14 de abril de 1461, por Johan de Vilanova, desde el castillo de Nules, porque «vós haveu tacanyament de casa sua furtada e forcívolment portada la vídua qui fonch muller de mon germà mossèn Antoni de Vilanova, e açò no com

151. Véase J. FINESTRES, *Historia del Real Monasterio de Poblet*, lib. III, cent. 3, disc. 3; tomo III, Barcelona, 1949, págs. 210-212; A. MASRIERA, *Damas catalanas ilustres: doña Margarita de Prades*, en el diario barcelonés «La Vanguardia», 3 de diciembre de 1918; y F. DURAN I CAÑAMERAS, *Margarida de Prades*, Barcelona, 1956, págs. 34-39.

a prous ne veril cavaller, mas com a tirà e vilanament usant». Johan Jerónim de Vilaragut, en sus cartas de respuesta, no niega directamente la acusación, pues primero se refiere de una manera vaga a «lo que s'és seguit entre la senyora muller que fonch de mossèn Antoni de Vilanova», y después afirma, de manera más explícita, que ha procedido como «ome que pacíficament creu pendre muller». Por otra parte, le es imposible luchar porque hace más de ocho meses que está preso [152]. Efectivamente, documentación de archivo valenciana nos atestigua que el 19 de abril de 1460 Johan Jerónim de Vilaragut era acusado de haber producido heridas a un tal Juan de Arias y de haberse apropiado injustamente de un sarraceno. No fue perdonado hasta el 23 de diciembre de 1462 [153].

VIDA CABALLERESCA Y NOVELA CABALLERESCA

He intentado presentar una reducida selección de datos conducentes al estudio de la caballería en España en el siglo XV. Me he referido en primer lugar a pendencias que podríamos llamar «deportivas», como son las justas y los pasos de armas. Pero si me hubiese limitado a este aspecto podría parecer que todo ello eran destellos de un mero lucimiento personal, de algo fundamentalmente falso y ornamental con que se exteriorizaba el anhelo de una clase social que no se resignaba a perder sus puestos rectores. Pero los casos, mucho más numerosos, de batallas a ultranza, peleas clandestinas y desafíos entre caballeros que se tenían odio o mala voluntad revelan que estamos frente a una realidad y una vigencia del fuero caballeresco. A pesar de todo, este ambiente, en los dos aspectos indicados, sería inexplicable sin el fuerte influjo de la lectura de libros de caballerías. En la segunda mitad del siglo XIV y en el XV el *Amadís de Gaula*,

152. Mss. A, fols. 276v-279v, B, fols. 381r-383v, y C, fols 177r-179v.

153. Archivo Real de Valencia, Real 266, fol. 64v, y 263, fols. 146r-147v, 284, fols. 55v-56v, y 286, fols. 150v-151v. Datos que amablemente me ha comunicado don Luis Cerveró Gomis.

para citar el ejemplo más ilustre, era leído por los caballeros castellanos, como el Canciller Pero López de Ayala [154], y por los caballeros catalanes, como atestigua el hecho de que en 1372, el duque de Gerona (futuro Juan I de Aragón), poseyera un perro alano blanco llamado Amadís [155] y que en la novela *Curial e Güelfa* (fechable entre 1435 y 1462), entre varias parejas de enamorados famosos, se cite a «Amadís e Oriana» [156]. Pero también serían inexplicables novelas como el *Tirant lo Blanch* y el mencionado *Curial e Güelfa* si no hubiesen existido caballeros andantes españoles de carne y hueso, que vagaron por Europa en demanda de aventuras. Don Quijote, ya lo vimos, los aducía como un sólido argumento a favor de sus fantasías. Fernando del Pulgar, en sus *Claros varones de Castilla,* había hecho mención de algunos de ellos y de otros de quienes aquí no me he ocupado:

> Yo por cierto no vi en mis tiempos, ni leí que en los pasados viniesen tantos cavalleros de otros reinos e tierras estrañas a estos vuestros reinos de Castilla e de León por fazer en armas a todo trance, como vi que fueron cavalleros de Castilla a las buscar por otras partes de la cristiandad. Conosçí al conde don Gonçalo de Guzmán, e a Juan de Merlo; conoscí a Juan de Torres, e a Juan de Polanco, Alfarán de Bivero, e a Mosén Pero Vázquez de Sayavedra, a Gutierre Quixada, e a Mosén Diego de Valera; e oí dezir de otros castellanos que con ánimo de cavalleros fueron por los reinos estraños a fazer armas con qualquier cavallero que quisiese fazerlas con ellos, e por ellas ganaron honrra para sí, e fama de valientes y esforçdos cavalleros para los fijosdalgo de Castilla [157].

Un siglo después estos nombres y otros parecidos volverán a sonar en empresas similares. No serán empresas en

154. Véase María Rosa Lida de Malkiel, *El desenlace del Amadís primitivo,* «Romance Philology», VI, 1953, págs. 283-289, y A. Rodríguez Moñino, A. Millares Carlo y R. Lapesa, en «Boletín de la Real Academia Española», XXXVI, 1956, págs. 199-225.

155. A. C. A., reg. 1738, fol. 84v. Carta fechada el 1 de marzo de 1372.

156. Véase Riquer, *Literatura catalana,* II, pág. 631.

157. Edición citada, pág. 115.

Borgoña, Inglaterra, Alemania, Italia, Constantinopla o el Mar Negro, sino en Méjico, el Perú, Chile, el Mar del Sur, etc. Sin nuestros caballeros andantes del siglo XV difícilmente hubieran existido los conquistadores de Indias, tan dados también a la lectura de libros de caballerías. Don Quijote, como estaba loco, siguió el itinerario que podía llevar a unas empresas en su siglo ya caducadas ; si hubiese estado sano hubiera hecho lo mismo que tantos otros contemporáneos suyos : desde la Mancha dirigirse a Sevilla, y de allí embarcarse para Indias, donde era mucho más factible que en Puerto Lápice «meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras».

DISCURSO

DEL

Excmo. Sr. Don DÁMASO ALONSO

Señores Académicos :

Nombrado por nuestro venerado Director para dar la bienvenida al nuevo compañero, lo hago con tanto temor como gusto.

Don Martín de Riquer ha nacido en Barcelona el 3 de mayo de 1914. Estudió en su ciudad natal la carrera de Filosofía y Letras, y se doctoró en la Universidad de Madrid. En el año 1950 ganó por oposición la cátedra de Literaturas Románicas de la universidad barcelonesa. Académico numerario, desde 1944, de la Real de Buenas Letras de Barcelona, y Presidente de la misma desde 1963. En 1948 fue nombrado correspondiente de esta Real Academia Española ; y en 1959, correspondiente de la Real Academia de la Historia. Es miembro honorario de la Accademia di Scienze, Lettere e Arti de Palermo y de la Modern Language Association of America. Obtuvo en 1962 el premio Cataluña de la Fundación Juan March. Es Consejero adjunto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Vicepresidente de la Société Rencesvals.

Tiene el título de Conde de Casa Dávalos y pertenece a una familia de conocida nobleza catalana.

Es muy amigo mío. Es una amistad que, por mi parte, ha ido creciendo a base de mi siempre creciente admiración hacia su persona y su obra.

Había una razón especial para que nuestro Director me

NOTA. — Los números entre paréntesis remiten a la bibliografía de don Martín de Riquer impresa a continuación de este discurso.

eligiera para contestar a Martín de Riquer: él es catedrático de Literaturas Románicas, y yo de Filología Románica: nuestros campos y nuestras aficiones son parecidos.

He explicado, pues, por qué tengo mucho gusto en contestar a Martín de Riquer. Voy a decir ahora por qué tengo auténtico temor.

Si tomáis el conocido y excelente libro de Moll sobre los apellidos catalanes *(Els llinatges catalans)* veréis que las dos formas ortográficas *Riquer* y *Riqué* (que en catalán se pronuncia sin r final) tienen un origen germánico, y que su etimología significa «poderoso ejército». Pues bien, Martín de Riquer es — por la cantidad y la intensidad de su trabajo — como todo un poderoso ejército. Le contemplo sentado ahí, frente a mí, y no sé si es ilusión de mis ojos: yo le veo multitudinario. Martín de Riquer ha escrito con gran calidad científica, y con mucha intuición crítica; y Dios le dio la facultad de ordenar su trabajo y multiplicar, no sé cómo, su tiempo, como todo un verdadero poderoso ejército de la erudición y de la actividad.

Las líneas que siguen aspiran nada menos que a dar, en esta ocasión solemne, una impresión conjunta de la enorme obra de nuestro nuevo compañero. Esclavo yo de este intento, no tengo ni que decir cuántos valores, hallazgos y bellezas se me escaparán, como por intersticios, entre las muchas piezas que a toda velocidad tendré que presentar ante vosotros.

Utilecemos un compás: situemos una de sus puntas en Barcelona, la otra en Lisboa. Ahora, tomando como centro a Barcelona, tracemos un círculo. Inmediatamente vemos que Barcelona equidista, casi rigurosamente, de Lisboa, de Bruselas, de Nápoles y de Palermo. Es decir, que Barcelona, en un varillaje de varillas iguales, es el centro geográfico de la Romania compacta, la Romania sin solución de continuidad (dejada aparte, lejana y aislada, Rumanía)

Yo me imagino a Martín de Riquer, tan catalán en su impetuosidad, allá en los años mozos, ya estigmatizado por una ardorosa vocación científica, husmeando como un ventor todas las directrices, queriendo interpretar su inminente destino: desde Barcelona, ese singular centro de equidistancias románicas. Y pienso hubo como una voz llena de acierto que le habló iluminándole; investigaría el espíritu de esos pueblos en amplio semicírculo en torno a su Barcelona natal: su literatura y su lengua. Así, Cataluña, España, han podido tener este gran investigador de las literaturas románicas, de lo unitivo y de lo diferencial. Ante todo, de lo unitivo: para ello Martín de Riquer sería en primer lugar un medievalista, porque para ser auténticamente romanista hay que situarse cerca de la troncalidad común. Su mirada se ha dirigido a todas las perspectivas de la romanidad, pero se ha fijado principalmente en dos, el Norte y el Oeste. Por el Norte, ¿cómo no ser atraído por la intensa y bellísima literatura de la Edad Media francesa? Pero también al Norte, y más próxima, tan cercana a Cataluña que en algunos momentos literalmente se produce un curioso enlace, está esa antigua y fecundante literatura del Sur de Francia, que se conoce con el nombre de provenzal: Martín de Riquer estaba obligado a hacerla objeto muy preferente de su atención. Al Oeste, Castilla, no podía dejar de atraerle con su rica literatura, y hacia aquí también se dirigió el esfuerzo de nuestro compañero. Pero el gran peso de la literatura del Siglo de Oro — y aun la natural apetencia de los editores — ha tenido como consecuencia que en los trabajos sobre literatura castellana, nuestro nuevo compañero, sin dejar de ser también en ellos medievalista, haya dedicado un lugar muy resaltado a los estudios y ediciones de textos de los siglos XVI y XVII.

Un hombre situado así en el centro de esa gran cohesión geográfica y cultural que llamamos la romanidad, era im-

posible que no atendiera al centro mismo, donde estaban sus propias raíces físicas y morales. Por esto este romanista es, fundamentalmente y centralmente, un investigador de la literatura catalana.

I

¡Cuánto amor a Cataluña hay en esa dedicación de Riquer al estudio de la maravillosa literatura antigua de su tierra! Ha sido un crecimiento reposado y constante a lo largo de treinta años. La vocación, y su constancia, es una de las muchas cosas admirables que hay que señalar en nuestro compañero. No había cumplido aún los veinte años cuando ya le vemos centralmente metido en los temas que van a ser el quehacer de su vida: en una de sus primeras publicaciones, en 1933, empieza a estudiar las influencias del *Secretum* de Petrarca sobre Bernat Metge [81]. No he dicho aún que el romanista, en esos años primeros, se ve muy atraído por un aspecto especial: el humanismo. Petrarca es el primer objeto de su estudio; pero se trata del Petrarca latino y de su influjo en un gran prosista catalán, profundamente nutrido por el humanismo. No nos extraña, pues, que por entonces edite al contemporáneo de Bernat Metge Antoni Canals [55], asimismo, prosista y traductor de Petrarca, de Séneca y de Valerio Máximo, y también de Hugo de San Víctor. Por estos mismos años de su juventud también se ocupa Riquer de antigua poesía catalana, con primeros tanteos — estudios o ediciones — de Jordi de Sant Jordi [59], de Andreu Febrer [56] y de Pere Torroella [63] (o Pedro Torrellas, como se le suele llamar en castellano).

Después de nuestra contienda civil, que había de dejar una cruel huella física en nuestro nuevo compañero, estos ensayos juveniles van a ser ampliamente superados. La se-

guridad crítica, el caudal de noticias allegadas, el conocimiento de las demás literaturas románicas, todo viene a sumarse en la preparación de Martín de Riquer : su obra empieza a crecer portentosamente en cantidad y en intensidad. Sigue siendo la poesía catalana el principal objeto de su atención : toda la poesía catalana de la Edad Media.

Pero una característica muy importante de la poesía catalana medieval nos obliga a introducir un paréntesis en nuestra exposición. Es que los poetas catalanes durante mucho tiempo escriben en provenzal o en un lenguaje más o menos provenzalizado.

Es muy notable que este hecho, que la literatura también conoce en otras lenguas fuera de la Romania y dentro de la Romania, haya tenido uso repetidas veces en zonas diferentes de nuestra península. Por las mismas épocas en que los catalanes escriben poesía en provenzal, los poetas castellanos lo hacen en gallego. Sin pretender un total rigor cronológico, se puede decir que desde la segunda mitad del siglo XII hasta avanzado el XIV es la época de la casi completa provenzalización de los poetas catalanes ; y (retrasando hasta el siglo XIII el comienzo), la de la galleguización de los castellanos. Recordemos una vez más la conocidísima afirmación del *Proemio* de Santillana : «non ha mucho tiempo qualesquier deçidores e trovadores destas partes, agora fuessen castellanos, andaluçes o de la Extremadura, todas sus obras componían en lengua gallega o portuguesa».

Curiosamente, la prosa y la poesía van por sendas aparte, lo mismo en Castilla que en Cataluña. Martín de Riquer ha señalado algunas veces cómo Alfonso el Sabio y Ramón Llull, que cuando escriben en prosa lo hacen en la lengua que hablan todos los días, y que por hacerlo así vienen a ser los creadores de la prosa castellana y catalana, cuando quieren escribir en verso, el rey castellano echa mano del

gallego y el gran mallorquín del provenzal. Curioso paralelo entre estos dos casi coetáneos escritores.

Pero el paralelismo es aún mucho más amplio. Volviendo otra vez los ojos a la poesía, vemos que — si bien los poetas nacidos en Cataluña, que escriben desde finales del siglo XII y durante el XIII, lo hacen en una lengua a la que se puede llamar completo provenzal (aunque se trasluzca algún rasgo de origen), de modo semejante a como Alfonso el Sabio escribe en gallego su extenso cancionero (que va desde la mayor piedad mariana hasta las más desenfadadas burlas) —, hacia el final de este período se producen en una y otra zona, aquí un movimiento de desgalleguización, y allí de desprovenzalización.

Que en Cataluña el lenguaje de los poetas se va desprovenzalizando poco a poco, es bien evidente en los de fines del siglo XIV y primeros años del XV; y de un modo notablemente comparable, en los poetas del mismo período, castellanos, que nos conserva el *Cancionero de Baena,* en los cuales solamente la lengua muestra aquí y allá un rasgo gallego, y cuando Lang los quiso galleguizar por completo en un conocido libro, el disparate resultó bien evidente. Se producen así lenguas literarias catalano-provenzales en oriente y castellano-gallegas en occidente. Cuánto en estas mixturas se deba a los propios autores, y cuánto a la tradición manuscrita, es materia que sólo el estudio en detalle podría decir, y ni aún, en la mayor parte de los casos, de un modo preciso. Reténgase que son lenguas mixtas en una dirección desprovenzalizante en Cataluña y desgalleguizante en Castilla.

El paralelismo sigue aún, porque la segunda mitad del siglo XV ofrece un cambio en el mismo sentido en occidente y en oriente, pero de signo contrario con relación al anterior, porque el influjo es ahora castellano: ello es evidente en Portugal ya en el *Cancionero de Resende.* Muchos poetas,

en el siglo XVI, serán bilingües, como luego Gil Vicente y Camoens; otros escribirán exclusivamente, o casi exclusivamente, en castellano; y este hecho dura en el siglo XVII hasta después de la separación política, y queda patente aún en las Antologías formadas en el siglo XVIII. De un modo semejante, también en Cataluña, desde 1450 comienzan a notarse fenómenos parecidos: hay poetas y prosistas catalanes que en la segunda mitad del siglo XV escriben a veces en castellano (el caso más conocido es el de Pedro Torrellas, y Riquer ha hablado en varias obras de este hecho); después, ya en el siglo XVI, vienen Boscán y la gran decadencia de la literatura catalana que durará hasta la Renaixença en el siglo XIX. Otra nota del paralelismo casi matemático, que también Riquer nos ha hecho observar: en esta época en que — finales del siglo XV y principios del XVI — catalanes y portugueses empiezan a escribir en castellano, ocurre que los catalanes emplean formas geográficamente y lingüísticamente intermedias, es decir, aragonesas; del mismo modo que, en el otro lado, los portugueses que redactan en castellano mezclan voces leonesas.

Es preciso tener todo esto en cuenta para comprender bien la actividad de Riquer como crítico e historiador de la poesía catalana medieval; luego veremos cómo ha estudiado el origen provenzalizado de la poesía catalana. Otros poetas estudiados por él pertenecen a los últimos tiempos de provenzalización aun intensa. Hay que señalar aquí sus ediciones de las poesías de Gilabert de Próxita [58], de Andreu Febrer [57], todas aparecidas en la colección «Els Nostres Clàssics», que tanto ha hecho en favor de la cultura catalana, y la de Jordi de Sant Jordi [60], en la Colección Filológica de la Universidad de Granada. Son todos poetas nacidos a fines del siglo XIV y cuya actividad entra en los primeros decenios del siglo XV. Todavía — como hemos explicado — escriben, o quieren escribir, en provenzal. Enorme tradición esta que

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA · BIBLIOTECA ·

arrastra la poesía catalana : dos siglos muy largos de escribir en una lengua ajena, aunque próxima. Pero las formas catalanas se deslizan abundantemente entre las provenzales en los poemas de estos autores. Hay que señalar primero el enorme esfurzo y la inteligencia que Riquer ha puesto como editor de estos textos poéticos. Próxita era desconocido ; las páginas del único manuscrito en que figuran sus poemas, el Cancionero Vega-Aguiló, estaban tan estropeadas por la humedad que, en grandes trozos, no se podían leer. Riquer, gracias a la utilización de rayos ultravioleta, pudo restablecer la totalidad del texto de este poeta que, a ratos, aún sacude poderosamente nuestra sensibilidad ; trabajos parecidos le permitieron reconstruir un poema de Jordi de Sant Jordi. Los extensos prólogos que Riquer ha puesto a estas ediciones, donde afina los influjos del pensamiento poético provenzal y atisba las vislumbres de la poesía italiana que en algunos de estos poetas empieza tímidamente a aparecer, no descuidan tampoco la cuestión de la lengua. En esa mezcla de formas provenzales y catalanas hay que distinguir — como hemos notado ya — lo que proceda de los escritores mismos de lo que haya que atribuir a la transmisión de las copias cuando, como en el caso de parte de la obra de Jordi de Sant Jordi, existen varios manuscritos, porque unos copistas tienden a catalanizar las formas ; otros, en cambio, exageran los matices provenzalizantes. Gracias a los escrupulosos análisis de Martín de Riquer vamos adquiriendo un conocimiento mucho más exacto de este ir saliendo la poesía catalana de su cascarón provenzalizante. Y vamos a aprovechar la ocasión que se ofrece para hablar de un tema del que no volveremos a tratar, o sólo muy de refilón : Martín de Riquer tiene una preparación general filológica, es decir, que incluye lo lingüístico. No se ha propuesto nunca la lingüística como objetivo principal, pero ha utilizado sus conocimientos en este campo como auxiliares de la investigación literaria. Al apli-

car a las obras de Próxita, de Andreu Febrer y de Jordi de Sant Jordi, entre otros, un riguroso criterio de análisis de la mezcla catalano-provenzal, ha hecho un trabajo lingüístico de considerable importancia. También en una comunicación presentada al VII Congreso de Lingüística Románica, de Barcelona, titulada *La lengua de los poetas catalanes medievales* [71], estudió este aspecto de que ahora tratamos. En otro sentido, la aplicación de una exacta técnica lingüística le ha permitido comprobar, sin que quede resquicio para duda, el carácter apócrifo del *Libre dels feyts d'armes de Catalunya* [103], que fray Juan Gaspar Roig falsificó a fines del siglo XVII, atribuyéndolo a una persona que vivió en la segunda mitad del XV.

Sería imposible ni mencionar aquí los valiosos estudios que este infatigable Martín de Riquer ha dedicado a otros poetas catalanes de aproximadamente la misma época (finales del siglo XIV y comienzos del XV), como Peyre de Rius [132], Guerau y Pere de Queralt, Melchior de Gualbes y Bernat Serra [94], Gabriel Ferruç y Guerau de Massanet [99], Arnau d'Erill [98], Pardo [95] y Pero Martínez [96], con datos de sus vidas y estudio de sus obras. Repuebla así de figuras, que ya ahora adquieren una individualidad, todo un período, pues muchos de estos poetas eran, cuando más, un nombre.

Ya hemos visto como desde su primera juventud Riquer había prestado especial atención a la prosa, sobre todo a la humanística de esta misma esquinada de los siglos XIV y XV. Ya desde aquellos años había comenzado a estudiar la apasionante figura de Bernat Metge en una serie de artículos: *Les lettres de Bernat Metge à madona Isabel de Guimerà*, publicado en 1934 [82], *Notes sobre Bernat Metge*, en 1933 [83], *Algunes dades més sobre Bernat Metge*, en 1936 [84]. Eran sólo los antecedentes del espléndido volumen *Obras de Bernat Metge* [53] publicado en 1959, que comprende una

edición crítica de las obras con traducción castellana y un prólogo que, por su tamaño, es un verdadero libro y, por su contenido, una animada indagación sobre la persona y el arte de Bernat Metge, importante personaje en su época, que vive al lado, en cargos secretariales, de Leonor de Sicilia, la esposa de Pedro IV el Ceremonioso, de don Juan I y de su mujer Violante de Bar y, en fin, de don Martín el Humano. Muestra Riquer con viveza, y no sin humor, no sólo los trances y altibajos de la vida de su biografiado sino, al fondo, todo el agitado movimiento político de aquella época. Bernat Metge redactaba cartas de la cancillería en catalán y en aragonés (lengua que, aun en la Edad Media, sólo tenía ligeros matices dialectales con relación al castellano) y escribía también, claro está, en latín ; los reyes, sobre todo Juan I, acumularon sobre él otros muchos cargos remunerados y graciosas dádivas ; formaba el escritor parte de una camarilla de gentes hábiles e ilustradas, que por sus dotes influían sobre el poder real y aun casi lo dirigían. No sin enemigos : dos veces se vio Bernat Metge acusado y procesado por graves cargos, pero de las dos causas salió victorioso, la segunda ya en tiempos de don Martín. La cultura de Bernat Metge le hacía indispensable : el rey le repuso en la secretaría. Que Bernat Metge estuvo preso se sabe porque lo dice en su obra maestra *Lo somni* (o «el sueño»). Todo esto, y un minucioso análisis del estilo del escritor, diverso y lleno de matices que varían según sus fuentes, y a veces lleno de intención caricaturesca y humor (como cuando expone los vicios de los hombres), lo ha descrito Martín de Riquer en este prólogo que, como ya he dicho, es, más que prólogo, libro, y que, cosa rara, aunque está lleno de erudición, se lee como una novela apasionante.

Otro importante tema de Riquer, en este mismo campo de la prosa, ha sido el de la gran novela del siglo XV *Tirant lo Blanch*. Ha editado lo mismo el original, según la edición

valenciana de 1490, que la traducción castellana, de Valladolid, 1511. Dejando para más adelante el hablar de esta última, hay que advertir que al editar el texto de 1490 [64], Riquer hace preceder a la edición un prólogo — estos prólogos de Riquer que como muchas veces vamos viendo tienen tamaño y enjundia de libro — en el que apura los datos sobre la vida — tan siglo XV — de Johanot Martorell, el indudablemente principal autor del *Tirant:* la relación y la desavenencia de la familia Martorell con el gran Ausías March ; las muchas cartas de desafío que Johanot cambia con varios caballeros, en especial con Juan de Monpalau, que había deshonrado a Damiata, hermana de Martorell (asunto que Riquer desarrolla con refrenado humor, y habéis visto tocado en el discurso que nos acaba de leer aquí) ; estudia también el contenido, las fuentes, la participación que otro autor, Martí Johan de Galba, pudo tener en la obra, la lengua y el estilo de ésta, su rastro en la literatura posterior, sus distintas ediciones, etc. Es un estudio perfecto, que tardará mucho tiempo en ser superado.

Había, pues, Martín de Riquer, indagado, con esa impetuosidad constante suya, en muchas direcciones de la literatura catalana. En la poesía, de una parte en la más antigua, de lengua provenzal, y de otra principalmente en este período de últimos años del siglo XIV y primeros del XV, última época provenzalizante ; en otra dirección, había estudiado la prosa culta humanística de ese mismo período (aunque no sin atender, ocasionalmente, a la viva veta popular, representada por los sermones de San Vicente Ferrer, pues él nos ha logrado localizar y fechar [78] los cincuenta y tantos publicados en la colección «Els Nostres Clàssics»). Y avanzando un escalón más en el tiempo — hasta mediados del siglo XV — también nos había iluminado los problemas y el arte del *Tirant lo Blanch.*

Se presentía lo que por fin ha ocurrido: la redacción de

una gran historia de la literatura catalana. El proyecto abarca cinco volúmenes, los de literatura moderna a cargo de Antonio Comas ; Riquer se ha reservado los tres de literatura antigua, de los cuales dos ya han visto la luz [68]. Son unas mil seiscientas páginas de caja bien densa que Riquer acaba de dar al mundo, con maravillosa suavidad y soltura, como si nada hiciera, sin interrumpir sus labores diarias, sin cercenar su constante tarea de minucioso y demorado investigador de temas monográficos y aun de pormenores en artículos y notas de revista.

Caso portentoso este de Martín de Riquer, preciso y riguroso en investigaciones de último pormenor, con capacidad a la par de intuición de grandes rasgos definidores de obras, escritores o épocas ; que escribe para el más aquilatador especialista cuando hay que dirigirse a él, o adaptándose, sin perder rigor científico, al público culto en general, cuando es a éste a quien hay que hablar, como en esta *Història de la literatura catalana.*

Permitidme que exprese mi admiración por estos hombres — la generación española de Riquer nos ha dado unos cuantos así — que saben hablar al más exigente especialista y, cuando hace falta, al público en general, y a cada uno en el lenguaje que necesita, y que han hecho obra abundante en una y en otra dirección. Contra ellos suele revolver su diente el seudocientificismo estreñido — cuando no estéril del todo —, la disimulada rabia de la incapacidad.

Los dos tomos de la *Història de la literatura catalana* que hasta ahora han aparecido, totalmente redactados por Martín de Riquer, son una delicia aun en su cuerpo material — profusamente ilustrados con oportunos grabados — y honran a las artes gráficas de Cataluña. Martín de Riquer no ha necesitado sino juntar todas sus investigaciones anteriores y llenar ahora los grandes huecos, los temas que sólo de refilón u ocasionalmente había tratado. Notemos un espléndido capí-

tulo sobre Ramón Llull (150 páginas), el mayor escritor español del siglo XIII, expositivo, pero lleno de ideas originales ; y otro de extensión parecida, animado, intuitivo análisis de las características de las admirables crónicas catalanas, tan originales con su realismo contemporáneo, frente a las castellanas (Jaime I, Desclot, Muntaner). Muy interesante el que nos describe la fantástica personalidad de Arnau de Vilanova. Otros capítulos fundamentales son los dedicados a Eiximenis y a San Vicente Ferrer ; y es inolvidable y de profunda intuición crítica el consagrado a Ausías March. A Ausías March y la literatura castellana, en la obra de Riquer, dedicaremos unas líneas más adelante ; una inesperada relación del gran valenciano con la poesía francesa en un par de versos de Alain Chartier, imitados por March, ha sido señalada por nuestro nuevo académico en otro trabajo suyo [100]. Diré ahora, de paso, que las investigaciones de Riquer destierran para siempre la acentuación Ausiàs, que una cándida creencia en lo irrebatible de los argumentos etimológicos había impuesto estos últimos años. En varios sitios yo había impreso la forma Ausías, y había dejado entender mi poca conformidad con la acentuación que la ciencia moderna consideraba indudable. La razón principal mía era que una sola vez que el poeta se nombra a sí mismo lo hace en un verso cuya lectura exige la acentuación Ausías (si no, el verso está irremisiblemente cojo) :

Yo só aquest que'm dich 'Ausías March.

Sería demasiada mala suerte decir su propio nombre, y equivocarse. Pero no, ahora Martín de Riquer (que también se había dejado influir por los argumentos etimológicos) ha encontrado en territorio catalán grafías *Ausies* en vez de *Ausias,* que prueban, sin lugar a duda, que la *a* última de Ausías no tiene acento. Quedan, pues, dos posibilidades : *Àusias* y *Ausías,* y a mí el verso del poeta me obliga a decidirme por

Ausías. Pero esto era un inciso, y estábamos hablando de la *Història de la literatura catalana* de nuestro nuevo compañero.

Aun en los sectores en que Riquer había trabajado más extensamente — en algunos, como hemos visto, con valentía de verdadero descubridor — ahora, para la estructuración del libro, ha tenido que desmontarlo todo, comprobarlo de nuevo y ordenarlo según el sistema de que pasaba a formar parte. La *Història de la literatura catalana,* según vemos por estos dos tomos publicados, es un magnífico trabajo original, obra que señala una nueva época. Está escrita en catalán. Y yo comprendo muy bien, respeto y miro con profunda simpatía los móviles de afecto y homenaje que a Riquer han llevado a redactarla en esa bella lengua que tiene detrás un enorme mundo de tradición cultural. Deseo, sí, que sea pronto traducida al castellano, para que todos los hispanohablantes, y todos los extranjeros que leen castellano, pero no pueden leer catalán, disfruten de tan gran tesoro.

¿Y no habría muestra ninguna del interés de Riquer por la literatura moderna catalana? Era imposible: ahí está su edición crítica de *L'Atlàntida* de Verdaguer [66], hecha en colaboración con Eduardo Junyent. La más escrupulosa técnica filológica ha presidido esta empresa. Riquer y su colaborador han tratado al gran poeta del siglo XIX con idéntico mimo que si fuera un texto del siglo XII.

II

Debo ahora señalar otras actividades de Martín de Riquer como romanista, más alejadas de las preocupaciones centrales de esta casa, por ser actividades en campos extrapeninsulares. Por esta razón pasaré rápidamente sobre ellas.

Está, ante todo, su labor como provenzalista. El provenzal, lengua extrapeninsular, tiene una gran proximidad con

el catalán ; más aún, como ya hemos dicho, los primeros líricos catalanes han cantado en provenzal, y este uso llega hasta los primeros decenios del siglo XV. Este es, pues, el puente natural por el que, dentro de los estudios de Riquer, pasamos a los temas provenzales. A estos poetas de su tierra que cantaron sobreponiéndose artificialmente la lengua provenzal ha dedicado nuestro nuevo compañero una gran actividad. En una serie de artículos había estudiado los trovadores en torno a Alfonso II de Aragón, llamado el Casto, que reina de 1162 a 1196, y la labor poética del propio rey (*La poesia d'Alfons, dit el Cast* [107], *El trovador Giraut del Luc y sus poesías contra Alfonso II de Aragón* [108], *La littérature provençale à la cour d'Alphonse II d'Aragon* [109]). También en otra serie de trabajos, publicados a partir de 1949, había consagrado gran atención a diversos aspectos de la vida y la obra de Guilhem de Berguedan : *L'ancienne vie provençale du troubadour Guilhem de Berguedan* [110], *El trovador Guilhem de Berguedan y las luchas feudales de su tiempo* [112], *El testamento de Guilhem de Berguedan* [111], *Las poesías del trovador Guilhem de Berguedan contra Pere de Berga* [113], *Las poesías de Guilhem de Berguedan contra Pons de Mataplana* [114], *Las poesías de Guilhem de Berguedan contra el obispo de Urgel* [115], *En torno a «Arondeta de ton chantar m'azir»* [116].

Esta lenta labor en que Riquer ha trabajado primero el pormenor de los temas es lo que le permite ahora ofrecer al lector dos magistrales capítulos en su *Història de la literatura catalana*. Por el uno comprendemos la hábil política de Alfonso II, de madre aragonesa, pero con vasallos en Aragón, en Cataluña y en Provenza, al poetizar él mismo en provenzal y al fomentar la poesía de los trovadores, entre los cuales tiene buenos defensores (como Giraut de Bornelh y Peire Vidal), aunque no pudo impedir el tener también temerosos enemigos, como el gran Bertrán de Born. Inolvidable

será para todo lector la vitalizada pintura que Riquer logra de la figura y la poesía de Guilhem de Berguedan, ambas presididas por el odio, sólo con un movimiento de emocionante generosidad en el extraordinario «planh» que dedica a Pons de Mataplana, uno de los enemigos más atacados por él.

Notabilísimas son también las investigaciones que Riquer llevó a cabo de 1945 a 1959 sobre Cerverí de Girona, que comprenden la publicación de su obra, primero treinta composiciones [120], luego veinte de sus poesías [121], y, en fin, en 1947, las *Obras completas* [123], trabajo juvenil de gran generosidad y riesgo. Riquer se ponía frente a una obra extensísima (nada menos que 119 composiciones), de las que da el texto, notas, comentarios y una traducción castellana completa. Enorme esfuerzo, pues el texto y la interpretación ofrecen grandes dificultades: poesía a veces muy sencilla, en muchas ocasiones oscura, conceptuosa y, sobre todo, llena de artificios formales; alguna vez el aura popular la vivifica, como en la famosa «viadeira», de movimiento paralelístico, que plantea uno de los más difíciles problemas peninsulares. Cerverí, en 1269, visitó la corte del rey Sabio (al que dedica la *Cançó de Madona Santa Maria*), ¿aprendió allí los modos de las «cantigas de amigo»?, ¿existían éstas en toda la amplitud peninsular? Aún esperaba a Riquer, en lo que toca a Cerverí, un éxito resonante. Además del de Cerverí de Girona se conocía el nombre de un Guilhem de Cervera, autor de un poema llamado *Proverbis,* escrito en la misma estrofilla que usará, años más tarde, el Rabí Sem Tob para sus proverbios, y todo parece indicar que este último conoció el poema de Guilhem de Cervera. Riquer, en su artículo *La personalidad del trovador Cerverí* [124], indicó que probablemente Cerverí de Girona y Guilhem de Cervera eran una sola persona. Su sugerencia tuvo una gran acogida en el mundo de los provenzalistas. Años más tarde, en 1959, en

su trabajo *Guilhem de Cervera, llamado también Cerverí de Girona* [127], ha podido presentar una prueba irrebatible: se trata de un documento de 1285 en el que se lee «Guillelmo de Cervaria, id est, Cerverino». Cuestión, pues, resuelta. En otros artículos, como en el titulado *La cançó de les letres del trovatore Guilhem de Cervera, detto Cerverí* [126], ha podido retocar la interpretación del texto en un punto de su edición juvenil. Inútil decir que, después de trabajado así el campo en estudios anteriores, el capítulo sobre Cerverí en la *Història de la literatura catalana* resulta lleno de datos iluminados por una profunda comprensión del arte del poeta.

Ha trabajado Riquer denodadamente en su intento de poner a los españoles en contacto con los temas de historia de la literatura provenzal. Esto le ha llevado a preparar algunas ediciones para divulgación, pero siempre con rasgos de su poderosa personalidad de investigador. Ya en 1940 había cuidado y prologado una selección de poesías de Bernart de Ventadorn [117]; y en 1948 un *Resumen de literatura provenzal trovadoresca* [105]. En 1944 nos dio una linda edición de *Las albas provenzales* [118], precedida de un prólogo. Con un esfuerzo aún más alentado comenzó a publicar en 1948 una antología comentada, cuyo título es *La lírica de los trovadores* [106], y de la que no se imprimió más que el primer tomo, correspondiente a los poetas del siglo XII. Es un volumen de unas 550 páginas, más un prólogo de unas 60, preciso y documentado; cada poesía incluida lleva su bibliografía especial y, junto al texto provenzal, una traducción castellana.

Otros trabajos debidos a Riquer sobre poetas que provenzalizan nos llevarían desde el siglo XIII *(Un trovador valenciano, Pedro el Grande de Aragón)* [129] hasta la época tardía del consistorio de Tolosa *(Contribución al estudio de los poetas que concurrieron a las justas de Tolosa)* [130];

Tomás Périz de Fozes, trovador aragonés en lengua provenzal [131].

Mencionemos aún otros trabajos de este inagotable Riquer en el campo provenzal. En la lírica, sobre el «escondit» y su pervivencia en la lírica románica [128]; en la épica, sobre la antigüedad del *Ronsasvals* provenzal [133]; en el «roman», sobre el artúrico de *Jaufré* [134].

III

Pasemos vertiginosamente sobre las actividades de Riquer en el campo de la literatura francesa. En él sus estudios se polarizan en torno a dos temas: la literatura atribuible al ciclo bretón y la épica. Ha dedicado toda una serie de investigaciones en torno a *Li contes del Graal* de Chrétien de Troyes: *Perceval y las gotas de sangre en la nieve* [144], *La lanza de Pellés* [143], *Perceval y Gauvain en «Li contes del Graal»* [145], *El sentido cristiano de «Li contes del Graal»* [147], *Un aspecto jurídico en «Li contes del Graal»* [149]. Algunos son notas en que se aclara un pormenor; otros son artículos de una gran belleza, en que la posición del historiador de la literatura está condicionada por la intuición crítica. Es, por ejemplo, en *Perceval y las gotas de sangre en la nieve,* la consideración estética del tema (blancura de nieve, rojo de sangre y negrura de las plumas del cuervo) lo que en último término decidirá. Dicho tema está en el *Peredur* galés y en *Li contes del Graal,* y ha sido aducido para querer aclarar la relación entre ambos. Riquer muestra el enorme ámbito geográfico y folklórico por el que se extiende. Lo verdaderamente diferencial es la posición de Chrétien de Troyes, que sigue otra línea, culta, de ascendencia clásica, en la que se resalta la combinación de los colores, rojo y blanco, para formar lo sonrosado de la tez. El

tema mismo no sirve, pues, para resolver las relaciones entre el *Peredur* y *Li contes del Graal*. El *Peredur* — posterior cronológicamente — puede proceder de *Li contes;* y su autor, sin embargo, haber preferido la versión folklórica, de colores enterizos — rojo, blanco, negro —, incapaz de apreciar los valores estéticos de la de Chrétien de Troyes.

En otro de estos estudios *(Perceval y Gauvain en «Li contes del Graal»)* Riquer trata de las graves inconsecuencias narrativas que ofrece *Li contes del Graal,* inacabado a la muerte de su autor. Piensa Riquer que el poeta estaría trabajando, al final de su vida, sobre dos «romans» : uno de Perceval y otro de Gauvain ; después de su muerte, alguien los habría reunido como formando un sólo relato : de ahí las contradicciones que se advierten en la narración. Discutida esta explicación por Jean Frappier, Riquer contestó — con mesura y cortesía — y adujo nuevos argumentos en su artículo *La composición de «Li contes del Graal» y el Guiromelant* [146]. La interpretación de Riquer tiene tanto de sugestivo como de osado, si bien algunos romanistas no la han admitido, pues creen que el contraste entre ambos personajes es lo que da unidad a la obra. Y no es posible — aunque queramos correr aún más en esta veloz ojeada — el no decir dos palabras sobre el otro estudio más extenso de Riquer acerca de este tema, *El sentido cristiano de «Li contes del Graal»*. Lo maravilloso del argumento y lo inacabado de la obra hacen que sean muchas las interpretaciones que se han dado a *Li contes del Graal,* y sobre todo a las escenas del castillo del Graal : la herida del rey, la espada, el cortejo con la lanza que sangra, el «graal» de oro y piedras, que emite una luz maravillosa, las preguntas que habrían sido salvadoras y que Perceval no pronuncia. Riquer analiza esas interpretaciones y muestra como sólo la simbolización cristiana (lanza de Longinos ; sacramento de la Comunión, único alimento del rey del Graal ; el estar en pecado, causa de que

Perceval se abstenga de decir las preguntas que salvarían a su decaído linaje) es la sola explicación que puede dar sentido unitario al maravilloso libro. El cual, por cierto, ha sido también traducido por Riquer y puesto así al alcance de un público más amplio [150].

Otro tema bretón ha atraído la curiosidad investigadora de Riquer en su artículo *La «aventure», el «lai» y el «conte» en María de Francia* [142]. Un escrupuloso análisis de lo que Marie de France quiere decir con estas voces le ha llevado a la afirmación — aceptada hoy por muchos críticos — de que Marie de France llamaba «contes» a los poemas por ella escritos, es decir, a lo que usualmente llamamos «lais» ; para ella los «lais» eran precisamente las fuentes (bretonas) en que se inspiraba.

Nuestro nuevo académico tampoco podía dejar de ser atraído por ese confuso nudo, siempre verbeneante de problemas : la épica de la Edad Media. Los problemas se acumulan por el lado francés, por el español, por el provenzal. Los ha tratado desde todas estas perspectivas diferentes, en muchos artículos sagaces. A veces ilumina con certera visión confusos rincones de los viejos poemas ; así, por ejemplo, en el que titula *Dos notas rolandianas* [140] muestra, por un lado, que en el fragmento del *Roncesvalles* español, que publicó Menéndez Pidal, el «duc Aymón» que figura dos veces de un modo difícil de explicar dentro de las circunstancias del argumento, ha de desdoblarse en dos personas distintas. Ese segundo «duc Aymón» de nuestro *Roncesvalles* es sólo una errada interpretación de otro personaje del *Roland* francés, el que en unos manuscritos, como el de Oxford, se lee «Naimes» y en otros «Naymon», que son respectivamente el caso sujeto y el caso régimen de la antigua declinación francesa. El poema español confundió a Naymon con Aymon, confusión tanto más fácil de producirse si su fuente era un original provenzal (N'Aymon). En la otra nota Riquer des-

cifra la voz *suza,* que en el *Rollan a Saragossa* provenzal había despistado a los más expertos provenzalistas. Se trata sencillamente del palacio zaragozano de la Zuda. En el poema provenzal, por éste y otros pormenores, se ve que hay cierto verismo de topografía zaragozana. En su nota *La antigüedad del «Ronsasvals» provenzal* [133] nos hace ver cómo en este poema, que la crítica provenzalista creía del siglo XIV o de los últimos tiempos del XIII, se acumulan una serie de pormenores que aparecen citados en poesía provenzal de fines del siglo XII. Riquer no discute exactamente la fecha del *Ronsasvals* tal como le tenemos hoy, pues por ciertos rasgos lingüísticos parece más moderno ; pero piensa que éste probablemente sea refundición de un poema que existía ya a finales del siglo XII ¡Cuánto talento, cuánto trabajo, cuánta intuición súbitamente reveladora, en estas indagaciones sobre una palabra o una fecha! Gracias a unos cuantos hombres animosos, como Riquer, vamos reconstruyendo, pieza a pieza, nuestro pasado cultural.

Antes ya de la publicación de esos trabajos, la mucha ciencia de Martín de Riquer sobre el tema de la épica francesa había ido a reunirse en un cuerpo de exposición y doctrina : el libro que lleva por título *Los cantares de gesta franceses: sus problemas, su relación con España* [135]. Publicado el libro en español en Madrid, en 1952, en 1957 salía la traducción francesa por Irénée Cluzel. Y no es de extrañar este éxito, porque el libro es un inmenso acopio de noticias. Riquer tiene unas condiciones verdaderamente extraordinarias de recolector de datos a través de la bibliografía. El crecimiento de las revistas filológicas y de los libros publicados sobre temas históricos y literarios es una de las maravillas y, en cierto sentido, una de las calamidades del mundo nuevo, a cuyo orto estamos asistiendo. Hay que decir que la mayoría de lo que se publica carece de interés o lo tiene mínimo. En ese sentido, es calamidad ; siempre queda una

minoría muy numerosa de obras cada vez más agudas y realizadas con técnicas nuevas y con mayor rigor. Pero el investigador tiene, por de pronto, que leérselo todo: lo estupendo, lo bueno, lo insulso y lo malo. Riquer lo lee todo, selecciona rápidamente y recoge todos los datos que aportan algún elemento de juicio a los problemas que están planteados. Así su libro sobre la épica francesa es de consulta indispensable para quien quiera tomar un conocimiento a la par profundo y completo del tema. Pero es mucho más que eso. Martín de Riquer no es un mero registrador de datos: éstos se ordenan en el punto en que son útiles para la crítica de las teorías, y el autor nos da su opinión, si bien muchas veces muy matizada, porque lo oscuro de tantos aspectos de la historia de la épica obliga muchas veces a extremar la prudencia. Salió el libro a luz en un momento en que se estaba ya viendo cuánto de mera apariencia había en la solidez de la doctrina de Bédier, antitradicionalista. Para Bédier, entre los hechos históricos de hacia el año 800 y los poemas de hacia el año 1100, no había nada, todo lo más alguna tradición eclesiástica local o algún documento de archivo. Único representante de la continuidad tradicional parecía ser don Ramón Menéndez Pidal. Poco a poco, al ir avanzando por la primera mitad de nuestro siglo, fueron acumulándose los datos que contradecían a Bédier, y los eruditos que contra él los esgrimían: Lot, Fawtier, Mme. Lejeune, etc. En la primera edición de su libro mostraba Riquer estos hallazgos y nuevas interpretaciones; su opinión se inclinaba, decididamente, al tradicionalismo. Precisamente después de publicados esos datos contrarios a Bédier se amontonaron, todavía con más velocidad, otros adversos a su teoría. Alguno ya no sólo contradecía la teoría, sino que traía pruebas irrebatibles de la continuidad legendaria: existían elementos de continuidad intermedios entre los hechos históricos y los poemas épicos franceses. Todo esto fue recogido en la segunda

edición, y la interpretación tradicionalista de Riquer quedó mucho más intensificada y precisada.

Él ha visto la gran diferencia que existe en Francia entre la épica de autor a veces conocido, con las costosas y voluminosas ediciones manuscritas, y por otro lado los modestos cuadernos de juglar para ayuda de la memoria del recitante. En este segundo campo es donde estamos en el verdadero terreno de lo tradicional específicamente épico: literatura para oír; lo otro pertenece al gran mundo de la literatura novelesca, para leer. Tema que Riquer ha expuesto (no sin contradicción) en un congreso internacional *(Epopée jongleresque à écouter et épopée romanesque à lire)* [139].

La transmisión tradicional literaria en literatura española es un hecho no sólo evidente en el pasado, sino que continuamos viendo hoy mismo, a nuestro alrededor, cada vez que en cualquier región de España (y también de Hispanoamérica) nos recitan un romance gentes sin relación con la literatura y casi siempre analfabetos. Pero este hecho, tan evidente como la luz del sol, no les entra en la cabeza a algunos investigadores de otros países. A la crítica de uno de ellos, Martín de Riquer, que tiene siempre gran cortesía con los contradictores, pero cuya abierta humanidad mediterránea sabe muy bien repuntearse de humor, contestó con mucha gracia y nitidez en unas páginas de la revista italiana «Filologia Romanza» [151].

IV

Llegamos por fin — andar los caminos literarios de Martín de Riquer es recorrer casi toda Europa Occidental — a sus trabajos sobre literatura castellana.

Nuestro medievalista no podía aquí desmentir su vocación general. A la literatura de la Edad Media en castellano

ha dedicado una serie de penetrantes estudios, muchas veces breves y nacidos de un hallazgo o una feliz intuición casi creadora. Nuestro llorado Amado Alonso había propuesto leer *sí* (acentuado, es decir, adverbio anticuado *así*) en el memorable verso del *Poema del Cid* «Dios, qué buen vasallo, si oviesse buen señor». Tengo que confesar que la interpretación de mi gran amigo nunca me convenció. Otros la habían contradicho: Spitzer había aducido algún verso de la *Chanson de Roland*. Riquer [28] cita uno que resuelve la cuestión:

Deus! quel baron, s'oüst chrestientet.
Dios! qué buen vasallo, si oviesse buen señor.

Y no cabe duda de que el *sí* no es adverbio, sino conjunción condicional. Los grandes conocimientos de épica francesa que tiene Riquer le han hecho aumentar considerablemente el número de coincidencias entre el *Poema del Cid* y la *Chanson de Roland* que hasta ahora habían sido señaladas por la crítica. En su artículo *Bavieca, caballo del Cid Campeador, y Bauçan, caballo de Guillaume d'Orange* [29] cita varios casos coincidentes, aunque no los emplea sino como piezas de refuerzo para el argumento principal: el nombre del caballo de Guillaume *(Bauçan)* coincidía formalmente con el adjetivo castellano *bausán,* «bobo, simple, necio». Es evidente que el autor del *Poema del Cid* conocía la *Chançun de Guillelme,* y que adaptó el nombre del caballo del héroe francés al del héroe español escogiendo un sinónimo de *bausán:* el que escogió fue *Babieca.* Este conocimiento de la épica francesa por el autor de nuestro *Poema del Cid,* y aún las repetidas reminiscencias, voluntarias o involuntarias, de versos, u otros pormenores, no merman en absoluto el valor de nuestro poema, sino que por el contrario, lo realzan. La genialidad de la obra de arte consiste precisamente en, con los

mismos materiales y aun con partículas o trozos de obras anteriores, crear un ser en absoluto distinto, suscitar en el lector o contemplador la intuición de lo único. Es la unicidad de la intuición estética producida, y su intensidad, lo que da individualidad y valor a la obra literaria o en general a la artística, fórmula tan sencilla como ignorada por bastantes filólogos.

Otras veces, su gran dominio del material épico francés permite a Martín de Riquer ordenaciones seguras dentro de la épica española. Se habían notado, por ejemplo, algunas semejanzas entre el planto de Gonzalo Gustioz, en el *Cantar de los Infantes de Salas,* y el fragmento de *Roncesvalles* que publicó don Ramón Menéndez Pidal. Para unos se deberían a la troncalidad común, a las fórmulas tradicionales del planto ; para otros, el *Roncesvalles* (o el texto rolandiano en que éste se base) habría influido sobre el *Cantar de los Infantes de Salas.* Pero Riquer, en un magistral estudio [32], ha visto con directa agudeza un pormenor sobre el que los críticos habían pasado de largo, un pormenor del *Roncesvalles* ajeno a toda la tradición rolandiana : en el fragmento del *Roncesvalles* Carlomagno no habla al cadáver, sino a la «cabeza» de Turpín, y al hallar el cuerpo de Oliveros manda alzar la «cabeza» ; y el duque Aymón, al encontrar el cadáver de don Rinalte, le alza a su vez la «cabeza» : son, pues, muertos decapitados, cosa ajena a todas las versiones del *Roland.* Pero esta decapitación constituye el auténtico centro argumental del *Cantar de los Infantes de Salas,* en el que Gonzalo Gustioz va hablando con cada una de las cabezas de sus hijos, limpiándolas, besándolas, con expresiones que encontramos, con asombro, en el *Roncesvalles.* Y la consecuencia de Riquer es indudable : hay una relación directa, pero es el *Cantar de Salas,* donde el planto de las cabezas era natural, el que ha influido en el *Roncesvalles,* donde tal planto se demuestra pegadizo.

Los conocimientos extracastellanos de Riquer nos enriquecen con multitud de pormenores: unas veces encuentra una inesperada relación entre la *Crónica Sarracina* de Pedro del Corral y el poema latino *Africa* de Petrarca [42]; otras veces nos demuestra el conocimiento, en ambiente valenciano, del romance *Ferido está don Tristán,* porque la Emperatriz se lo canta a su amado Hipólito en el *Tirant lo Blanch* [37].

También le debemos un curioso texto del siglo XV, interesante a la par por lo histórico y lo lingüístico, en el trabajo que intitula *Crónica aragonesa del tiempo de Juan II* [33]. De esta crónica publicó, desglosada en otro artículo, la parte en que se cuenta *Una versión aragonesa de la leyenda de la enterrada viva* [34]. Sólo ese rasgo común (la enterrada viva) une una serie de leyendas que van desde las zonas del más acendrado amor, como en *Romeo y Julieta,* pasando por *La difunda pleiteada* de Lope, hasta la más monstruosa lascivia y su castigo, como en el texto aragonés que Riquer publica. Citemos, en fin, la amplia descripción que nos ha dado de la *«Triste deleytación», novela castellana del siglo XV* [36], extraño texto, obra apenas citada alguna vez antes del estudio de Riquer. Su desconocido autor (sólo señalado por las siglas «F A D C») era catalán, y algún trozo está en esta lengua, y todo el resto en un castellano en el que abundan los catalanismos. Es una novela sentimental cuya acción se sitúa en 1458, y una de las muchas pruebas del influjo castellano en medios catalanes antes de Boscán.

Mencionaré sólo otros escritos, algunas veces redactados para información fuera de España, en los que Riquer expone sumariamente amplios temas hispánicos: *La culture au bas Moyen Age* [27], *L'épopée vivante en Espagne* [30] y *Relaciones entre la literatura renacentista castellana y la catalana en la Edad Media* [38]. También en la edición de textos medievales castellanos ha desplegado buena parte de su prodigiosa actividad nuestro nuevo compañero. En colabo-

ración con José M.ª Castro y Calvo empezó la edición de las obras de don Juan Manuel, de las que han publicado sólo el tomo primero [5], que comprende el *Libro del cavallero et del escudero,* el *Libro de las armas* y el *Libro enfinido.* Al renacimiento, pujante ya en el siglo XV — al que tantos afanes, y en tantos aspectos, ha dedicado Riquer — pertenece la *Yliada en romance* [7], que él ha prologado y editado (según la impresión de 1519) careada con la fuente inmediata, la *Ylias latina,* pues fue (como ya había mostrado Morel-Fatio) este resumen, en verso latino, del poema homérico, lo que tradujo Juan de Mena en su *Yliada en romance.* También ha editado el *Arcipreste de Talavera* [6], con prólogo y notas, y ha escrito un estudio sobre *El cavallero Zifar,* publicado como apéndice de una edición (no preparada por Riquer) de esta obra [4].

Para que nada de la Península dejara de estar tocado por su actividad, este hombre incansable ha editado las *Poesías castellanas* de Luis de Camoens [13]

Ya había dedicado su atención a la *Celestina* en su trabajo *Fernando de Rojas y el primer acto de «La Celestina»* [40], en el que expone una idea tan audaz como interesante (el comienzo de la obra no ocurriría en el huerto de Melibea sino, tal vez, en el interior de un templo). Especial importancia tienen ahora los extensos prólogos de su edición de *La Celestina y los Lazarillos* [8], publicada en 1959. En el prólogo a la *Celestina* muestra cómo ésta no se relaciona directamente con el proceso que da como resultado el teatro moderno, y con él la brillante dramática española del Siglo de Oro ; la tradición de la *Celestina* es culta y libresca : de Plauto y Terencio a la comedia elegíaca del siglo XII, y de ahí a la comedia humanística del siglo XV, «teatro las más de las veces irrepresentable y destinado a ser leído» — dice Riquer —, «que se cultiva con total independencia del teatro de veras, o sea, el que, nacido de la liturgia, se fue secularizando poco

a poco hasta convertirse en el teatro normal europeo». De este otro teatro culto la cumbre es la *Celestina*, cuyos espinosos problemas estudia con todos los recursos de la bibliografía y con la ponderación y sagacidad en él habituales.

En el estudio sobre el *Lazarillo de Tormes*, al frente de su edición, en ese mismo volumen, adopta una posición muy distinta de las habituales en la crítica. Para él esa narración autobiográfica, que arranca en el deshonor materno y termina en el deshonor matrimonial, es la «biografía no deseable» y está escrita por quien no la puede desear. Está escrita por un señor, por un caballero «que tuvo la feliz idea de escribir la biografía del ser más opuesto a sí mismo». Riquer está convencido de que «el autor del *Lazarillo* lo que hizo fue escribir la vida de uno de sus más humildes servidores». El autor es, pues, el «Vuestra Merced» a quien se dirige la supuesta autobiografía. Riquer publica también y prologa, en este mismo volumen, la continuación o segunda parte del *Lazarillo* escrita por Juan de Luna.

Otro tema importante entre los trabajos de Riquer es la vida y la obra de su compatriota Juan Boscán, el gran poeta catalán en lengua castellana. Ya en 1945 publicó el espléndido volumen *Juan Boscán y su Cancionero barcelonés* [41]. El «cancionero» es interesante, pero lo es mucho más la indagación personal hecha por Riquer : un centenar de documentos, casi todos desconocidos, referentes a Boscán, unos transcritos y otros extractados, que forman un apéndice del libro ; y el prólogo en que su descubridor ordena esos nuevos datos dentro de la vida de Boscán, la cual ahora resulta muy distinta de lo que sabíamos. Todos habíamos leído con emoción la epístola en que el poeta habla con tanta ternura y entusiasmo de su vida matrimonial, y habíamos imaginado una feliz pareja juvenil. Nada de eso, Boscán andaba, año más año menos, por los cincuenta ; doblaba la edad de su mujer, doña Ana Girón de Rebolledo, pues ésta tenía unos veinte o veinti-

cinco años. Pero esta revelación en nada nos mengua el encanto de la *Epístola*: privilegio de la obra de arte. En este importante prólogo, al estudiar los antecedentes de la familia de Boscán, se nos dan también muy interesantes noticias literarias, como las que se refieren a actividades en castellano en la poesía catalana del siglo XV. Los nuevos documentos nos revelan ahora, entre otros muchos datos útiles para la biografía del poeta, que éste, unos meses antes de morir, había firmado el contrato para la publicación de sus obras (en este documento no se dice nada de las de Garcilaso, que salieron también — sólo «algunas» — en el volumen publicado en Barcelona en 1543). Resulta, pues, que doña Ana no fue la promotora — como todos creíamos — de la publicación de los versos de su marido. Aunque el libro no estuvo impreso sino después de haber muerto Juan Boscán, parece lo más probable que éste lo tuviera ya preparado. Son noticias que dan un valor extraordinario al texto de obras de Boscán y «algunas» de Garcilaso publicado en 1543, como pone de relieve nuestro hoy compañero en el prólogo de aún otro libro que ha dedicado a Boscán. Este nuevo volumen se titula *Obras poéticas de Juan Boscán* [12], y es una edición crítica. Martín de Riquer esta vez ha trabajado en colaboración con Antonio Comas y Joaquín Molas, y sólo ha aparecido el primer tomo, que comprende las poesías que figuran en la edición de 1543, pero los editores anotan escrupulosamente las variantes que proceden de otros textos. El libro ha sido publicado por la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona.

Muy importantes son también los trabajos de Riquer sobre el gran influjo de Ausías March en la poesía española de los siglos XVI y XVII. En el libro *Traducciones castellanas de Ausias March en la Edad de Oro* [11] imprime por extenso todas las conocidas, y las estudia, compara y valora en el extenso prólogo que las precede. Señalemos aún su artículo *Influencia de Ausías March en la literatura castellana de la*

Edad de Oro [39]: es una lista impresionante (los que le alaban, los que le imitan) que muestra el enorme destello de la intensa, abrasada poesía del poeta valenciano del siglo XV.

Como el tiempo apremia no os voy a hablar de los textos clásicos, del Siglo de Oro, editados por Riquer, con prólogos unas veces extensos, otras menos desarrollados, en ocasiones de autores de poco nombre, como *El buen soldado católico y sus obligaciones* de Alonso de Andrade [23], o el *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos* de Luque Fajardo [24], libro éste de gran interés por su léxico; otras veces obras menos conocidas de autores famosos, como los *Errores celebrados* de Zabaleta [25]; otras, en fin, se pone cara a cara con obras tan famosas como *La vida es sueño* [20, 21, 22], y la edición de texto tan conocido, con nueva y utilísima anotación e importante prólogo, llama la atención del público y se reimprime varias veces. Omitiré también, por el lado moderno, la edición tan meritoria que Riquer, en colaboración con Joaquín Molas, ha hecho de la fundamental obra de Milá y Fontanals *De la poesía heroico-popular castellana* [26]. Los que han manejado la edición de 1874 saben bien cuánto dificultaban la lectura las enigmáticas abreviaturas y otros estorbos. Los editores de esta nueva impresión (de 1959) han quitado esos estorbos, labor por cierto bien penosa y útil.

Pero debemos reducirnos al tema castellano más tratado, con más detención e intensidad por nuestro nuevo compañero.

Muchas de las aficiones en que había ido fraguando la grande y hermosa pasión intelectual de toda la vida de Martín de Riquer — épica medieval, Chrétien de Troyes y «matière de Bretagne», *Tirant lo Blanch*, caballeros y caballerías reales de fines de la Edad Media — parecía que forzosamente le habían de llevar, dentro del campo de la literatura castellana, adonde, en efecto, nos le vamos a encontrar ahora: como estudioso de Cervantes y del *Quijote*.

Tirant lo Blanch, tema tan grato a Riquer, fue uno de los

puentes directos para el paso al cervantismo: *Tirant,* esa novela que Cervantes definió como «un tesoro de contento y una mina de pasatiempos», «el mejor libro del mundo». Nuestro máximo novelista vio el realismo del *Tirant,* y aun, a veces, su punta de parodia. Eso era parecido a lo que le bullía por la imaginación a Cervantes, y ambos aspectos — realismo y parodia — son los que caracterizan ese otro libro de caballerías, que el mundo conoce por el *Quijote.* Lo que Cervantes leyó fue, seguramente, el *Tirante el Blanco,* versión castellana del original valenciano, impresa en 1511. Riquer, verdadero don Quijote, que no se asusta de nada que signifique esfuerzo intelectual y aun físico, puesto al servicio de su Dulcinea propia — la iluminación de nuestros tesoros literarios pretéritos —, ha editado en pulcra impresión [10] esa antigua versión de 1511: no se ha arredrado nuestro amigo ante las 1.280 columnas (1.280 verdaderas páginas) que suma el libro en esa edición moderna, a la que Riquer antepuso un extenso, rico y garboso prólogo. Es interesante la temprana fecha, 1947, de esta edición, porque en ese prólogo están vivamente trabados algunos de los temas relacionados con don Quijote y el quijotismo que desarrollará e iluminará aún con nuevas perspectivas en obras posteriores.

Dentro de ese tema ha discutido, en algunos trabajos, puntos de extremo pormenor, como en su artículo *«Echar a galeras» y el pasaje más oscuro del Quijote* [44], donde da una interpretación tan atractiva como arriesgada de ese lugar del escrutinio de la librería de don Quijote. Otras veces aplica sus conocimientos de literatura medieval para ver sus huellas en el libro de Cervantes (*La technique parodique du roman médieval dans le Quichotte* [47]); otras, por el tema se pasa al estudio de un cervantista extranjero (*La obra del hispanista Lorenzo Franciosini, primer traductor del Quijote al italiano* [48]). Diversos encargos editoriales le han llevado a preparar ediciones, una vez del *Quijote* (reimpresa cinco veces, 14, 15,

16, 17, 18) y otra de las obras de Cervantes [19]. De las obras — última gran empresa suya en este terreno — ha publicado sólo el primer tomo, en el cual incluye el *Quijote* de Cervantes y también el de Avellaneda. De los importantes prólogos que anteceden a esta edición hablaremos en seguida. Anotemos que por primera vez se publica el de Avellaneda en un mismo tomo con el de Cervantes, y que por primera vez se le edita con notas, que tan pronto son explicativas del texto como remiten a lugares del *Quijote* cervantino que por cualquier causa deban ser comparados.

Por tres veces ha hecho Martín de Riquer arqueo o junta de sus posiciones en los problemas que tocan al *Quijote,* y, al par, de sus noticias y conocimientos sobre la inmortal novela ; la vez más reciente es el prólogo (de cien páginas) que antecede a ese mencionado primer tomo de *Obras de Cervantes,* pero aquí trata también de la biografía del gran novelista y una parte se dedica al *Quijote* de Avellaneda. Sobre este último y sus problemas tiene Riquer numerosísimas observaciones de gran valor, muchas de ellas originales y fértiles en sugestiones. Otro tratamiento general del tema está en el libro (de unas 240 páginas) *Cervantes y el Quijote* [46], caracterizado, sobre todo, por un largo análisis y comentario de toda la gran novela (unas cien páginas). Muy bello, ponderado, rico y bien delimitado, con el aliciente de la relativa brevedad, es el estudio del *Quijote* y el planteamiento de sus problemas que nos ha dado en su *Introducción a la lectura del Quijote* [45] y que se publicó como prólogo de otra edición (ésta ajena a Riquer). En esta introducción han venido a juntarse temas cervantinos ya tocados por nuestro nuevo académico desde su prólogo al *Tirante* traducido, con otros nuevos. Contiene esta *Introducción* un análisis sumario y comparativo de las dos partes, de su técnica y de sus personajes, que me parece de lo más ilustrador y equilibrado que se haya escrito sobre el libro cervantino. Antes al lector se le han ido

ofreciendo los conocimientos esenciales que le son necesarios: qué eran los libros de caballerías, cuál había sido su origen, su prodigiosa y acrecentada retransmisión por España en el siglo XVI, las censuras que los moralistas dirigieron contra ellos, lo que para Cervantes joven debieron de ser las novelas caballerescas (se las sabía hasta en sus pormenores: no cabe duda que le habían deleitado), cómo salió en su juventud creyendo en ellas (Lepanto, etc.) y cómo se le rompió el encanto (Argel y miserias en España), la expresión de su actitud en los pasajes doctrinales del *Quijote*, la parodia de lo caballeresco a lo largo del libro, las parodias literarias de lo caballeresco antes del *Quijote*, en especial en el *Tirant*, y el realismo de este libro; la parodia en el *Entremés de los Romances*, la locura de don Quijote matizada de la primera a la segunda parte, y el estilo del libro. Estos son los temas. Para tratarlos Riquer ha concentrado y filtrado toda su ciencia y ponderado sus más exquisitas y humanísimas condiciones de juez literario. No conozco — en lo breve — ninguna mejor introducción a la gran obra, para un lector culto no dañado por la especialización.

V

¿Os hablaré ahora de las otras obras de tema vario que han salido de la pluma siempre fértil, siempre útil y siempre documentada de Martín de Riquer? ¿Mencionaré su edición del *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias [1]? ¿O los tres gruesos volúmenes de su *Historia de la literatura universal*, en colaboración con José María Valverde [152]? ¿O su *Manual de heráldica española* [157]? ¿O sus volúmenes sobre los castillos de Cataluña, escritos en colaboración con Luis Monreal [160]? ¿Trataré de sus utilísimas antologías de textos románicos medievales, en parte en colaboración con Francisco Noy [153, 154, 155, 156]? ¿O de

los tres gruesos tomos de su *Reportaje de la Historia* [168, 169, 170], perspectiva histórica de gran novedad y éxito? Este extraordinario escritor lo mismo hace inmensas acumulaciones de materiales que investiga con riguroso microscopio un pormenor delicado del siglo XII. Pero aun en estos grandes tratados, de campo amplísimo, que hemos omitido aquí y que bastarían por sí solos para justificar una vida literaria, Martín de Riquer es personal y original. Hombre de todas las horas, de todas las perspectivas, de todas las necesidades, sin hipócritas fingimientos de superciencia, sabe a quién tiene que hablar y cómo, porque no puede existir escritor sin público para recibir lo escrito. El público de Martín de Riquer son a veces media docena de sabios que han pasado su vida con las cabezas inclinadas sobre un acotado problema del fondo de la Edad Media ; otras veces, amplias multitudes sedientas de que alguien — ese alguien que en tan pocos casos se encuentra — les sepa enseñar.

VI

El tema de los caballeros de la realidad es inseparable del de los caballeros de la fantasía, y le hemos rozado al hablar del *Quijote* y del *Tirant*. Hoy habéis oído aquí — me imagino que sólo en los extractos que una sesión académica permite — el discurso del nuevo académico. Debo decir que en él se suman, complementan y perfeccionan una serie de investigaciones hechas por Riquer a lo largo de muchos años de trabajo. Creo que fue por los aledaños del *Tirant* novela y de la pequeña novela caballeresca vivida por el propio Johanot Martorell, por donde Martín de Riquer se metió de lleno en el tema. En el prólogo de su edición del *Tirant,* 1947, está un primer tratamiento. En este mismo año, en el prólogo del *Tirante el Blanco* (la versión castellana), hay ya un capítulo

sobre «caballeros andantes de verdad». En 1962 publica *Caballeros catalanes y valencianos en el Passo Honroso* [163] y *Andanzas del caballero borgoñón Jacques de Lalaing por los reinos de España y los capítulos del siciliano Juan de Bonifacio* [164]. En 1964 *Los caballeros Francí Desvalls y Johan de Boixadors en Ceuta* [166] y *Luchas entre Agullanas y Sarrieras en el siglo* XVI [165]. Y hace poco *Caballeros andantes españoles* [167]. En 1963 había comenzado la publicación de las *Lletres de batalla* [61], y al frente del volumen una introducción de 132 páginas, que es el mejor manual — en la perspectiva histórica lo mismo que en la lingüístico-literaria — para quien quiera conocer a fondo el tema. Es ése el primer tomo, y este increible Martín de Riquer tiene ya preparados los originales para cuatro más.

No os voy a hablar del discurso, pues os acabáis de deleitar con su lectura, y luego la podéis completar — lo no leído aquí — en la tranquilidad de vuestras casas. Riquer nos ha evocado, en todos sus aspectos y en muchos de sus pintorescos pormenores, los ritos, a veces pueriles, pero también el valor indomable de los caballeros españoles de la realidad del siglo XV. El valor indomable que pocos años más tarde iba a hacer posible la inimaginable conquista de América. Estas empresas del siglo XV estaban ya caducadas — convertidas en inmensa acción de España en el mundo — entre el siglo XVI y el XVII. La locura de don Quijote — nos ha dicho Riquer — consistió, precisamente, en no haberse dado cuenta de ello.

¡ Qué hombre, Martín de Riquer ! ¡ Qué auténtico «monstruo de naturaleza» el que recibimos hoy en esta casa ! La Real Academia Española espera mucho de su nuevo miembro, y desea que la distancia Barcelona-Madrid nos prive lo menos posible de la enorme erudición y el trabajo bien acreditado de nuestro compañero.

BIBLIOGRAFIA

de MARTÍN DE RIQUER

LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLA EN GENERAL

Ediciones

1. Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española,* ed. Horta, Barcelona, 1943.
2. *Antología de la literatura española,* ed. Teide, Barcelona, 1953.
3. *Antología de la literatura española e hispanoamericana,* en colaboración con J. María Valverde, ed. Vicens Vives, Barcelona, 1965.
4. *El cavallero Zifar,* Selecciones Bibliófilas, dos tomos, Barcelona, 1953.
5. *Obras de don Juan Manuel, I,* en colaboración con José María Castro y Calvo, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Barcelona, 1955.
6. *Arcipreste de Talavera,* Selecciones Bibliófilas, Barcelona, 1949.
7. Juan de Mena, *La Ylíada en romance,* Selecciones Bibliófilas, Barcelona, 1949.

8-9. *La Celestina y los Lazarillos,* Vergara ed., Barcelona, primera edición, 1959, segunda, 1963.

10. *Tirante el Blanco,* traducción castellana de 1511. Asociación de Bibliófilos de Barcelona, tres tomos, Barcelona, 1947-49.
11. *Traducciones castellanas de Ausias March en la Edad de Oro,* Instituto Español de Estudios Mediterráneos, Barcelona, 1946.
12. *Obras poéticas de Juan Boscán,* en colaboración con A. Comas y J. Molas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Barcelona, 1957.
13. Luis de Camoens, *Poesías castellanas,* ed. Montaner y Simón, Barcelona, 1945.

14, 15, 16, 17, 18. Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. Juventud, Barcelona, primera edición, 1944; segunda, 1950; tercera, 1955; cuarta y quinta, 1958.
19. Miguel de Cervantes, *Obras completas*, I, *Don Quijote de la Mancha* y *Quijote de Avellaneda*, «Clásicos Planeta», Barcelona, 1962.
20, 21, 22. Calderón de la Barca, *La vida es sueño*, ed. Juventud, Barcelona, primera edición, 1945; segunda, 1954; tercera, 1961.
23. Alonso de Andrade, *El buen soldado católico y sus obligaciones*, Selecciones Bibliófilas, dos tomos, Barcelona, 1959.
24. F. de Luque Faxardo, *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, Real Academia Española, dos tomos, Madrid, 1955.
25. Juan de Zabaleta, *Errores celebrados*, Selecciones Bibliófilas, Barcelona, 1945.
26. M. Milá y Fontanals, *De la poesía heroico-popular castellana*, en colaboración con J. Molas, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Barcelona, 1959.

ESTUDIOS

27. *La culture au bas Moyen Age*, en «Cahiers d'histoire mondiale, Espagne», U. N. E. S. C. O., Neuchatel, 1961.
28. «*¡Dios, qué buen vassallo, si oviesse buen señor!*», «Revista bibliográfica y documental», Madrid, III, 1949.
29. *Bavieca, caballo del Cid Campeador, y Bauçan, caballo de Guillaume d'Orange*, «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XXV, 1953.
30. *L'épopée vivante en Espagne*, «La Table Ronde», París, número 133, 1959.
31. *Vitalidad de la épica tradicional en España*, «Cátedra», Madrid, 1961.
32. *El fragmento de Roncesvalles y el planto de Gonzalo Gustios*, «Studi in onore di Angelo Monteverdi», Módena, 1959.
33. *Crónica aragonesa del tiempo de Juan II*, «Analecta Sacra Tarraconensia», Barcelona, XVII, 1944.
34. *Una versión aragonesa de la leyenda de la enterrada viva*, «Revista de bibliografía nacional», Madrid, VI, 1945.
35. *Dos notas sobre novelística española medieval*. «Boletín Arqueológico», Tarragona, XLIX, 1949.
36. «*Triste deleytación*», *novela castellana del siglo XV*, «Revista de Filología Española», Madrid, XL, 1956.
37. *Sobre el romance «Ferido está don Tristán»*, «Revista de Filología Española», Madrid, XXXVII, 1953.
38. *Relaciones entre la literatura renacentista castellana y la catalana en la Edad Media*, «Escorial», Madrid, III, 1941.

39. *Influencia de Ausias March en la literatura castellana de la Edad de Oro,* «Revista Nacional de Educación», Madrid, VIII, 1941.
40. *Fernando de Rojas y el primer acto de La Celestina,* «Revista de Filología Española», Madrid, XLI, 1957.
41. *Juan Boscán y su cancionero barcelonés,* Ayuntamiento de Barcelona, 1945.
42. *El «África» de Petrarca y la «Crónica sarracina» de Pedro del Corral,* «Revista de Bibliografía Nacional», Madrid, IV, 1943.
43. *Dos manuscritos con poesías de fray Luis de León,* «Analecta Sacra Tarraconensia», Barcelona, XIX, 1946.
44. *«Echar a galeras» y el pasaje más oscuro del Quijote,* «Revista de Filología Española», Madrid, XXVII, 1943.
45. *Introducción a la lectura del Quijote,* al frente de la edición del Quijote de Editorial Labor, Barcelona, 1958.
46. *Cervantes y el Quijote,* ed. Teide, Barcelona, 1960.
47. *La technique parodique du roman médieval dans le Quichotte,* «La littérature narrative d'imagination», Estrasburgo, 1961.
48. *La obra del hispanista Lorenzo Franciosini, primer traductor del «Don Quijote» al italiano,* «Revista Nacional de Educación», Madrid, XXI, 1942.
49. *Un pasaje de Lope de Vega y un símil de Richart de Berbezilh,* «Revista de Bibliografía Nacional», Madrid, V, 1944.
50. *Resumen de versificación española,* ed. Seix y Barral, Barcelona, 1950.

LITERATURA CATALANA

Ediciones

51. Ramón Llull, *Libro de Amigo y Amado, El Desconsuelo,* «El Canto de los Siglos», Barcelona, 1950.
52. Turpí, arquebisbe de Reims, *Història de Carles Maynes e de Rotllà,* «Biblioteca Catalana d'Obres Antigues», Barcelona, 1959.
53. *Obras de Bernat Metge,* Cátedra Ciudad de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Barcelona, 1959.
54. Bernat Metge, *Obres completes,* Biblioteca Selecta, Barcelona, 1950.
55. Antoni Canals, *Scipió e Anibal, De Providència, De arra de ànima,* «Els Nostres Clàssics», Barcelona, 1935.
56. *Andreu Febrer,* «Cruz y Raya», Madrid, 1936.
57. Andreu Febrer, *Poesies,* «Els Nostres Clàssics», Barcelona, 1951.
58. Gilabert de Próxita, *Poesies,* «Els Nostres Clàssics», Barcelona, 1954.
59. *Jordi de Sant Jordi,* «Els Nostres Poetes», Barcelona, 1935.

60. *Jordi de Sant Jordi,* «Colección Filológica», Universidad de Granada, 1955.
61. *Lletres de batalla,* I, «Els Nostres Clàssics», Barcelona, 1963.
62. *Ausias March,* «Poesía en la mano», Barcelona, 1941.
63. *Pere Torroella,* «Els Nostres Poetes», Barcelona, 1935.
64. Joanot Martorell-Martí Joan de Galba, *Tirant lo Blanc,* Biblioteca Perenne, Barcelona, 1947.
65. *Obras de Pero Martínez,* Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Barcelona, 1946.
66. *L'Atlàntida de Jacinto Verdaguer,* en colaboración con E. Junyent, Ayuntamiento de Barcelona, 1946.
67. *Las cuatro Pasiones traducidas por Verdaguer,* «Mediterráneo», Valencia, III, 1945.

Estudios

68. *Història de la literatura catalana,* ed. Ariel, publicados dos tomos, Barcelona, 1964.
69. *Resumen de literatura catalana,* ed. Seix y Barral, Barcelona, 1947.
70. *Les rapports entre les littératures catalane et italienne,* «Actes du III Congrès de l'Association Internationale de Littérature Comparée», La Haya, 1962.
71. *La lengua de los poetas catalanes medievales,* «Actas del VII Congreso Internacional de Lingüística Románica», Barcelona, 1955.
72. *Una literatura de aristócratas, cortesanos y teólogos,* «Revista Nacional de Educación», Madrid, 1948.
73. *L'humanisme català* (1388-1494), ed. Barcino, Barcelona, 1934.
74. *Comentaris crítics sobre clàssics catalans,* publicaciones de «La Revista», Barcelona, 1935.
75. *Un nuevo manuscrito con versiones catalanas de Arnau de Vilanova,* «Analecta Sacra Tarraconensia», Barcelona, XXII, 1949.
76. *Fragmentos de un manuscrito del Infierno de Dante con glosas en catalán,* »Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens», Münster, XXI, 1963.
77. *Don Enrique de Villena en la corte de Martín I,* «Miscelánea en homenaje a Mons. Higinio Anglés», II, Barcelona, 1958-61.
78. *Fecha y localización de algunos sermones de San Vicente Ferrer,* «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XXX, 1963-64.
79. *Alfonso el Magnánimo visto por sus poetas,* «Estudios sobre Alfonso el Magnánimo», Universidad de Barcelona, 1960.
80. *Poesía catalana en elogio de Alfonso el Magnánimo,* «Saggi e ricerche in memoria di Ettore Li Gotti», Palermo, III, 1961.

81. *Influències del «Secretum», de Petrarca, sobre Bernat Metge,* «Criterion», Barcelona, IX, 1933.
82. *Les lettres de Bernat Metge à Madona Isabel de Guimerà,* «Romania», París, LX, 1934.
83. *Notes sobre Bernat Metge,* «Estudis Universitaris Catalans», Barcelona, XVIII, 1933.
84. *Algunes dades més sobre Bernat Metge,* «Homenatge à A. Rubió i Lluch», II, Barcelona, 1936.
85. *El Somnium de Honoré Bouvet (o Bonet) y Juan I de Aragón,* «Analecta Sacra Tarraconensia», Barcelona, XXXII, 1960.
86. *Pero Niño visto por Bernat Metge,* «Homenaje a Dámaso Alonso», Madrid, III, 1963.
87. *Narcís Franch, traductor de Corbaccio,* «Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura», XVI, 1935.
88. *Versions castellanes del «Valeri Màxim» d'Antoni Canals,* «Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura», XVII, 1936.
89. *Ricardo de Bury y fray Antonio Canals,* «Revista de Bibliografía Nacional», Madrid, IV, 1943.
90. *El juglar Marcot,* «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XIX, 1946.
91. *El «senhal» en los antiguos poetas catalanes,* «Revista de Bibliografía Nacional», Madrid, V, 1944.
92. *«Stramps» y «Midons» de Jordi de Sant Jordi,* «Revista Valenciana de Filología», I, 1951.
93. *Reconstrucción de una poesía de Jordi de Sant Jordi,* «Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura», XXVIII, 1952.
94. *Miscelánea de poesía medieval catalana,* «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XXVI, 1954-56.
95. *La canción de San Valentín del poeta Pardo,* «Revista de Filología Española», Madrid, XXXIX, 1955.
96. *Las poesías de Pero Martínez (escritor catalán del siglo XV),* «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XVII, 1944.
97. *El poeta catalán Arnau d'Erill* «Scritti offerti a Francesco Piccolo», Nápoles, 1962.
98. *El poema de Arnau d'Erill contra su sobrino fra Ramon Roger d'Erill,* «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XXIX, 1961-62.
99. *Gabriel Ferruç y Guerau de Massanet, poetas catalanes del siglo XV,* «Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura», XXVII, 1951.
100. *Alain Chartier y Ausias March,* «Revista de Filología Española», Madrid, XXXIX, 1955.
101. *Nuevas contribuciones a las fuentes del Tirant lo Blanch,* Biblioteca Central, Barcelona, 1949.

102. *La «Tragèdia de Lançalot», texto artúrico catalán del siglo XV*, «Filologia Romanza», Nápoles, II, 1955.
103. *Examen lingüístico del «Libre dels feyts d'armes de Catalunya», de Bernat Boades*, «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XXI, 1948.
104. *Barcelona i les edicions de clàssics grecs i llatins*, «Miscellanea Barcinonensia», III, 1963.

LITERATURA PROVENZAL

105. *Resumen de literatura provenzal trovadoresca*, ed. Seix y Barral, Barcelona, 1948.
106. *La lírica de los trovadores*, I, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Barcelona, 1948.
107. *La poesia d'Alfons, dit el Cast*, «VII Congreso Internacional de Historia de la Corona de Aragón», Barcelona, 1962.
108. *El trovador Giraut del Luç y sus poesías contra Alfonso II de Aragón*, «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XXIII, 1950.
109. *La littérature provençale à la cour d'Alphonse II d'Aragon*, «Cahiers de Civilisation Médiévale», Poitiers, II, 1959.
110. *L'ancienne vida provençale du troubadour Guilhem de Berguedan*, «Actes et Mémoires du I Congrès International de langue et de littérature du Midi de la France», Aviñón, 1957.
111. *El testamento del trovador Guilhem de Berguedan*, «Mélanges de lingüistique et de littérature romanes à la mémoire d'István Frank», Universität des Saarlandes, 1957.
112. *El trovador Guilhem de Berguedan y las luchas feudales de su tiempo*, «Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura», XXIX, 1953.
113. *Las poesías del trovador Guilhem de Berguedan contra Pere de Berga*, «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XXV, 1953.
114. *Las poesías de Guilhem de Berguedan contra Pons de Mataplana*, «Zeitschrift für romanische Philologie», Tübingen, LXXI, 1955.
115. *Las poesías de Guilhem de Berguedan contra el obispo de Urgel*, «Studi Medievali», Torino, XVIII, 1952.
116. *En torno a «Arondeta, de ton chantar m'azir»*, «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XXII, 1949.
117. *Bernatz de Ventadorn*, «Poesía en la mano», Barcelona, 1940.
118. *Las albas provenzales*, «Entregas de poesía», Barcelona, 1944.
119. *Alba trovadoresca de autor catalán*, «Revista de Filología Española», Madrid, XXXIV, 1950.
120. *Treinta composiciones del trovador Cerverí de Girona*, «Bo-

letín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XVIII, 1945.
121. *El trovador Cerverí de Girona, texto, traducción y comentario de veinte de sus poesías,* Universidad de Barcelona, 1946.
122. *Aspectos de la lírica de Cerverí de Girona,* «Anales del Instituto de Estudios Gerundenses», I, 1946.
123. *Obras completas del trovador Cerverí de Girona,* Instituto Español de Estudios Mediterráneos, Barcelona, 1947.
124. *La personalidad del trovador Cerverí,* «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XXIII, 1950.
125 *Para la cronología del trovador Cerverí,* «Estudios dedicados a Menéndez Pidal», III, Madrid, 1952.
126. *La cançó de les letres del trovatore Guilhem de Cervera, detto Cerverí,* «VIII Congresso di Studi Romanzi», Florencia, 1956.
127. *Guilhem de Cervera, llamado también Cerverí de Girona,* «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XXVIII, 1959-60.
128. *El «escondit» provenzal y su pervivencia en la lírica románica,* «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XXIV, 1951-52.
129. *Un trovador valenciano : Pedro el Grande de Aragón,* «Revista Valenciana de Filología», I, 1951.
130. *Contribución al estudio de los poetas catalanes que concurrieron a las justas de Tolosa,* «Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura», XXVI, 1950.
131. *Thomas Périz de Fozes, trovador aragonés en lengua provenzal,* «Archivo de Filología Aragonesa», Zaragoza, III, 1950.
132. *Le troubadour Peyre de Rius et Gaston Fébus, comte de Foix,* «Annales du Midi», Toulouse, LXVI, 1954.
133. *La antigüedad del «Ronsasvals» provenzal,* «Coloquios de Roncesvalles», Zaragoza, 1956.
134. *Los problemas del roman provenzal de «Jaufré»,* «Recueil de travaux offert à M. Clovis Brunel», París, II, 1955.

LITERATURA FRANCESA

135. *Los cantares de gesta franceses (sus problemas, su relación con España),* Biblioteca Románica Hispánica, ed. Gredos, Madrid, 1952.
136. *Les chansons de geste françaises,* trad. de I. Cluzel, Librairie Nizet, París, 1957.
137. *Un problema en la Chanson de Roland,* «Revista de Literatura», Madrid, 1954.
138. *«Hei, ore dolce, qui de France venés»,* «Cultura Neolatina», Módena, XIII, 1953.

139. *Épopée jongleresque à écouter et épopée romanesque à lire,* en «La technique littéraire des chansons de geste», Lieja, 1959.
140. *Dos notas rolandianas,* «Revista de Filología Española», Madrid, XLII, 1958-59.
141. *El cantar de Roldán,* traducción del texto francés del siglo XII del manuscrito de Oxford, «Colección Austral», Espasa-Calpe, Madrid, 1960.
142. *La «aventure», el «lai» y el «conte» en María de Francia,* «Filologia Romanza», Nápoles, II, 1955.
143. *La lanza de Pellés,* «Romance Philology», Berkeley-California, IX, 1955.
144. *Perceval y las gotas de sangre en la nieve,* «Revista de Filología Española», Madrid, XXXIX, 1955.
145. *Perceval y Gauvain en «Li contes del Graal»,* «Filologia Romanza», Nápoles, IV, 1957.
146. *La composición de «Li contes del Graal» y el «Guiromelant»,* «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XXVII, 1957-58.
147. *El sentido cristiano de «Li contes del Graal»,* «Miscelánea filológica dedicada a Mons. Griera», II, Barcelona, 1960.
148. *La leyenda cristiana del Santo Grial,* «Atlántida», Madrid, I, 1963.
149. *Un aspecto jurídico en «Li contes del Graal»,* «Romania», París, LXXXII, 1961.
150. Chrétien de Troyes, *Perceval o el Cuento del Grial,* traducción del texto francés del siglo XII, «Colección Austral», Espasa-Calpe, Madrid, 1961.
151. *Respuesta a Antonio Viscardi,* «Filologia Romanza», Nápoles, IV, 1957.

VARIA

152. *Historia de la literatura universal,* en colaboración con J. M.ª Valverde, tres tomos, ed. Noguer, Barcelona, 1957-59.
153, 154, 155. *Antología de textos literarios románicos medievales,* Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Barcelona : I, *Cantares de gesta,* 1950 ; II, *Poesía lírica,* 1951 ; III, *Materia de Bretaña,* 1952.
156. *Antología de textos literarios románicos medievales,* en colaboración con F. Noy, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Barcelona, 1958.
157. *Manual de heráldica española,* ed. Apolo, Barcelona, 1942.
158. *Vocabulaire-Atlas héraldique,* en colaboración, Académie Internationale d'Héraldique, París, 1953.

159. *Breve historia de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona,* «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XXV, 1953.
160. *Els castells medievals de Catalunya,* en colaboración con L. Monreal, col. Falcó, ed. Hora, dos volúmenes publicados, Barcelona, 1955-58.
161. *La leyenda de la infanta doña Sancha, hija de Jaime el Conquistador,* «Homenaje a Millás-Vallicrosa», II, Barcelona, 1956.
162. *La leyenda de Galcerán de Pinós y el rescate de las cien doncellas,* discurso de recepción en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1944.
163. *Caballeros catalanes y valencianos en el Passo Honroso,* Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Barcelona, 1962.
164. *Andanzas del caballero borgoñón Jacques de Lalaing por los reinos de España y los capítulos del siciliano Juan de Bonifacio,* «Acta Salmanticensia», XVI, 1962.
165. *Luchas entre Agullanas y Sarrieras en el siglo XVI,* «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XXX, 1963-64.
166. *Los caballeros Francí Desvalls y Johan Boixadors en Ceuta (1429),* «Anuario Histórico», Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Barcelona, I, 1964.
167. *Caballeros andantes españoles,* «Revista de Occidente», Madrid, III, 1965.
168, 169, 170. *Reportaje de la Historia,* tres tomos, ed. Planeta, Barcelona, primera edición, 1962 ; segunda, 1963 ; tercera, 1964.